

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 4 NRO 44 OCTUBRE 2019



ÁLVAREZ BENAVENTE ANDALUZ QUEIROLO ASAR BARATA BAUSACH
CAJAL CARRIL CASTRO ALFARO CHANG LLERENA CONDE BLANCO
FEDERICI FERRERAS FISZBEJN FRAGOSO GARCÍA GASSÓN
GÓMEZ GÓMEZ ALAIS GÓMEZ BARCELÓ GUZMÁN ARCE
LEIVA MALDONADO MOTTA PARRA AVELLANEDA RAMACCIOTTI
RAMÍREZ PERALES RANGOLE SA SALDÍVAR SPINOZA TOMÁS
TORRES VALDIVIA VARGAS PERILLA VIGNERA VILLALBA

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 4 NRO 44 – OCTUBRE 2019

ISSN

2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:

RENATE MÖRDER

IMÁGENES:

PIXABAY

FREEPIK

PXHERE

COPYRIGHT:

EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES.
QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS
MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:

FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:

Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:

WWW.ELNARRATORIO.COM.AR

WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

E-MAIL:

ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM

ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>UN HUECO EN LA PARED O UN GATO EN LA VENTANA</u>	
<u>FACUNDO MALDONADO</u>	<u>7</u>
<u>NEGOCIO MARTÍN FRAGOSO</u>	<u>12</u>
<u>LÁGRIMAS NEGRAS GUSTAVO VIGNERA</u>	<u>16</u>
<u>LUNES MARINA GÓMEZ ALAIS</u>	<u>20</u>
<u>APARIENCIA OSVALDO VILLALBA</u>	<u>25</u>
<u>UNA AUTOPISTA COMO MUCHAS YOLANDA SA</u>	<u>29</u>
<u>SE ALQUILAN SANTOS OSWALDO CASTRO ALFARO</u>	<u>32</u>
<u>EL ESCRIBIENTE DE LA GELATERÍA GABRIELA CAJAL</u>	<u>36</u>
<u>LA UCRONÍA DEL CARBÓN VÍCTOR ANDRÉS PARRA</u>	
<u>AVELLANEDA</u>	<u>40</u>
<u>EL SECRETO GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE</u>	<u>44</u>
<u>EL CERCO MARIO TORRES VALDIVIA</u>	<u>49</u>
<u>CRUEL COBARDÍA FRANCISCO JUAN BARATA BAUSACH</u>	<u>52</u>
<u>LOS PERDIDOS ANDREA M. LEIVA</u>	<u>58</u>
<u>UN DESLIZ EN LOS DATOS MARÍA LILA ASAR</u>	<u>62</u>
<u>LA QUINA CARMEN TOMÁS</u>	<u>67</u>
<u>LA LLUVIA NO DICE NADA GIANCARLO ANDALUZ QUEIROLO</u>	
<u>73</u>	
<u>INVITACIÓN JOSÉ A. GARCÍA</u>	<u>77</u>
<u>LA BREVEDAD DE LAS PAMPAS EDITH CARRIL</u>	<u>80</u>
<u>CONFIADA ALBERTO FISZBEJN</u>	<u>82</u>
<u>CLON CARMEN GÓMEZ BARCELÓ</u>	<u>85</u>
<u>SOFÍA GABRIELA MOTTA</u>	<u>88</u>
<u>CONCIENCIA PURA DAMARIS GASSÓN PACHECO</u>	<u>91</u>
<u>LA MANO QUE ABSUELVE YADIR GÓMEZ</u>	<u>95</u>
<u>UN SOLDADO DEL SIGLO XVI GIULIO BETTINO GUZMÁN ARCE</u>	
<u>101</u>	
<u>EL IMPULSO EDWARD ALEJANDRO VARGAS PERILLA</u>	<u>106</u>
<u>CHRISTINE, SEGUNDA OPCIÓN CARLOS M. FEDERICI</u>	<u>109</u>

<u>¡Y DE PRONTO...!</u>	<u>CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR</u>	<u>115</u>
<u>LA NUBE NEGRA</u>	<u>ITZIA RANGOLE</u>	<u>120</u>
<u>EL ASESINO</u>	<u>JOSÉ ÁNGEL CONDE BLANCO</u>	<u>127</u>
<u>PUERTO REAL</u>	<u>J.R. SPINOZA</u>	<u>131</u>
<u>AMOR PSICÓPATA</u>	<u>IÑAKI FERRERAS</u>	<u>135</u>
<u>UNA PRESENCIA INESPERADA</u>	<u>MARÍA DEL CARMEN</u>	
	<u>RAMACCIOTTI</u>	<u>142</u>
<u>EL SEÑOR CHANCHO</u>	<u>ALEX JUNIOR CHANG LLERENA</u>	<u>144</u>
<u>EPHEMERON</u>	<u>ALAN RAMÍREZ PERALES</u>	<u>147</u>



**UN HUECO EN LA
PARED O UN GATO
EN LA VENTANA**

**FACUNDO
MALDONADO**

Es otro día ficticio lleno de sudor, en el horno se cocinan panes. El olor se disemina por el pasillo y en todas las habitaciones, incluso en el baño y la lavandería. Los gatos dan vueltas, juegan con lo que encuentran en el piso, cáscaras, bollos de papel, colillas de cigarrillos, cualquier cosa los puede satisfacer. Hay algo seguro, es miércoles y las sombras de la casa juegan con los colores del sol. Nanay se asoma por la ventana que da al patio para dar aviso sobre la posición de las bandejas mientras fuma un cigarro; no entiendo por qué lo hace, solo hay una fuente cuadrada con un pan redondo y habita dentro de una caja que emite calor. Grita: “¡El pan está en el horno!”, como si quisiese recordarlo. Fuma y canta en la cocina mientras discute con uno de los gatos sobre el sentido de la vida y de todo lo demás. El ritmo de la mañana es ideal a excepción del compás errado con el que la charla se vierte sobre la mesa vacía. El fuego es cada vez más lento, inconsistente, en contraposición con la energía que los rodea.

El cigarrillo armado me deja algunas briznas de tabaco pegadas entre los dientes y de esa paradoja nace una duda, esa curiosidad asesina. El tabaco me hace picar la lengua. El humo se va junto con algunas cosas, como las que tengo en mis pulmones: vida, aire y la extraña sensación de haber pertenecido brevemente a un lugar no asignado para mí. Estoy en el patio mirando como un espía lo que sucede mientras espero que la cocina cocine.

Huyendo comencé el viaje a la montaña. Mi montaña. Una montaña construida dentro de una manzana (cuadrada), dentro de un barrio con su propia topología y particularidades, que comprende una parte de la ciudad, como el epicentro de un desastre (redondo). Montaña, terraza, da igual. La escalera inclinada con escalones recubiertos de baldosas rojas, donde algunas plantas cuelgan en macetas de los bordes haciendo las veces de baranda, conduce a la cima. Las voces del interior de la casa se van haciendo débiles hasta convertirse en un rumor, un eco sordo. El otro gato maúlla acercándose a la escalera, se queda estático mirando hacia donde me encuentro, la figura recortada por el sol en lo alto. Desde el borde de la terraza puedo ver la tierra desaparecer junto a todos sus cuentos de terror, tengo acceso ilimitado a lo que mis ojos quieran consumir, mientras una bandada de palomas se echa a volar, me distraigo.

El todo y la nada convergen para destacar la realidad, me pierdo en la cornisa

de un edificio y veo el tren pasar con la gente acomodada en los asientos. Alguien lee el diario mientras se deshojan las páginas agitadas por la ráfaga que va detrás, la pequeña estación queda liberada a su paso y el tipo que rompe con su estatismo no encuentra manos que lo ayuden a recoger esas páginas casi perdidas que se van persiguiendo la carrocería de metal. Desde aquí puedo ver como la vecina barre el patio y el perro molesto que la acompaña le ladra a la escoba, artefacto incomprendido. La vieja junta la porquería del perro y el perro sigue ladrando. La escoba arrastra las hojas y las gracias del perro y la vieja sigue barriendo. Nunca supe si la vecina era vieja o se volvió así mientras barría y el perro ladraba.

Mientras, en la cocina resuena la voz de Nanay, lucha con el calefón, con el agua caliente que sale fría, con el horno que no tira calor y con el pan a medio cocinar. El gato que está en la ventana se pone a jugar con un frasco, solo le quedan algunas líneas verdosas, está a merced del felino que juega a tirarlo. Los otros gatos se asustan mientras los vidrios se desparraman y Nanay emite improperios, gritos de rabia. Es solo un frasco, Miau se va a hacer cargo de los gastos cuando por la mañana le lleve pajaritos muertos a su almohada. Nuevamente, una escoba se pone en movimiento y pienso “nos van a dominar”. Nanay recoge los vidrios del suelo y los vuelve a tirar, esta vez en el cesto de la basura.

Dice, mientras toma algunas cosas y las guarda rápidamente en sus bolsillos, hablando de espaldas algo que entiendo como “impuesto, ir, pagar”. Salió dando un sonoro portazo como cierre de su acto. De un momento a otro me encontré solo, convertido en el fantasma que ronda la casa, que observa con detenimiento la quietud de ciertas cosas, que juega como los gatos, el fantasma al que le cae la ficha que la entidad que rige el universo olvidó de enviar la factura del gas.

Avanzo y me zambullo en el interior de la casa, bajo las escaleras con el impulso de esa pendiente rara, esquivo las plantas, piso las baldosas otra vez, solo que ahora el camino es en bajada y puedo verlas desde otra perspectiva, en su rojo esplendor. La cornisa y el edificio se pierden tras una pared desprovista de revoque, junto con el cielo, el perro, esos tentadores pájaros y todo lo demás. Camino muy despacio para no levantar sospechas de mis intenciones, lentamente levanto un pie y luego el otro y avanzo. La pintura agrietada en los vértices de la habitación se descascara y cae como cae la ceniza durante el fuego más intenso. El descolorido cielorraso cuelga del techo y el gato que maúlla en la ventana, como una esfinge,

custodia mis movimientos. Me observa como se observan las cosas extrañas, las desconocidas, con desconfianza a los pasos que doy, con una despreocupada sorpresa y curiosidad al escuchar los ruidos que hago (al parecer, aún no pierde todas sus vidas en eso de la curiosidad).

Voy dando tumbos, me agazapo, me pego a la pared para ser uno con el entorno, en algún punto creo que funciona y me vuelvo uno con el lugar, me puedo mimetizar, aprender cuantas filtraciones tiene la casa, la profundidad de cada fisura que existe en el piso, la dimensión de cada grieta que recorren los muros más viejos de este hogar. Alguien tiene que permanecer en la casa hasta que regresen sus habitantes, alguien tiene que atender el teléfono o si accionan el timbre, alguien tiene que ver quién lo toca, revisar que todo guarde su orden, al parecer inalterable.

Realizo las más variadas maromas, adopto distintas posiciones, comulgo con cientos de ademanes, poses y morisquetas. El sol proyecta mi sombra y el gato en la ventana observa cómo me adentro, debo parecer ridículo con todas esas mímicas jugando a que soy invisible. De pequeño pensaba que las cosas se movían al revés, que mis músculos no eran eficaces a la hora de andar. No me costaba caminar porque no era yo el que se movía: era el mundo y yo solo tenía que levantar un pie y luego el otro o saltar para que nunca me encontrara en el mismo lugar.

Después descubrí que no era así y ahora me acerco audaz como un ninja free style para poner orden y custodiar la puerta. Porque cuando puedo soy dueño de todos mis movimientos. Doy un vistazo por la mirilla buscando vestigios de humanidad, solo puedo ver claridad, autos que van, gente que pasa sin detenerse y la transparencia enfermiza del aire que llena todo el resto.

La puerta abierta al final del pasillo deja entrar el viento, lo encausa y arrastra pelusas hasta el lugar donde me encuentro, se arremolinan y vienen hasta mí, provocando un repentino estornudo. Me detengo, no sabía que los fantasmas poseían ese tipo de poder. Estornudar me devuelve la vida y ahora estoy en todos esos ojos pequeños que me miran desde distintos lugares porque volví a mí cuerpo: el desayuno no podía esperar y me afanaba jugando con un encendedor sin gas. Los maullidos de hambre me avisan que el vacío que siento en el estómago no es solo mi imaginación, que hay panes a medio cocinar y gatos que me quieren hacer olvidar de Nanay y de la factura del gas para que les preste atención.

Había una casa en el barrio que despertaba en mí una profunda curiosidad.

Desde la terraza se puede ver como del pequeño patio brota un frondoso árbol y algunas ramas que caen sobre el techo haciendo de velo verde. La curiosidad me atrapó y quise saberme sus galerías oscurecidas, sus habitaciones vacías, esos rincones que no se tocan a pesar de que pase el tiempo y el polvo se acumule en gruesas capas. La casa estaba en apariencia dejada a la suerte que corren algunas cosas viejas. Quise aprender cómo es que las hojas secas se desperdigan por las canaletas oxidadas, el reptar de esa deliciosa fauna artificial que ronda la cocina abandonada, saber la cantidad de coloridas baldosas y cuánto canto rodado es el que circunda la galería y el patio. Con los ojos me adueñé y me convertí en la casa vacía de fantasmas ignorados. ¿Serán más terribles que las sombras proyectadas en la pared del comedor? Volví al patio sin galería, con escasas baldosas y sin árbol para el cielo despejado. Al parecer alguien olvidó alimentar la máquina que produce las nubes que tapan el sol, como a los gatos que cazan sombras todo el rato.

Nanay regresó a casa un poco antes del almuerzo, sin pan y sin gloria. Venía con algunas cosas en la mano, despojo de la burocracia que le tocó atravesar. Cuando entró, dejó su abanico blanco de sobres y papeles sobre la mesa junto al manojito de llaves. Divertido manojito de llaves. ¿Para qué necesitaba tantas llaves si en esta casa hay solo dos puertas que se cierran? Eran tantas que cada vez que las veía, pensaba que podían abrir otra vida para cada uno de nosotros, en otra casa en donde hay otros gatos, otros fantasmas, otras puertas, terrazas y baldosas, hubiese sido tan genial que tuviesen ese poder. Nadie puede salvarte de las cosas que se esconden tras lo desconocido ¿Y si ese espejo es en realidad una puerta hacia nosotros mismos? ¿Y si mi mente es un hueco en la pared? Siempre que me veo reflejado en algo, en lo que sea, no puedo no pensar en un “¿Ese soy yo? ¡Oh Dios mío! ¿Qué me he hecho, también estoy en la ventana?”. Desde el otro lado de la mesa, Nanay mira con hambre, parece que quiere comerme. Desde la puerta observo pero, ¿cómo le digo que miau?

FACUNDO MALDONADO
Argentina

Blog: <https://maddummyblog.wordpress.com>

Twitter: https://twitter.com/mad_dummy



NEGOCIO

MARTÍN FRAGOSO

Puso a trabajar a la morena el mismo día que le cosió las alas...
“El negro” había perdido la paciencia. Por ello se deshizo de la otra, de la rubia.

Pero la güerita sí era natural. Un ángel de los de verdad. Era hermosa, de rasgos infantiles y cuerpo escultural. Sabía que de tenerla entre sus filas sería un rotundo éxito, el mejor negocio de su vida. Por ello es que se las ingenió para atraparla.

Pero no pudo obligarla.

Argumentos y golpes fueron insuficientes para *convencerla*.

La chica encontró su destino el día que fue encerrada para que le hiciera un trabajito al “loco”, uno de los clientes frecuentes. Fingió acceder a la petición del loco y de una mordida le arrancó la verga.

El pobre diablo salió tambaleándose de la habitación con las manos en lo que le quedaba de genitales, tratando inútilmente de detener la hemorragia. Entró a la oficina del negro.

El dolor le impidió permanecer de pie. “¡No mames, cabrón! ¡Aaagh! ¡Mira lo que me hizo tu putita! ¿Qué vas a hacer? ¡La pendeja me desgració! Tú y ella me la van a pagar...”, dijo lloriqueando.

El negro se levantó de su escritorio.

“¡No te quedes ahí parado como imbécil, llama una ambulancia! ¡Aaaahg!”, ordenó el loco angustiado.

El negro sacó la pistola que llevaba en el cinturón y sin pensarlo disparó. Las muchachas veían todo desde afuera.

Algo así podía provocar la ruina de su negocio. No se arriesgaría a la venganza de un hombre al que le han desgraciado la vida en un putero clandestino. Por ello es que se vio obligado a matar al loco.

“Avísenle al Pancho para que limpie este desmadre.”, dijo y se dirigió a la habitación donde momentos atrás el loco había sido despojado de su miembro.

Tampoco podía pasar por alto la rebeldía de una de las chicas, si no le daba un castigo ejemplar quién sabe qué ideas podrían pasar por la mente de las otras.

“Reinita chula, sabes lo que acabas de hacer, ¿verdad?”, espetó y la tomó de los cabellos. La sacó del cuarto para que todas vieran lo que estaba a punto de hacer.

Jamás había golpeado a alguien de forma tan brutal, nunca había recurrido a ese grado de violencia. Pero ninguna se atrevió a decir algo. Algunas lloraron, otras desviaron la mirada...

“Te hubiera ido muy bien, de verdad. Podrías haber sido la princesa de este lugar. Eres superior a todas. ¡A todas! ¡Ellas son basura junto a ti!”, sabía que las chicas se sentirían ofendidas con sus palabras, pero también sabía que eran incapaces de levantar un dedo para protestar.

Sacó nuevamente la pistola. Pancho intentó decir algo, pero guardó silencio ante la mirada amenazante que el negro le lanzó.

“Reinita chula, tú lo quisiste”.

Disparó. Solo una vez. A la cabeza.

Todos tuvieron una sensación de angustia, incluyendo al negro... Pero no había lugar para el arrepentimiento.

“Pancho, trae una navaja.”

El joven obedeció.

“Córtale las alas”.

El joven titubeó.

El negro sabía que no sería obedecido, no porque Pancho tuviera los suficientes tamaños para rebelarse. “Dame la navaja, tienes los *güevos* tan chiquitos que jamás te atreverías a hacerlo, ¿verdad?... ¡Maricón de mierda!”

El negro se arrodilló y le cortó las alas.

“Deshazte del cadáver, eso sí lo puedes hacer, ¿no?”

Pancho asintió con la cabeza.

Sosteniendo las alas el negro se aproximó a sus muchachas y las comenzó a examinar con detenimiento.

Se detuvo ante la nueva, una niña de diecisiete años que aún era virgen; apenas la habían traído —con engaños, claro— el día anterior. El negro le ordenó que lo siguiera a la oficina.

Y es que el negro sabía cómo hacer para cobrar más por ella. No por nada era el rey de los prostíbulos...

Sí, ya lo dije, la puso a trabajar el mismo día que le cosió las alas a la espalda.

MARTÍN FRAGOSO

México

Blogs: El Detractor: <http://elespaciodeldebunker.blogspot.com/>

Los vecinos de Lot: <http://soyvecinodelot.blogspot.com/>



**LÁGRIMAS
NEGRAS**

GUSTAVO VIGNERA



¿Cuál será esa extraña enfermedad que nos hace volver a ese lugar de donde hemos huido? Yo había abandonado tal lugar unos cinco años antes. Afuera llovía a cántaros y solo podía distinguir figuras que saltaban sobre los charcos, para evitar mojarse, mientras los autos iban y venían generando olas artificiales.

El médico me había prohibido el alcohol, pero esa tarde-noche el frío y los nervios me obligaron a pedirle una caña al mozo. De fondo se escuchaba el viejo tocadiscos que nunca se animaba a cambiar esos compases de guitarra sincopada y las voces que aún confunden en mí la alegría con el dolor.

¿Cómo le gustaba a Celina que tomáramos un mojito cuando salíamos como prófugos del *telo* de la vuelta, refugiándonos en esa pequeña Cuba para intercambiar palabras, solo palabras, antes de salir disparado hacia mi casa, temprano para no levantar sospechas!

Nunca antes le había sido infiel a mi esposa, pero estar con Celina era como resucitar entre los muertos. El repiquetear de la trova me hizo volver al celular para asegurarme de que no había sido un espejismo, de que en verdad ella me había enviado ese mensaje misterioso para que nos volviésemos a encontrar... y quizás revivir esos buenos momentos.

Cuánto tiempo había pasado, y cuántas veces su solo recuerdo me llenaba los ojos de lágrimas, negras como esa noche. Miraba el reloj entre sorbo y sorbo. La imagen de nuestros cuerpos, un tanto más jóvenes, enmadejándose en un ovillo de brazos y piernas, me emocionaba. Éramos una sinfonía de gestos y anticipaciones que inventaban lo impredecible en cada movimiento.

¿Cómo estaría ella? Quizá con un par de arrugas más, que realzarían sin duda la erótica experiencia sobre esa tersa piel morena.

Aún recuerdo el día en que decidí dejarla. Me estaba costando más despegarme de ella en cada encuentro. Yo decía que no era amor. Que era cualquiera otra cosa, pero no amor. Me quería convencer de eso.

Mi familia, mi hijo, mi empleo, mi patrimonio, mi nombre, mi honor... y Celina ahí, dándome todo por nada, desinteresadamente. Ella solo quería vivir la eternidad del instante, y yo también. Juré por Dios y por mi vida que no volvería a

verla. Debía tomar decisiones.

Aquella tarde salí del trabajo como era habitual y bajé del colectivo 60 en la esquina de siempre, como cada jueves. Pero algo no era igual. Había decidido acabar con lo nuestro o, mejor dicho, con eso a lo que nunca había terminado de dar forma o ponerle un rótulo. Yo deseaba terminar. Como si siendo mi propio juez me impusiera un castigo para redimirme, como si siendo mi propio sacerdote pudiera perdonar todos mis pecados luego de la penitencia. Masoquismo, lo llamarán algunos, pero era un sincero tema de conciencia. No podía seguir viviendo en la mentira. La vida nos llena de ridículas paradojas: después de aquel último trago la había besado en la mejilla y no en la boca, como era la costumbre en nuestras semanales despedidas. Fue un beso de traidor, un beso de Judas.

Ella me llamó un par de veces. No muchas. Rápido se dio cuenta de que yo quería cortar. Sabía cómo ubicarme, pero Celina era muy ubicada y lo último que hubiese querido en la vida era armarme un quilombo con mi mujer.

Así fue como nunca más la volví a ver, y aquel juramento que había hecho estaba a punto de romperlo.

Jamás había tenido el presagio de cruzármela por esas casualidades del destino, pero el paso de ella por mi vida había sido una herida dulce e inolvidable. Estaba gustoso de acercarme al fuego de la tentación, quería volver a experimentar el dolor, aunque fuese el final de todo. Después de dejarla me cuestioné muchas veces dónde empieza y dónde termina el amor, pero nunca encontré una respuesta que me convenciera.

Tampoco había hecho el mínimo intento de reencontrarla hasta que esta mañana, luego de la vibración de mi celular, la emoción de ver ese mensaje me sanó el alma. Volví a mirar el reloj, ya más impaciente y alterado. Llamé al mozo con un grito. Habían pasado demasiados minutos de la hora fijada para la cita. Pensé que podría ser una maldición, o quizás una especie de venganza cien por ciento merecida.

Saqué mi billetera para pagar lo consumido y se abrió la puerta del bar. Era ella. Estaba distinta, pero era ella. Tenía un pañuelo en la cabeza y lucía un pilotín amarillo. Su sonrisa iluminó el bar y mi ser.

Estaba bastante más flaca. Me pidió disculpas por el retraso. Quería verme,

quería que acariciara su mano. Eso siempre le había gustado. No había hecho pareja. Le pregunté si quería un mojito para recordar aquellos buenos tiempos. Me dijo que no, que no podía por la medicación. Nos miramos, nos sentimos y me confesó que quería que rezara por ella. Había empezado un tratamiento de esos que no queremos nombrar hacía un par de meses. Las lágrimas negras me reventaron el corazón y brotaron por mis ojos al compás del bolero que sonaba. Fue un encuentro fugaz pero intenso, como Celina.

Salimos del local abrazados. Yo quería tenerla conmigo para siempre. Seguía lloviendo copiosamente. Nos dimos un beso menos apasionado que otras veces, pero más sincero.

Paré un taxi, le abrí la puerta y dejé que se fuera con el pañuelo de seda estampado sobre su cabeza. Yo me quedé inmóvil y mojado como un pez. Sentí que siempre quiero lo que no puedo tener. Ella me miró, compadeciéndome a través de la ventanilla. Mi mano extendida hizo desaparecer el vehículo en el horizonte.

Hoy no dejo de amarla a la distancia, y en mis sueños la sigo colmando de bendiciones.

GUSTAVO VIGNERA

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor/

Página WEB: <http://www.gustavovignera.com.ar>



LUNES

MARINA

GÓMEZ ALAIS

Lunes, ocho de la mañana. Volver a la oficina. Sensación térmica: tres grados. La disyuntiva clásica invernal: lucir buena presencia y aspecto de ejecutiva neoyorquina incluyendo en el atuendo bufanda, guantes, gorro y medias de lana. Imposible. No puedo despegarme de las sábanas tibias. No cabe otra alternativa. Junto valor. Ducha, maquillaje, traje sastre, tacos altos y tapado de paño. Inevitable tiritar en la parada del colectivo. Dejo pasar tres, abarrotados de pasajeros. En el próximo subo, viene repleto, peor que los anteriores. Me apretujo. Cuido el bolso de manos traviesas (también mi trasero). Apoyo el maletín en el piso y tiemblo de solo pensar que algún bruto enganche mis medias de lycra. Llevo otras de repuesto. Me siento sofocada.

Entorno los ojos, me relajo pensando en el café humeante que me espera sobre el escritorio. Fin del viaje. Camino tres cuadras por las empinadas calles del bajo empujada por el gélido viento del sudeste. Entro en el edificio y saludo al guardia de seguridad: “Hola Raúl, ¿todo tranquilo?”. Está masticando una medialuna, devuelve mi saludo en lenguaje gestual, elevando el pulgar hacia arriba. Todo en orden. Los oficinistas nos agolpamos somnolientos en el hall, frente a los ascensores. Se abren las puertas y entramos como ganado (San Fermín, Pamplona: el toro persigue a la multitud; aquí el toro es el horario o el jefe). Cada uno masculla al ascensorista el número del piso en donde pasará encerrado el día entero.

Otra vez, me apretujo y sufro por mis medias, ya no tanto por mi trasero, es menos probable que alguien se anime. Allí dentro, huele a una mezcla concentrada y pegajosa de almizcle y especias de oriente (en el colectivo, ya había comenzado mi festín olfativo, sudor rancio combinado con algún que otro olor penetrante no identificado). El cartelito, que nadie lee, dice: “Capacidad máxima 10 personas”. Entramos catorce y el ascensorista hace la vista gorda. No se atreve a hacer valer la norma, podría subir algún miembro del personal jerárquico y prefiere evitarse problemas. El muchacho se cohíbe frente a catorce ceños fruncidos. Sabe que es riesgoso alterar ánimos irritables los lunes por la mañana. Comienza el ascenso. Se dibujan los números en el visor con un rojo vibrante y luminoso que lastima las retinas recién despiertas. Uno, dos. Bajan un gordo corpulento y una señora de cabellos platinados. “¿Me permitís?”, no es un pedido sino una orden. Le pisa un pie al cadete con el taco aguja. Ni se entera. El cadete resopla, levanta la vista al techo y

le larga, con los dientes apretados, un rosario de insultos. Me alivia que ya seamos doce, el gordo valía por tres. Se cierra la puerta. Continúa el viaje. Escuchamos un ruido. Se detiene, abruptamente, la marcha. Esperamos ansiosos que la puerta se abra, pero no. El ascensor se atascó entre el tercero y el cuarto piso. El ascensorista aprieta algunos botones y los doce clavamos los ojos sobre sus dedos, de su habilidad dependemos. No responde al mando del que, se supone, entiende su funcionamiento. Mal síntoma: veo cómo brotan gotas de sudor en su frente.

“¿Qué pasa, pibe?”, pregunta el cadete. Mira al pasajero con ojos de desconcierto y se limita a levantar los hombros. Algo anda mal. “¡Tocá la alarma!”, le grita la secretaria de Rodríguez con voz destemplada y me mira a mí con el semblante desencajado. “No se asusten, esto suele pasar.”, argumenta el muchacho sin poder disimular su angustia. Nadie le cree. La secretaria de Rodríguez se aprieta las manos y me dice por lo bajo que sufre de claustrofobia. Le palmeo la espalda y me muerdo el labio inferior.

“Podríamos ser dos”, pienso yo, tratando de dominar mi pánico creciente.

Miro hacia el fondo. Una parejita no pierde el tiempo, se besan como si estuvieran solos en el universo. “¿Cómo sabés si escucharon la chicharra?”, pregunta alguien a mis espaldas. “¡Me esperan a las nueve y media para una reunión y se me está haciendo tardísimo!”, agrega, el ingenuo que cree que el único motivo de preocupación es poder pasar por impuntual. “¿No hay modo de comunicarse con los de mantenimiento?”, grita indignada una chica que se arregla, con gesto nervioso, el pelo detrás de las orejas. “Ya les dije que no se asusten, ¿cómo no van a escuchar la alarma? Además, se prende una luz en el tablero de control. Los desperfectos están contemplados en el sistema de seguridad”. “Eso te lo creería si estuviéramos en Nueva York o en Tokio, pero no en Buenos Aires, flaco”, le refuta, mientras se afloja el nudo de la corbata, un hombre que lo tengo visto del quinto piso, pero no sé en qué sector trabaja. Y yo coincido con él. Si no funcionan bien las fotocopiadoras ni las máquinas de café, ¿por qué debería ser eficaz el servicio de mantenimiento del ascensor? La secretaria de Rodríguez se descontrola y embiste la puerta de acero inoxidable a las patadas. “¡Abran esta mierda!”, vocifera como una loca, perdiendo la compostura que la caracteriza. La tomo de los hombros y le pido que se calme. “¡Es que me ahogo, nena, me ahogo!”. Saco del bolso una botellita de

agua mineral y se la ofrezco. ¿Por qué siempre apelaremos al mismo recurso ridículo de hacer tomar agua al que se altera o se siente descompuesto? Ella accede y se aplaca. Nuevamente, queda demostrado que el agua tranquiliza. Todo un misterio. Miro distraída hacia el fondo. La parejita sigue aprovechando el encierro, ¿se estarán dando respiración boca a boca? Tal vez, ni se hayan enterado de que quedamos atrapados dentro del ascensor. De pronto, advierto que al lado de ellos hay una mujer acurrucada en el suelo, con los ojos cerrados. Me parece que está inconsciente. “¡Esta mujer se desmayó!”, grito y la sacudo. Abre los ojos sobresaltada. “¿Qué hacés?”, me pregunta sin salir de su asombro. Solo dormía, un papelón. Vuelvo a mi lugar, colorada como los números que titilan en el visor: tres, cuatro, tres, cuatro...

Transcurrió una hora y nadie acudió a ayudarnos. Ya estamos todos desparramados sobre el piso. Nos convidamos pastillas de menta y barras de cereal, sabemos a qué piso se dirigía cada uno. La secretaria de Rodríguez llora en silencio, mientras otros cuentan chistes subidos de tono para amenizar. El ascensorista, de tanto en tanto, aprieta el botón de la alarma.

Los zapatos me están matando, me quedo descalza. Otros ya lo hicieron antes. En el suelo hay un tiradero de maletines, bolsos, zapatos, carpetas, papelitos. El señor del quinto piso cuenta que su jefe usa *bisogné* y que tiene escondidas en el despacho dos tétricas cabezas de telgopor con sendas pelucas de repuesto, por si lo agarra un ventarrón antes de llegar a la oficina.

Suele espiarlo cuando las peina. Reventamos en estrepitosas carcajadas.

Hasta la secretaria de Rodríguez dejó de llorar y paró la oreja para escuchar chismes, parece haber olvidado que puede asfixiarse de un momento a otro.

En la intimidad del desamparo, surgen la nostalgia y las confesiones.

Intercambiamos fotos de los hijos, sobrinos y nietos. La mujer que dormía cuenta que recién se divorció y el cadete revela que le es infiel a la novia con la recepcionista del tercer piso. Ya nada importa, formamos como una gran hermandad de desahuciados que solo espera la muerte. Los únicos que no pertenecen a la cofradía son los dos tortolitos que continúan su lucha cuerpo a cuerpo, adquiriendo extrañas posiciones de contorsionistas. Una sacudida nos arranca del clima confidencial y lanzamos al unísono un grito de espanto.

Instintivamente, cada uno se aferra del que tiene al lado. El ascensor comienza a andar. Todos aplaudimos y nos abrazamos. Tomamos nuestras pertenencias, nos calzamos, ajustamos corbatas, abotonamos camisas, alisamos cabellos. Quinto piso, baja el señor del jefe pelado y nos saluda con simpatía. Sexto, baja la secretaria de Rodríguez y la mujer que dormía; una me agradece el agua y la otra que la hubiera despertado para poder compartir la agradable reunión. Séptimo, octavo y noveno, bajan todos los demás. Nos saludamos efusivamente, como si el encierro nos hubiera unido para siempre. La parejita se separa: en el séptimo baja ella, él en el noveno y se miran con ojos de desconsuelo, lamentando que hubieran solucionado tan rápido el desperfecto. El cadete nos guiña un ojo y ruega discreción. Llego al décimo piso y pienso que mañana volveremos a ser perfectos desconocidos y que, ni siquiera, cruzaremos un cortés “buen día”. En la oficina me reciben con tanta efusividad y alegría que parece como si hubiera vuelto de la guerra. Va a haber tema de conversación por el resto del día. Mi café se enfrió. Linda manera de empezar la semana.

MARINA GÓMEZ ALAIS
Argentina

Blog: <https://jumponthecouch.blogspot.com>



APARIENCIA

OSVALDO VILLALBA

*Todos ven lo que tú aparentas;
pocos advierten lo que eres.
Nicolás Maquiavelo*

S algo corriendo del subte por la entrada que da a la estación Constitución del Roca. Ocho menos cuarto sale el último tren directo que no para hasta Adrogué. No es que ahorre mucho tiempo con relación al que para en todas, la ventaja es que viaja menos gente. De todos modos no es de vida o muerte. Solo quiero viajar sentado después de laburar doce horas parado en el restaurante.

Viajando todos los días, de martes a domingo, —el negocio cierra los lunes— uno termina repitiendo hábitos, como elegir siempre el mismo grupo de vagones, entre el tercero y el quinto. Pero parece que no soy el único porque al final termino viendo seguido a algunos pasajeros que deben tener las mismas costumbres. Los fines de semana no hay trenes directos pero cambian los pasajeros. Salvo los que deben laburar como yo, como el pibe con gorrita y campera del Barza o el viejo de barba canosa, saco *sport* y corbata, que siempre va leyendo un libro. A ellos los recuerdo bien por dos motivos diferentes. Al viejo porque cuando me siento cerca trato de pispear qué va leyendo. El de esta semana era de Kike Ferrari, *Nadie es inocente* o algo así. Lo googleé y su biografía me pareció recopada. Si yo no fuera tan corto se lo pediría prestado. Pienso que él también me debe reconocer al verme seguido. Pero no da. Nunca hablo con nadie en los viajes. Tengo miedo de que después no me pueda sacar de encima a los que tienen ganas de charlar cuando yo no. Este mes, después de cobrar, me compro el libro.

Del pibe de la gorrita me quedó grabado un incidente ocurrido hace unos veinte días. Yo estaba sentado justo en el asiento de atrás, ambos sobre la ventanilla. Subió una señora con una chica de unos catorce o quince años. El asiento al lado del pibe estaba vacío y la chica se sentó. La mujer la agarró del brazo y se la llevó para atrás mientras le decía “¿Cómo te vas a sentar al lado de ese villero?”. El pibe, con los audífonos puestos y la música a todo volumen, —yo oía desde mi asiento la voz del Pato Fontanet—, la debe haber escuchado porque la miró pero no dijo nada. Yo no pude con mi genio, me di vuelta y le dije:

—Señora, usted dice villero como si fuera un insulto. ¿Sabe? Yo me crié en una villa en el bajo Flores y mi viejo laburó siempre. Era mozo y atendía a jueces y

abogados en un restaurante de Tribunales. Después me llevó a mí y hoy que se jubiló yo hago su trabajo.

La mujer se sentó en el final del vagón y no me contestó pero varios me aplaudieron.

Hoy es jueves y por suerte alcanzo el directo. Subo por atrás por si se va y camino por adentro de la formación hasta llegar a mis vagones preferidos. En el cuarto encuentro asiento. Me pongo a observar a mis compañeros de viaje. Hay varios que son habituales, incluidos el viejo del libro y el pibe de gorrita.

De la estación de Longchamps vivo a quince cuadras pero dejo la bici en un negocio de la avenida a la mañana así que en menos de una hora voy a estar en casa tomándome una birra.

El tren arranca en Burzaco y desde el vagón de adelante entran tres pibes con las capuchas puestas. Uno se queda en la puerta y los otros dos avanzan por el vagón.

—Tranquilos y sin hacer movimientos raros vayan preparando las billeteras, los celulares y los relojes —dice el que se queda en el medio con la mano dentro de la campera.

El otro empieza desde el fondo a recoger de los pocos pasajeros que quedan. Cuando llega a mí le doy el celular y los doscientos pesos que tengo en el bolsillo.

—La billetera —me grita.

—No uso. Tampoco reloj.

—Dame la mochila.

—No, es mi ropa de trabajo

—Dame la mochila y las zapatillas —grita de nuevo sacando una navaja.

—No —le grito— son las únicas que tengo. Y mañana tengo que trabajar.

Algo que vos no conocés.

El tipo levanta la navaja y me la clava en el muslo

—¡Hijo de puta! —le grito mientras me aprieto la herida que empieza a sangrar.

El pibe que siempre viaja conmigo se levanta y se acerca a mi asiento.

—Sentate, volvé a tu asiento —le grita el tipo.

—¡Boludo! ¡Se va a morir! ¿Querés cargar con un homicidio?

—¡Vámonos! —grita el que estaba parado en el medio. Los tres se van corriendo.

—Dame la corbata —le dice el pibe al viejo y la ata alrededor de mi pierna.

—Présteme una aguja —le dice a una señora que va tejiendo.

Enrolla la aguja en el nudo de la corbata y comienza a rotarla apretando el torniquete.

—¿Me voy a morir? —le pregunto.

—Espero que no. Tenía que espantarlos —me responde sonriendo—. Apretate fuerte que en cinco estamos en Longchamps y te llevo al hospital que está a dos cuadras.

—¿Cómo te llamás? —pregunto otra vez.

—Lautaro —me dice —soy enfermero.

Mientras me cosen en el hospital lo veo a Lautaro esperándome afuera. El viejo también está. No le pregunté el nombre. ¡Villero! ¡Qué fácil es poner etiquetas!

OSVALDO VILLALBA

Argentina

Blog: www.osvaldoevillalba.blogspot.com.ar

Nota del autor: Esta trama es ficción y fue escrito como un humilde homenaje a Lautaro Guzmán que sí sufrió la discriminación que menciona el relato y fue publicado en Noticias De Brown, un medio virtual de la localidad. <https://www.debrown.com.ar/es-enfermero-y-lo-discriminaron-por-su-ropa-su-caso-se-hizo-viral/>



**UNA AUTOPISTA
COMO MUCHAS
YOLANDA SA**

En los viajes, se absorbe la serenidad de los bosques, los colores de los campos sembrados, el silencio de las ciudades que despiertan, la actividad de las que respiran, el ruido de los medios de transporte. Durante las travesías se conversa, se ríe de tonterías, se escucha música.

El movimiento monótono pierde el ritmo y comienza a frenarse hasta la inmovilidad. Delante, atrás y a los costados, se ven rodados de todos los modelos detenidos sobre la capa asfáltica cercada por chapa prolijamente doblada para evitar el desbande.

Somos cuatro en el automóvil y hay que esperar, en ese secuestro en el tiempo, donde solo queda mirar alrededor.

Pasan dos horas. Al principio muchos sacan el celular y cuando se cansan de indagar en Internet y de perder en los juegos de las aplicaciones, comienzan a bajarse de los vehículos. Preguntan a los choferes de los camiones, que por residir en lo alto tienen mejor visión, pero nada, solo un mar multicolor detenido, decorado por volutas de humo de los que fuman y con cierto movimiento caótico de estiramientos y flexiones para descargar broncas por el retraso. Se escuchan lejanas las sirenas de ambulancias.

Vuelvo a mi asiento y abro un portal en la libreta que siempre llevo.

“En el marco de una noche negra y helada, un hombre joven espera el transporte público. Ya en su interior, sus ojos oscuros emiten tristeza mientras se funden a través del vidrio opacado en las figuras difuminadas de los árboles del camino, en los puñados de cortaderas, de a ratos iluminados sus penachos inmóviles por la luz potente de los faros porque el viento también se ha congelado.

Entra al bar cuando ella sale, envuelta en una bufanda de la que solo brillan ojos almendrados, oscuros, con una pequeña llama.

Algo penetra profundo, sin darse cuenta. Toma dos jarras de cerveza mientras los músicos terminan su tema, no con guitarra sino con ukelele, un sonido dulce que lo remite por instantes a la pequeña llama. Cabecea sobre la mesa hasta que unos brazos lo ayudan a incorporarse y el frío de la noche lo despabila un poco hasta llegar a la casa. Antes de acostarse se cae el celular al piso y se astilla el vidrio. Ni lo mira, desarmado y en brazos del sueño. El destino ha realizado lo suyo.

Por la mañana entra al Emporio de la Electrónica, un negocio dónde una vez se había detenido para comprar lentes para su cámara de fotos. Ve un brazo extendido, saliendo como rama florida de un cuerpo espigado, tomando una caja de repuestos de un estante alto. Sus miradas se cruzan sorprendidas y sin poder detener el fuego, cada uno anida en el otro, sabiendo que no habrá más vacío, que todo será compartido”.

Uhh. Comenzamos a movernos...

Cierro el portal con la emoción en una sola lágrima.

Llegamos hasta el cartel informativo: “Auto volcado” y fue otra hora de marcha muy lenta, con elucubraciones sobre cuántos muertos, si alguno se había salvado.

Cuando dejamos el cuello del embudo, no parecía tan serio. Un trompo, unos raspones de chapa y varios uniformados custodiando la escena. Quizás los conductores ahora estén mirando el partido Polonia - Japón, desde una camilla de hospital, quizás un yeso o varios puntos en los desgarrros, mientras la jauría de metal comienza a dispersarse en la tarde temprana, todavía cálida, todavía nuestra.

YOLANDA SA
Argentina

Facebook: [Yolanda SA](#)

Página WEB: www.yolandasa.com



SE ALQUILAN

SANTOS

OSWALDO

CASTRO ALFARO

El negocio de la seguridad personal se desplomó con las declaraciones televisivas del primer ministro de un país europeo. Las empresas que brindaban servicios de guardaespaldas, mercenarios, salvavidas, playeros, rescatistas, agentes de custodia de valores y vigilantes callejeros se sorprendieron ante la magnitud de sus expresiones. El político cuestionó la eficacia de la metodología convencional y cautivó a la audiencia mundial sobre su experiencia. El relato emotivo y detallista sobre el hecho que le cambió la vida dio a entender que solo se debían mantener vigentes a las fuerzas armadas y policiales. Cuestionó la vigilancia privada y sostuvo que, como en muchos otros temas, era producto de la especulación internacional e intereses de las grandes corporaciones.

Por un momento los espectadores dudaron de sus afirmaciones y recordaron que era un sobreviviente de batallas y que probablemente tendría algún circuito cerebral deteriorado. Sin embargo, el astuto líder sorteó la andanada de preguntas capciosas y mal intencionadas del panel periodístico y describió con lujo de detalles las fallas de su propia seguridad personal durante el atentado. Sostuvo que estaba vivo por la acción de una extraña presencia que apareció de improviso para detener las balas, tirarlo al piso y protegerlo con su cuerpo. A nadie le quedó duda que hablaba de un ángel. Las imágenes del incidente mostraron escenas inéditas y que certificaron cada una de sus frases. Convenció al mundo de que existían seres más allá de nuestra comprensión y que, a despecho de la mala fama de la iglesia actual, estaban relacionados con ella. El veterano de guerra, en ese preciso instante, clavó la estocada mortal a los genios de la seguridad terrenal. Una nueva alternativa había caído del cielo y se abriría paso en las calles.

Las estadísticas de atentados mundiales mostraban la baja incidencia de esos hechos. Los expertos de la oportunidad, aliados con los marketeros, diseñaron estrategias para vender el nuevo producto. Intentaron comercializar la idea de la seguridad invisible.

Los ángeles, santos y demás paladines religiosos son criaturas arraigadas en el imaginario popular e imposible negar su presencia etérea. La creencia vulgar los convirtió rápidamente en héroes comerciales y las compañías proveedoras los bajaron de altares y estampitas para multiplicarlos como los nuevos *avengers*. Nada

más fácil que ofertar milagros.

La seguridad personal se relajó a tal extremo que la sociedad global empezó a cuestionar el emprendimiento. Los juicios por estafa, publicidad engañosa y homicidios por negligencia se multiplicaron y fue aprovechado por el verdadero depositario de los insumos celestiales.

La iglesia católica consideró la oportunidad de engrosar sus ya generosas arcas. El Banco del Vaticano financió el Laboratorio de Clonación Santísima. Las sangres que anualmente se licúan milagrosamente para demostrar el poderío sanguíneo de los mártires cristianos empezaron a ser utilizadas para tales fines especulativos. La tecnología desplegada permitió, en el más absoluto secreto, llegar a las fuentes primigenias de la fe. Ubicaron el material genético de San Jorge de Capadocia, el santo que derrotó al dragón, e hicieron miles de reproducciones intangibles. Los certificados de origen y las pólizas de garantía firmadas por el Papa cerraron la brillantez del negocio. En las homilías, catecismos y rezos divulgaron la existencia de este producto vanguardista y los misioneros de a pie y cibernéticos cerraron el círculo mediático.

Enterados de la novedad, jefes de estado democráticos, dictadores africanos, caudillos bananeros, políticos corruptos, magnates desalmados, traficantes de diversas calañas, empresarios altruistas, filántropos, artistas del cine, televisión y música, así como gente común y corriente gastaron miles de euros. La demanda superó a la oferta y el reino de San Pedro trabajó turnos extras.

El cielo había sido abierto y un descuido en la bioseguridad propició que el infierno también lo hiciera. El primero de los ángeles caídos apareció en Roma. Uno de los descendientes de Nephilim, desorientado y maloliente, mostró su gigantesca figura ante el terror de los caminantes. En Berlín, Aragón, Oslo, San Francisco, Lima, Buenos Aires, Nairobi, Sidney y en algunas islas de la polinesia aparecieron los descendientes de Lucifer, Mefistófeles y Semyazza.

En poco menos de una semana, el planeta reavivó las cenizas bíblicas. Como en tiempos antiguos, la batalla olvidada entre insurrectos y sumisos al Padre Celestial tendría lugar.

Hoy

Me llamo Mosahel y he llegado a un sitio tenebroso. En el tiempo que me

tocó vivir fui cruel y morí sin arrepentirme de la traición cometida. Llevado por malos consejos y ofrecimientos desleales violé a una mujer y gocé con su sufrimiento. La maldad corría por mis entrañas y la llené de hijos. Las bestias que engendró fueron indefinibles en carácter y sentimientos, pero mantuvieron la carne de la mortalidad. Mis ramas torcidas se dispersaron desde el origen de los tiempos y recorrieron lugares alejados e impensados.

Mi simiente proscrita sembró odios, enraizó amores prohibidos y causó guerras. Los siglos no cambiaron la mala semilla de mis ancestros. Hoy estoy acá, aterrorizado e indefenso. La abstinencia sexual de milenios me provoca los más aberrantes sentimientos de lujuria y deseo abyecto. No quiero sufrir y, si es como imagino, moriré. Debe existir autoridad y reglas en esta sociedad que me desalienta. No pertenezco a esta realidad y debo abandonarla.

Camino espantando a las multitudes y mi oscura piel y descomunal anatomía atemorizan. Creo que enfrento a alguien con poder. Su mano empuña algo que debe ser un arma. Me acerco para morir y escucho un gran ruido. El hombre que me apuntaba cae al piso y siento en la espalda el hincón de una picadura de abeja. En pocos segundos mi cabeza da vueltas, me mareo y el mundo al que no pertenezco se oscurece y desaparece.

—Ya está sedado —dice una voz autoritaria—. Recójalo y llévenlo hacia la camioneta. El cadáver del policía va a la morgue...

Nada nuevo brilla bajo el sol. Desde muy lejos, la media luna de oriente se apresta a disfrutar el banquete. Recogerá los despojos occidentales como si fuera el botín medieval aguardado por centurias.

OSWALDO CASTRO ALFARO

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/oswaldo.castro.73>



**EL ESCRIBIENTE
DE LA
GELATERÍA**

GABRIELA CAJAL

En la calle Salta de Constitución, funcionó durante mucho tiempo una gelatería artesanal bastante elegante y bien puesta, con plantas de interior, asientos acolchados, vitrales decorando la inmensa luna de un espejo que duplicaba generosamente el ambiente.

Ella pasaba delante de la gelatería con el colectivo, y se quedaba mirándola con nostalgia inventada, porque en realidad, aquel lugar le hacía acordar a otro similar... No, ni siquiera era similar. Quizás algo en la decoración, algo en los verdes del cartel... Como fuera, en su memoria anhelante de reencuentros imposibles, la gelatería del barrio de Constitución la transportaba a los helados de crema y chocolate que tomaba con su abuela, en los veranos. Ella siempre pedía así: “crema y chocolate”, para las dos. Una noche, le agregó baño de chocolate cobertura. Por darse un gusto. La heladería estaba llena de chicos y grandes. Recordaba la luz blanca y desangelada de los tubos fluorescentes. A ambas el chocolate cobertura se les empezó a derretir y a escurrirse por los laterales de los dedos. Imposible pararlo. Imposible limpiarse bien con las escasas servilletitas de papel que ofrecían con cada helado. Tuvieron que apurarse a terminarlos. Podía recordar los dedos pegajosos, la incomodidad de no poder lavarse las manos. La urgencia impuesta para terminar cuanto antes de comer el helado.

La gelatería de Constitución dejó de funcionar, pero el local quedó allí cerrado, como guardando para siempre en su interior el bullicio de la clientela, los empleados sudorosos que servían con esmero los altos cucuruchos, el cajero que recibía la fila de pedidos. Las plantas de interior, que resultaron ser de plástico, persistían polvorientas detrás del cristal de la vidriera.

A partir de aquel momento, el local empezó a guarecer a sus fantasmas. Cada vez que pasaba, velozmente echaba una mirada y los saludaba en silencio. Invocaba la protección de aquellos espíritus, sabía que estaban allí esperándola, que incluso la saludaban sonrientes, que seguían con la mirada su paso fugaz, y que a pesar de dejar atrás el lugar, ellos persistían en el apego y el cuidado. Respiraba aliviada. La antigua gelatería, polvorienta y en penumbras, era sin embargo el más perfecto altar para sus invocaciones.

Un día, apareció el escribiente. Era un hombre más bien joven, obeso, vestido con ropas grasientas de mugre, pantalones tirantes, remeras ajustadas sobre un

vientre enorme. Lo rodeaban bolsas de residuos tan estiradas como sus ropas, seguramente repletas de pertenencias miserables. La vidriera de la gelatería, que tenía una pequeña saliente de ladrillos, se había convertido en una precaria residencia. Allí vio, enrollado, un colchón oscuro y maloliente. Al lado de la gelatería funcionaba una estación de servicio. Ese era el baño del escribiente. También solía servirse hielo en vasos de plástico con agua. Hablaba con los empleados que cargaban el combustible. A veces podía verle el rostro, oscuro, de facciones redondeadas. A veces, esas facciones estaban ocultas por una barba enmarañada y espesa. Otro tanto sucedía con su cabello, que oscilaba entre una mata temible y un corte al ras hecho con prolijidad.

Aquel hombre escribía. Sentado como podía en el alféizar de la vidriera, portaba papeles apilados en su manota derecha, y con la izquierda escribía en ellos. Su concentración parecía a veces olvidarlo todo. En invierno, escribía envuelto en un mugroso tapado que no llegaba a cerrarse sobre su gordura. En verano, escribía descalzo y con los pantalones arremangados hasta las rodillas. Sus piernas eran grotescas, como de gigante, y estaban ulceradas a la altura de los tobillos. El frío arreciaba. El calor agobiaba. Pero él siempre escribía. El fajo de hojas muchas veces amenazaba con deshacerse y volar con el viento, pero él se las arreglaba con ferocidad para que aquello no sucediera.

Detrás del escribiente, los espíritus permanecían en el silencio eterno del local cerrado de la gelatería. No habían cesado nunca de saludarla ni de protegerla, e incluso le parecía que también lo protegían a él. Que no era casual que el escribiente hubiera elegido aquel lugar, no muy cómodo por cierto, para sin embargo permanecer. El sentido común podría haberle indicado las ventajas de un local cerrado para que alguien de la calle lo eligiera como paradero. Pero prefería pensar que era, en realidad, por sus fantasmas. Porque ellos tomaban nota de la presencia del escribiente. Así como tomaban nota de cada paso fugaz de ella, arriba del colectivo. Y de igual manera, el escribiente persistía en sus solitarios relatos, secretos de su locura o de la cordura que, tal vez, expiaba para sobrevivir. Los fantasmas la miraban por algunos segundos preciosos. Se saludaban sonrientes y en silencio. Y nadie más podía verlos. Excepto, quizás, el escribiente de la gelatería.

GABRIELA CAJAL
Argentina
Facebook: [Gabriela L Cajal](#)



LA UCRONÍA DEL CARBÓN

VÍCTOR ANDRÉS

PARRA AVELLANEDA

I

El mundo dominado por máquinas, son todas hijas de Herón de Alejandría. Su entusiasmo en Grecia permitió a los reyes conquistar al mundo en muy pocos años y extinguir a todas las formas de vida en este su hambre de progreso. Así olvidaría el ser humano a los árboles y a los animales: olvidaría de dónde vino y a dónde iba.

En dos mil años la Tierra se convirtió en una esfera de carbón industrial que todo devoraba. La tecnología ha de llegar cuando el ser humano esté preparado para ella, no antes. Nunca den un arma a un niño inmaduro, que puede dispararse y matarse en lo que cree que es un simple juego.

Mediante quimeras nace el aire y el alimento, las máquinas escupen mientras las personas ingieren aquel vómito mecánico que los nutre y los mantiene funcionales cada día; el arte es un compendio de engranajes dispuestos de manera simétrica, la música es un ruido de martillos, la literatura es un instructivo y las convicciones religiosas son puro reciclaje.

II

Miro al cielo nocturno, esa negrura es el agua, y ese brillo lejano que llaman Venus es el reflejo de la Tierra por donde me estoy viendo desde una gran altura, así, puedo verme desde donde estoy, puedo ver cómo me observo a través de miles de kilómetros, casi imperceptible y microscópico, pero ahí estoy. Me dejo caer hacia esa Tierra reflejada en el pozo de agua cósmica, me dejo hundir lentamente para así zambullirme y nadar entre la luz de la imagen. Pronto el reflejo de esa Tierra me rodea y soy parte de aquel océano desconocido. Lejos queda el mundo que pisaba y respiraba, lejos queda toda referencia familiar, por primera vez me siento pequeño e insignificante.

Veo al astro acercarse hacia mí, ¿o será que en realidad soy yo quien se acerca a este? De verlo flotando en el espacio ahora me encuentro en su atmósfera. Veo un océano totalmente azul, veo inmensas montañas, veo por primera vez la luz del sol iluminando toda la Tierra. Me consterna no ver al carbón ni a los tentáculos de metal aprisionándolo todo, solo puedo ver un mundo lleno de extraño verdor: unos suelos sin edificios, unos cielos sin maquinarias volantes, y lo que más me asombra y

aterra es la presencia de extrañas entidades. Desde el cielo las veo como si fueran corpúsculos, moviéndose de un lado a otro, como motas de polvo. Se desplazan a gran velocidad, se congregan e incluso se reciclan a sí mismos: los que catalizan la verde sustancia son desactivados por otros que los descomponen a subunidades propicias para su aprovechamiento energético. Ese proceso se parece mucho al de alimentarse. Esas cosas se están alimentando. Las máquinas no se alimentan, solo los humanos, ¿quiere decir que el ser humano no es una excepción en este universo?, ¿hay más entidades además de nosotros?

Fallo al intentar descifrar el mecanismo de acción de estos ensamblajes móviles. No hay cálculos para determinar a dónde irán y que harán: en mi mundo natal siempre fue fácil predecir cualquier tipo de futuro, el destino estaba definido por engranajes, por las fórmulas, por algoritmos; pero aquí, no logro atisbar ningún destino; cualquier intento de predicción es inútil. Lo mecánico no es compatible con este caos orgánico.

Si no tienen destino ¿A dónde vas esos seres?, ¿cuál es su propósito?, ¿qué sentido tiene existir sin un rumbo?, ¿qué función tiene transitar en un camino aún no construido?

Nunca había visto algo semejante. Me aterro, toda mi ciencia es inútil, es frágil, no se adapta a este nuevo mundo, a este nuevo universo que parece ser tan cercano del que provengo. Lo cuadrado, lo cerrado, lo perfecto, lo exacto; todo ello falla y se queda a la deriva de esta nueva que contemplo y que admiro temeroso. ¿Qué progreso puede haber en este mundo sin máquinas, sin el negro humo impregnando este cielo azul hasta oscurecerlo? ¿Cómo saben los seres qué hacer si no tienen un instructivo?

El aire es demasiado puro, excesivamente traslúcido. No lo puedo soportar, no lo puedo respirar, me es tóxico. No podría vivir aquí, ¿o será que ya estoy muerto? Seguramente los seres que pueblan este mundo espejo no podrían vivir en mi mundo, en dado caso ¿estarán muertos también?, ¿Quién está vivo y quién está muerto?

Creo que comprendo lo que veo: al parecer aquellas entidades que se mueven de aquí para allá no son máquinas, sino que son entidades químicas.

Como si fuera el soplo de una voz distante y perdida en una gran

profundidad escucho la palabra *animales*. Comprendo que estas cosas, los *animales*, pueden cambiar, pueden realizar un proceso llamado evolución, y que en dicha evolución interviene el azar. De repente escucho una voz:

Esto se llama vida, y aunque la hallas olvidado, existía antes que tú. Tú eres vida.

III

Me despierto del sueño, sigo aterrado, aterrado por el viaje hacia el otro planeta, sin embargo, el otro planeta no era un mundo lejano, era mi mundo.

¿Qué pasará cuando encontremos lo que se llama vida? ¿Podremos entenderla, o simplemente estaremos atascados durante miles de años hasta que nos consuma la locura? Pero, si en dado caso la vida que vi en mi sueño ha desaparecido ya, ¿Qué nos queda?

—*Nosotros* —suena una voz en mi mente. La respuesta es clara.

En estas circunstancias el ser humano solo se tiene a sí mismo. No es cuestión de encontrar vida en otros mundos distantes, ubicados en otras galaxias, sino de encontrar la vida que ha dejado morir lentamente en su interior. Quizás esta civilización experimente el mismo terror que yo sentí en mi sueño, cuando se purifiquen los oscuros cielos de carbón que nublan el alma de cada ser humano que puebla este mundo.

Cuando se descubra que en la Tierra existe vida, será el fin de la ciencia mecánica y otra ciencia tendrá que nacer para comprenderla.

Cuando se descubra que hay vida fuera de este mundo, será el fin de la humanidad y otra humanidad tendrá que nacer para asimilarla.

VÍCTOR ANDRÉS PARRA AVELLANEDA

México

Blog: Anacronismos: <https://victorparravellaneda.wordpress.com/>



EL SECRETO

GERARDO ÁLVAREZ

BENAVENTE

Michael nadaba contento y yo me sentía feliz de verlo ir y venir saltando y chapoteando en el agua cristalina del acuario. De pronto se detuvo y sacó la cabeza fuera del agua, buscándome con la mirada. Tuve la repentina certeza de que trataba de decirme algo. Se acercó hasta donde yo me encontraba —fuera de la piscina— y me miró con sus vivaces ojos como pidiendo que lo siguiera. Se sumergió y se alejó nadando. Yo me zambullí y lo seguí. Volvió a detenerse en el agua, sacó su cabeza y nuevamente me miró. Golpeteó su pico emitiendo el característico chillido. Estábamos frente a la compuerta que comunicaba el estanque con el mar. Era una señal, sin duda quería mostrarme algo. Levanté la compuerta para que saliera. Tomé aire y me sumergí tras él.

Nadaba adelante abriéndome paso. Algunos peces se alimentaban cazando a sus presas y otros comían del plancton. Cuando nos acercábamos cambiaban de rumbo alejándose de nosotros. Había peces grandes y pequeños. Rojos, amarillos, azules y verdes. Un centenar de anémonas de mar se balancearon de aquí para allá adheridas al fondo pedregoso. Nadé, conteniendo la respiración. Vi cardúmenes de pececillos plateados y dorados que surcaban el mar moviéndose todos juntos como si se tratara de un solo individuo. Tuve que volver a la superficie a tomar aire porque ya no aguantaba más. Por suerte allí no era mucho más profundo que una piscina. Nuevamente el delfín pareció intuir mi necesidad y salió también —a pesar de poder aguantar mucho más tiempo sin oxígeno—. Le grité: “vamos” y le hice un gesto con la cabeza. Él dio un salto y desapareció bajo el agua. Imitándolo hice lo mismo. Estaba acostumbrada a nadar mucho debido a mi profesión y siempre me gustó el mar. Desde niña me encantaron los delfines, así que cuando tuve la oportunidad de entrar en el parque acuático —en Miami— no lo dudé ni por un instante y acepté el empleo. Desde entonces —hace ya cinco años— trabajo en el espectáculo con delfines y focas, disfruto mucho con ellos y también con las carcajadas de los niños que vienen a cada función.

Cuando los alimento, a veces tengo la sensación de que no estoy solo con un grupo de animales inteligentes, sino que son algo más. Por eso, intento en mis ratos libres comunicarme con ellos, adivinar sus deseos. Con mis demás compañeros del equipo hemos grabado sus sonidos e intentamos descifrar su lenguaje. Creo que ya

hemos descubierto varias “palabras” y “mensajes” que se dan entre sí. Pasamos largas horas “conversando” y jugando con estos seres. A veces me siento como si yo misma fuera una de ellos —especialmente cuando estoy con Michael que es con quien me entiendo mejor. Lo encontramos perdido en la costa cuando aún era un bebé y decidimos adoptarlo. Siempre tuvimos un trato especial con él, quizás porque era huérfano.

Desde entonces fue la estrella del espectáculo. Todos los otros delfines eran muy inteligentes pero él tenía algo especial. Yo me encariñé mucho y decidí bautizarlo con el nombre de mi padre.

Y ahora me hallaba en medio del mar sin traje de buzo y sin que nadie supiera lo que hacíamos. Yo sabía que eso era peligroso, sin embargo, junto a Michael no sentía temor. Sabía que me quería mostrar algo importante. No era solo un juego, como cuando estamos en el estanque practicando. Aquel día me había sentido muy rara desde que me levanté. Los delfines y las focas estuvieron inquietas, como si presintieran algo.

Luego de un rato de nadar, volvimos a sumergirnos y me di cuenta que había algo en el fondo. Quedé perpleja al contemplar una docena de columnatas que aparecían semienterradas en la arena junto a restos de estatuas inmensas y otros pedazos de construcciones con mosaicos bellísimos, tornasolados y con diseños geométricos que parecían datar de muchos siglos. Aunque yo no soy experta en arqueología —podría tratarse de alguna construcción más reciente— pensé en la Atlántida u otra civilización igual de antigua que se hubiera hundido allí, en el Caribe. Fuese lo que fuese, parecía un descubrimiento muy importante.

Al volver a la superficie una extraña sensación me invadió. Algo no estaba bien y el delfín también lo sabía. Me zambullí por última vez para llevarme algo como prueba. Con dificultad rasqué sobre la arena del fondo hasta desenterrar un pequeño vaso que parecía de oro y con él nuevamente salí a la superficie, justo con el último resto de aire en mis pulmones. Michael estaba muy nervioso, daba saltos como pidiéndome que me apurara. Decidí no permanecer allí por más tiempo. Además tenía muchas ganas de contar lo que habíamos encontrado. Nos dirigimos hacia la costa. Cuando estábamos a mitad de camino sentí un temblor sordo. Algo hacía vibrar el fondo del mar.

Me detuve y me volví a todos lados. Por el horizonte vi una ola gigantesca que parecía acercarse hacia nosotros. Por suerte estaba lejos todavía, pero no podíamos quedarnos allí. Espantada seguí nadando lo más rápido que pude. Michael me había tomado cierta ventaja. Yo nunca podría alcanzar su velocidad. Y como si adivinara mis pensamientos dio la vuelta y se me acercó. Volví a mirar hacia atrás: la ola se aproximaba. No llegaríamos a destino. Teníamos que alcanzar la costa antes que ella o pereceríamos. Michael emitió un rápido golpeteo de su pico con un chillido agudo. Trataba de decirme algo en su idioma.

Quería avisarles a los muchachos el peligro que se avecinaba. Quizás ellos ya lo supieran, pero si la ola llegaba a la costa barrería con todo. ¿Qué sería del resto de los delfines y las focas y de nuestro espectáculo?

A cada minuto la ola se hacía más inmensa. Era como una gran pared de muchos metros de altura. Braceé a toda velocidad tratando de llegar. Michael se me volvió a acercar y comprendí lo que quería. Me tomé fuerte de su aleta superior, rodeé con el otro brazo su cuerpo liso y me dejé arrastrar por él. Era la única manera de salvarnos. La ola ya nos estaba alcanzando. De pronto, Michael viró como sabiendo que no podríamos llegar y me arrastró hacia la playa, en un ángulo de noventa grados con la ola. Tragué agua y perdí el vaso de oro. No podía volver a recuperarlo.

Cuando desperté estaba en una camilla del sanatorio local rodeada del equipo del parque acuático. Vagamente pude recordar la ola que se nos aproximaba. Los muchachos me tranquilizaron asegurándome que todos estaban a salvo. El servicio meteorológico había dado la alerta sobre un maremoto de causas desconocidas y rápidamente todos trataron de huir con los animales.

—¿Y Michael? —pregunté asustada.

—Michael está bien. —me dijo el director—. Fue él quien te salvó. Cuando notamos que no estaban, salimos en la lancha pero la ola se acercaba y no podíamos ubicarlos. Dimos el alerta y un helicóptero partió a buscarlos, sin muchas esperanzas. Más tarde cuando el desastre pasó volvimos a salir. Te encontramos como a dos kilómetros, tirada sobre la arena de la playa inconsciente y a Michael tendido a tu lado. Habías tragado mucha agua. Nos diste un buen susto. ¿Por qué no nos dijiste que salías?

Les expliqué lo ocurrido. Quise mostrarles el vaso de oro pero luego recordé que lo había perdido en la huida.

Al parecer no me creyeron.

La ola había llegado y barrió con el parque, así como con gran parte de los edificios más próximos a la costa. Por suerte, estábamos en la parte más al sur de la península y el ángulo en que la alcanzó fue muy oblicuo, destrozando solo a una pequeña porción de la ciudad y continuando su rumbo por el mar hasta deshacerse por completo.

Nunca supimos con exactitud qué fue lo que ocasionó el maremoto y la enorme ola. Al parecer habían realizado una explosión nuclear subterránea, clandestina —ya que hay acuerdos internacionales que las prohíben— pero el gobierno negó tener conocimiento alguno.

Días después caminando por la playa, plagada de peces muertos, encontré semienterrado en la arena el vaso de oro que había perdido. Y con él en la mano volví con los demás para mostrárselos.

Salimos nuevamente en busca del tesoro —bien equipados— con todo el grupo en la lancha y con los trajes de buzo. Michael nos comandaba. Al llegar cerca del lugar donde habíamos visto el tesoro, el delfín pareció enloquecer. Nos tiramos al agua creyendo que lo habíamos hallado, pero por más que dimos vueltas y vueltas, no encontramos nada. Las ruinas de la ciudad perdida ya no estaban. Probablemente el maremoto se las había vuelto a tragar. Michael iba y venía como si supiera que seguía allí escondida, quizás bajo la arena o la roca.

Decepcionados volvimos a la lancha. Los demás pensaron que mi relato no había sido más que una alucinación, aunque tenía el vaso aún en mi poder.

Yo le agradezco a Michael haberme llevado hasta allí y también salvarme la vida. Ahora cuando nos miramos a los ojos recordamos nuestra pequeña aventura y aunque nadie nos crea, nosotros sabemos que fue verdad.

GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE
Uruguay

Blog: <https://miscuentos17.blogspot.com>



EL CERCO

MARIO TORRES

VALDIVIA

Sales al trabajo repasándolo todo, analizando las variables de tu posible respuesta y con cualquiera quedas inconforme, carcomes las palabras y organizas los diálogos, pero todo es ya inútil, en pro o en contra siempre el balance al final es pérdida. Sarita es una buena hembra pero nunca podrás levantártela o, mejor dicho, nunca querrás levantártela, porque no es cuestión de poder, sino de querer, la mesa la tienes servida y no eres capaz de meterle cuchillo al primer bocado. Todos los días sientes cómo te busca con la mirada desde su cubículo, cómo se hace la loca ordenando sus cosas, esperándote para ir a almorzar juntos y sugerirte una escapada uno de estos días, pero tú te pones el traje de hombre correcto y desvías elegantemente la conversación hacia otro tema, como el huevón que eres, ¿a quién tratas de engañar?, una mujer se da cuenta de esas cosas, las huele, las percibe, mientras que tú solo prestas atención a sus palabras acosándote para que te desahueves, ella vigila con atención las caras que pones con cada pregunta que te lanza, tu mirada de conflicto delata la tentación a la que quieres sucumbir y sin embargo, no deseas dejarte llevar por sus juegos de doble sentido, se agarra de tu brazo al regresar a la oficina y tratas de sacártela de encima viendo la hora en tu viejo reloj de pulsera. Bien sabes que cualquier evasión que te inventes servirá para que ella luche más por querer que se la metas. Tus amigos ya se han dado cuenta, Sarita fue precavida pero siempre hay alguien que se gana el pase, que corre a divulgar el chisme, cuando ibas al baño por el corredor de la fotocopidora donde ella estaba ocupada con un informe, pasaste por detrás y fue ese momento la cúspide de sus sueños, tú lo sabes, juntó su espalda a tu pecho y te llevó hacia la pared, sus nalgas redondas y blandas se frotaban en círculos en tu bajo vientre, cuando volteó y te abrazó, sus dedos recorrían tu espalda y tú con los ojos cerrados pensabas en la manera de escapar del pasadizo antes de que los puedan ver, cuando Sarita rozaba la punta de su nariz con tu barbilla, pensaste en una remota posibilidad, la remota idea de concretar tus fantasías, pasó por tu mente todo lo que te había sido negado, cuando abriste los ojos el practicante de Marketing estaba inmóvil, asustado por haber visto más de lo necesario, cuando la separaste de ti, ella seguía extasiada por la cercanía, ni se inmutó cuando vio al muchachito titubeante, retomó sus copias como si nada, y tú, como chiquillo, patidifuso, no supiste explicárselo, solo te quedaste viendo cómo el chibolo regresaba tras sus pasos,

probablemente a contarlo todo a tus amigos... y tu jefe, que no tiene oportunidad con Sarita, buscaría la forma de joderte el trabajo, porque tú sabes cómo es una hembra cuando se enchucha con un pata, lo marca, no lo suelta hasta que se lo tira, peor que los hombres, sabes que a una flaca siempre se le dice que sí, mientras que un hombre tiene menos opciones de ganar y es en base a esa seguridad que Sarita juega sus cartas contigo porque sabe que en algún momento te va a doblegar y tu jefe se quedará con la nube de lo que nunca fue con ella, que cuando le digan que a veces billetera no mata galán, maldecirá la hora en que te contrató y ella te marcó como objeto sexual. No quieres pensar en todo ello, pero sabes que las fuerzas te abandonan, que cada día el cerco se hace más estrecho y que no puedes irte porque necesitas hacerte de un nombre como contador financiero, por eso soportas los embates diarios a los que ahora se sumarán las rabietas por las huevas del gerente que nunca la probó, te repetirás incansable tus metas y lo que quieres obtener en esta vida y resistirás los asedios diarios, como todas las mañanas, te levantarás y al salir de la ducha el desayuno ya estará servido, conducirás hasta el trabajo y al saludar al vigilante este querrá estacionarte el auto, pero tú le dirás que no es necesario, Sarita estará esperando con un café en tu escritorio y el primer “puta madre” del día pasará por tu mente, probablemente ahora tus amigos hablen de lo cojudo que eres por no darle curso de una vez y tu gerente te llamará con carácter de urgencia para modificar los libros o cualquier otra cosa para comenzar su plan de demolerte y que renuncies, dejarás de almorzar para corregir los asientos contables (o para evitar a Sarita), y al salir regresarás a casa, extenuado como siempre, tu esposa servirá la cena y se contarán lo del día con un té o un anís, ella te buscará en la cama y no entenderá tus negativas para hacer el amor, porque cada vez que quieres hacerlo de perrito o irte por el segundo polvo ella te sale con lo de “qué mañoso que eres” y porque ya no sabes cómo decirle que quieres una buena mamada sin que te salga con huevadas como “eso lo hacen las putas”.

MARIO GAVINO TORRES VALDIVIA

Perú

Facebook : [Mario Torv](#)



CRUEL

COBARDÍA

FRANCISCO JUAN

BARATA BAUSACH

Te veía cada tarde, cuando empezaba la noche a relevar al día, mientras te observaba desde mi ventana.

Entrabas en tu piso, siempre sola, siempre a la misma hora y como un mendigo furtivo aguardaba la limosna de contemplar tu figura deambular por el apartamento, hasta que apagando la luz, entrabas en el dormitorio. Entonces ya no podía verte. Tanto era mi amor, que con tan solo eso, me conformaba.

También te veía al cruzarme contigo por la calle, me sonrojaba verte y sin que te dieras cuenta, miraba muy sigiloso tus penetrantes ojos, temiendo perderme en la intensidad de tu mirada. Con tan solo eso, me conformaba.

Por las tardes te observaba sentada, siempre en el mismo rincón de la cafetería que frecuentabas, sabía que allí estarías y a suficiente distancia para pasar inadvertido, te veía tomar tu café, tu agua y contemplaba embobado tu rostro tan bello, la sosegada lectura de un libro que te absorbía, ni te dabas cuenta de dónde estabas, tan enfrascada en la lectura estabas. Con tan solo eso, me conformaba.

Muchas veces pensé en abordarte, tantas otras deseché la idea porque solo pensar en tu rechazo confundía mis esperanzas, no sabría qué hacer con mi vida si me apartabas de la tuya.

Pasaba el tiempo, pasaba con implacable parsimonia siendo mudo testigo de una relación que no existía, porque yo con solo con verte...con tan solo eso, me conformaba.

Una noche la luz no se encendió, no hubo luz ni tú entraste. Desde esa noche no volví a ver la llegada a tu casa de cada día, tampoco te veía en la calle y nunca estabas en el café. La zozobra me iba estremeciendo porque solo sabía lo que de ti veía, y sin verte, para mí ya no existías.

Aunque no podía olvidarte, ni podía sacarte de mi mente, porque necesitaba sentirte próxima, porque solo con verte...con tan solo eso, me conformaba.

Hasta que un día, no fui a trabajar por culpa de un fuerte catarro. Estaba mirando hacia tu ventana, sin esperarte, solo por la nostalgia de cuando te veía y sonreí, recordando con lo poco que me conformaba. Ahora que el tiempo, con maligna perversidad, iba borrando los recuerdos, todas las veces que te vi las tenía muy grabadas. Fue entonces cuando se encendió una luz en tu piso, el día estaba

muy nublado y la hora era demasiado intempestiva para tus llegadas, que siempre fueron por la noche.

Presté más atención cuando observé a una mujer, se te parecía mucho... pero no eras tú. La mujer entraba acompañada de unos operarios, con mono de trabajo y comenzaron a abrir ventanas, a ventilar el piso, desmontando muebles, rellenando cajas, en un trajín que me era extraño.

En la calle observé una plataforma móvil, otros operarios preparaban lo que debía ser una mudanza. Me sorprendió, no lo esperaba y casi curadas mis cicatrices, vencidos antiguos pesares, me dirigí a la calle en busca de respuestas y repleto de dudas.

Haciéndome el curioso, despistado, como si por allí pasara, fumándome un cigarrillo y ofreciéndoles otro a los operarios que abajo trajinaban, me enteré qué suceso había motivado la mudanza y el posterior cierre del piso. La dueña del apartamento, una mujer joven, y añadían “muy bella”, se había suicidado.

La noticia me dejó aturdido y estremecido. No podía ser verdad, joven, muy bella. No era posible. No podía quedarme así, necesitaba alguna explicación, podría tratarse de un error, les pregunté a los operarios si conocían el nombre de la joven en cuestión, y mirando su albarán, ¡qué poderosa es la gratitud que genera un pitillo!, me dijeron su nombre, Verónica Luján. ¡Se llamaba Verónica, que bello nombre! No lo dudé un instante y subí temiendo las consecuencias al piso.

La puerta del apartamento estaba entreabierta, toqué el timbre, me recibió una atractiva mujer, mayor que Verónica, pero su viva imagen dentro de unos años.

—Dígame usted. —Me preguntó con una voz firme.

La señora iba vestida de medio luto, una falda color crema con camisa negra que, por cierto, le sentaba muy bien.

—Buenas tarde señora, venía a preguntar por Verónica, porque hace tiempo que no se acerca por la cafetería adonde a veces charlábamos un rato.

—¿Era usted amigo suyo? —Preguntó con cierta prevención.

—Más que amigo, diría que era un buen conocido. Charlábamos algunas veces compartiendo un café, nada serio, pero me resultaba agradable su compañía.

—Seguí mintiendo, no podía volverme atrás.

—Mi hermana Verónica se suicidó. —Contestó tajante, triste y con voz

queda.

No hizo falta que fingiera más estupor, mi anterior impresión aun no se había disipado, la búsqueda de información era solo un intento desesperado de que se tratara de una confusión y la confirmación por su hermana, secuestró mi última esperanza. No pude evitar emocionarme ni brindarle lágrimas a un recuerdo que volvía con fuerza, de algo que no fue, porque yo me conformaba con la distancia, distancia que nunca fui capaz de cruzar.

Su hermana, al ver mi reacción, disipó las dudas que pudiera tener sobre lo que le había contado, que en el fondo no era tan falso, sobre todo, lo que yo sentía por ella.

—Perdone, Señor... —me preguntó.

—Perdóneme usted, señora, por no presentarme, soy Javier Conde.

—Me llamo Ana Luján. Perdone, pero nunca me habló de ningún amigo.

—En realidad éramos conocidos, no llegamos a quedar ningún día fuera de la cafetería, esa que hay en la esquina. No me hice el ánimo de proponerle algo más, aunque me hubiera gustado. —Esto último sí que era verdad.

—Pues debió hacerlo, Javier, quizás le hubiera venido bien en su estado.

—¿Qué quiere decir Ana?

—Javier, por favor venga, aun nos queda un sofá donde sentarnos.

La historia que me relató Ana acabó de quebrantar lo poco entero que en mí quedaba.

Verónica había vivido un amor apasionado con Gerardo, su novio desde la “Facultad”. Después de vivir juntos varios años, la pasión entre ellos no decayó ni un solo instante. Una noche, viendo la televisión, Verónica creyó que Gerardo se había quedado dormido. Cuando acabó la programación, intentó despertarlo para irse a dormir, pero no pudo hacerlo, su novio estaba muerto, un severo ictus cerebral lo fulminó sin darle la posibilidad de pedir socorro ni dar señal alguna para que Verónica pudiera darse cuenta.

El trauma para Verónica fue demoledor, no encontraba consuelo, ni se perdonaba no haberse dado cuenta de la muerte de su novio, por mucho que los doctores le repetían que era imposible detectarlo, que la muerte fue repentina y nada,

repetían, nada, podía haberlo evitado. Ni aun así encontró consuelo.

El paso del tiempo fue mitigando su dolor, a lo que contribuyó sin duda que al mes de quedarse viuda se viniera a este piso de nuestros padres, sin nada en él que le recordase a su Gerardo.

En este punto de su narración, aprovechando que hizo una pausa, aproveché para preguntarle:

—¿Pero no observaron ningún síntoma que pudiera avisar de sus intenciones?

—No, ninguno. Ella aparentaba una serenidad que nos dejaba confusos. Quizás cambiar de manera tan radical de barrio, de caras conocidas, dejar de lado todo lo que le recordaba a Gerardo, le sentaba bien.

Pero la última parte de la historia que Ana me contó, me dejó sumido en la mayor consternación.

Siguió Ana con su relato.

Un domingo comiendo con nosotros me dijo que desde hace unos meses le parecía ver acechando como una sombra a Gerardo, creía que la observaba desde una ventana en la finca de enfrente, incluso que la seguía por la calle y la acechaba desde un rincón de la cafetería que frecuentaba cada tarde.

Ana me preguntó:

—¿A usted no le comentó nada al respecto?

Tardé un tiempo infinito en reaccionar, en asimilar lo que me estaba contando, solo acerté a decir:

—No, nunca me comentó nada.

Nosotros le intentamos convencer, —continuó Ana—, de que todo eran figuraciones suyas, pero ella estaba convencida de que veía a Gerardo, o algo que se le parecía mucho... y sugería temerosa que la visión le aterraba, quizás insinuaba que fuera su fantasma. Al poco tiempo, una tarde, me llamó con una voz que era un desgarramiento del alma, una petición de socorro sin palabras, me dijo que no aguantaba más la visión, y que debía acabar con eso de una vez. Si Gerardo había vuelto, no

entendía por qué nunca le abordaba, rehuía su contacto y se limitaba a observarla desde la lejanía, quizás solo buscaba reprocharle que lo dejara morir aquella fatídica noche. Cuando colgó, mi marido y yo vinimos veloces con nuestro coche. Al llegar aquí no estaba. Llamamos a hospitales, policía, amigos, hasta que a media noche llegaron unos inspectores de la “Policía Nacional”. Mi hermana se había suicidado, tirándose al vacío desde un viaducto. En realidad nunca pudo sobreponerse a la muerte de su novio, y luego poco a poco, el recuerdo de su muerte le hizo ir desvariando, hasta que se inventó un Gerardo imaginario y quizás quiso reunirse con él.

Después de esta revelación me quedé aterrorizado, me despedí como pude, antes que la emoción que denotaba mi rostro alertara a su hermana. Salí del apartamento, bajé corriendo, me olvidé que había ascensor y utilicé la escalera.

En la calle no podía respirar, me faltaba el aliento, no era posible, fui el causante del suicidio de Verónica. Mi pusilánime timidez, un estúpido temor a cruzar una línea imaginaria le impulsó a ella a cruzar otra, pero esta era definitiva.

Mi vida desde aquel día fue transitar por un calvario, la certeza de una culpa tan atroz, todo en mí era remordimiento, una pasión ensangrentada, tanto amor dilapidado por la mezquindad de mi cobardía.

Solo pensaba en encontrar el momento para reunirme con ella y suplicarle un perdón que necesitaba para poder descansar en paz... algún día.

FRANCISCO JUAN BARATA BAUSACH

España

Facebook: <https://www.facebook.com/franciscojuan.baratabausach>



LOS PERDIDOS

ANDREA M. LEIVA

Este traqueteo me vuelve loco. Mi cabeza va de acá para allá. No sé si es por el movimiento del colectivo o son los guantazos que me tira el vino ese que tomé antes en un bar del centro. Uno, dos, tres vasos. Hasta ahí llegó mi cuenta y después no supe más. Vuelvo a la pensión, ni me acuerdo como llegué hasta la parada. Es siempre lo mismo; un vaso comienza a cubrir el tiempo que llevo sin trabajar, desde que el Manco tuvo que cerrar el taller; el siguiente nubla la partida de Graciela y la Nena, ya cansadas y el tercer vaso va solo porque estoy triste.

Ya queda poca gente en el colectivo y entre los asientos veo a esas dos chicas, si hasta se parecen a la Nena. Al principio las oí reír, pero ahora no, parecen preocupadas y miran con desconfianza, desconocen. A medida que nos acercamos al final del recorrido, quedamos solo el chofer, las chicas y yo. ¿Una de ellas era la Nena? No sé, no veo bien. Es que se me nubla la vista.

La que me parece que es la Nena está asustada y mira a su amiga, que habla por teléfono con alguien. Cuando el colectivo llega a la última parada, me doy cuenta que las chicas están perdidas. Sin moverme del asiento, les digo que ahí termina el viaje, que seguro se equivocaron. Les doy miedo y dudan, le preguntan al colectivero. Claro, él tiene una camisa limpia y va afeitado. Lo que pasa es que la Nena no me debe reconocer.

Me bajo como puedo y les explico dónde estamos, pero no sé si mis palabras se entienden. La Nena tiene que ir para la casa, seguro que Graciela la debe estar esperando. El chofer resultó macanudo, ni siquiera se rió después, cuando me tropecé con la punta del adoquín sobresalido.

Ahí está Caty parada en la esquina, me mira, viene hacia mí. No debe haber mucho trabajo hoy.

Menos mal que el frío se aleja, el invierno hace más duro su andar y ya ni se acuerda cuándo ni cómo comenzó este camino. Los pasos en la calle hacen que se le distorsionen los recuerdos. Hoy todo está demasiado tranquilo, tiene ganas de ir y tirarse en la cama a escuchar la radio y cerrar los ojos y hacer como que no es ella. Pero no puede.

A lo lejos ve el bamboleo del colectivo, llega generalmente vacío o a veces

trae a Luis. Le recuerda a su viejo, boxeador fracasado y borracho triste que solo volvía a casa para tumbarse en la cama a dormir y llorar. Sabe que Luis es un buen tipo que pierde por nocaut cada día, como ella.

Cuando llega el colectivo, ve bajar al chofer, a dos chicas y a Luis. Luis les explica algo y dibuja en el aire rutas fantasmales, las chicas deben estar perdidas y asustadas; Caty sabe que Luis se puede poner muy cargoso, sobre todo con las chicas.

Luis enfila hacia ella y se tropieza, a Caty le dan ganas de correr a sostenerlo y abrazarlo. Lo ve venir a paso confuso y ya no tiene ganas de seguir parada ahí, el frío no atrae a muchos clientes. A medida que se acerca, descubre a las chicas desesperadas, abriendo sus mochilas en busca de algo. Le pide a Luis que la espere, abre su cartera de plástico rojo brillante, saca un rollito de unos pocos billetes gastados y se los da a la más bajita de las chicas, ya pueden comprar el regreso a casa.

Se vuelve apurada hasta quedar al lado de Luis, aún dudoso le pasa el brazo sobre los hombros y ella apoya su cabeza en él. Arrastran los pies hacia la pensión y soñarán que son otros, que la vida no los pudo.

Termina mi primer día del estudiante, ya no soy la nena de la primaria que no podía hacer nada sin que alguno de los grandes estuviera dándome vueltas por ahí. Hoy estuve en la plaza con mis amigos, caminé, escuché algunas bandas, comí panchos, fumé, tomé alguna que otra cerveza y ahora, que atardece, vuelvo a casa con Flor. Mamá me dijo que, para volver, tomara el colectivo en la misma calle donde me había bajado a la ida, eso le expliqué a Flor. Durante varias cuadras nos contamos los chismes del día. Ahora, ya cansadas, nos dedicamos a mirar por la ventanilla. El paisaje que vemos es muy diferente al recorrido que ya conocemos, no andamos por las grandes avenidas que atraviesan los parques, esas que nos acercan a nuestro barrio. El colectivo se sacude entre unas casas bajas antiguas y galpones, grandes galpones que parecen abandonados, con candados oxidados. Un viejo que está en el asiento de enfrente nos mira fijo y nos sonrío, a mí me da asco.

Nos miramos con Flor, eso no nos gusta nada. A medida que avanzamos, el

asfalto se convierte en adoquines y por un costado acompañan el camino las vías del ferrocarril. En una parada, se bajan varios pasajeros y solo quedamos nosotras con el chofer y el viejo mirón. Algunas prostitutas se pasean con desgano por las veredas. Miro mi celular y lo tengo descargado, Flor ya habla con su papá. Me sobresalto porque el viejo nos habla, nos dice algo, ni lo miro. El chofer frena y nos observa por el espejo, nos dice que tenemos que bajar. El viejo a duras penas desciende, me parece que está medio borracho. Nosotras nos acercamos y le preguntamos al chofer, se agarra la cabeza. Nos dice que tomamos el colectivo en la dirección contraria, que esperemos, que ya debe salir uno para nuestro barrio. Bajamos los tres del colectivo y el viejo está abajo, como esperándonos. Me da miedo y me quiero ir cuanto antes de ahí. Se acerca y me dice “Nena”, yo doy un paso para atrás, tiene mucho olor a vino. Con la mano nos señala la esquina, creo que nos quiere explicar el recorrido del colectivo. Revisamos nuestras mochilas y ya no nos queda nada con qué pagar los nuevos boletos, todo se nos fue en panchos y birras. Flor se ríe nerviosa: “Es el viejo ese, se tropezó y anda dando tumbos”. A mi ahora me da un poco de lástima y le digo que se deje de idioteces, que no tenemos con qué volver a casa. Una mujer alta, igual a cualquiera de las que caminaba las veredas que antes había visto desde la ventanilla, saca unos billetes de una cartera bastante fea. “Para los boletos”, le dijo a Flor, que de la risa había pasado al llanto, sin escalas.

El colectivo del recorrido correcto arranca despacio. Flor le habla a su papá para avisarle que ya estamos en camino, mientras se seca las lágrimas. Yo busco al viejo, descubro que la mujer de la cartera se le acerca y que él la abraza. Sonrío. Así termina mi primer día del estudiante.

ANDREA M. LEIVA
Argentina

Blog: <http://viviendoenunarbol.blogspot.com/>

Sitio WEB: ammultimedia.com.ar

Twitter: [@andreamleiva](https://twitter.com/andreamleiva)

Instagram: [@amleiva](https://www.instagram.com/amleiva)



**UN DESLIZ EN
LOS DATOS**
MARÍA LILA ASAR

Martina examinó por segunda vez la pantalla de su computadora con el ceño fruncido. Las largas columnas de números seguían exactamente iguales. Algo no estaba bien. Tamborileó sobre el escritorio, pensativa.

—¿Ocurre algo? —preguntó Javier.

—Mira estos valores —gruñó, girando ligeramente para que su esposo, y compañero de oficina, pudiera ver la pantalla—. Esto no puede estar bien.

Javier apoyó su brazo sobre el respaldo de su silla, mientras se inclinaba. Le acarició un brazo distraídamente. Llevaban diez años de matrimonio y Martina adoraba que aún tuviera esos pequeños gestos, casi inconscientes, que le demostraban que ella era lo más importante para él.

—¿Son datos de censos oficiales? —inquirió.

—Sí —afirmó, regresando al trabajo—. Supongo que ves el problema.

Asintió con un movimiento de la cabeza. Frunció el ceño mientras pasaba las páginas.

—¿Has conseguido acceder a las bases de datos de todos esos países? —preguntó, sorprendido.

Ella se encogió de hombros.

—Sabes que tengo contactos... y cierto talento para abrir cerraduras —agregó, sonriendo.

—Tu inteligencia es algo que siempre he admirado.

Javier la miró y sonrió. Sus ojos oscuros se deslizaron lentamente por su rostro, hasta detenerse en sus labios. Inspiró profundamente. Martina contuvo el aliento.

—Estamos en el trabajo —susurró, sabiendo que se había ruborizado.

—Lo sé —admitió, y volvió a mirar la pantalla—. Quizás puedas hacer una revisión, para saber qué poblaciones se están contabilizando.

Martina reflexionó un momento.

—Eso podría explicar los valores atípicos...

—Son casi las cinco —murmuró Javier, acomodándole un mechón de cabello tras la oreja. Su voz grave sugería todo tipo de cosas deliciosas.

Martina se rindió, meneando la cabeza. No tenía defensas contra él.

—Está bien —dijo, mientras ponía su equipo a hibernar—. Continuaremos mañana.

Javier apenas tardó un minuto en guardar sus papeles en el maletín, junto a sus anteojos. Saludaron a sus compañeros de oficina y salieron, tomados de la mano.

Al entrar a casa, Martina dejó su cartera en el lugar habitual y se quitó los zapatos mientras él hacía lo mismo. Se sonrieron. Sonó el timbre de la puerta. Ella enarcó las cejas.

—Es para mí —afirmó Javier, saliendo.

Lanzando un suspiro, Martina se cambió la ropa de trabajo por un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Puso su teléfono a cargar en modo silencio y se dirigió a la cocina a preparar el té.

Se sorprendió cuando Javier entró con una gran bolsa de compra de supermercado y la depositó con cuidado sobre la mesa. No era el día del pedido semanal. Él la miró.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, curiosa.

Se acercó, pero él meneó la cabeza y le impidió ver el contenido.

—Adivina.

Entrecerró los ojos, divertida.

—¿Almendras bañadas en chocolate?

Él sacó la caja con su postre favorito y ella se lo quitó con un gritito de placer.

—Por eso te amo —afirmó, dándole un beso juguetón.

Pero Javier tenía otras ideas. La atrapó entre los brazos y tomó posesión de su boca con tal pasión que ella olvidó hasta su propio nombre.

Mucho más tarde, Martina se abrazó al cuerpo cálido de Javier. Había tenido una suerte increíble al encontrar a su pareja perfecta en todos los sentidos.

Los nuevos sitios de citas eran una maravilla. Comparado con Cupido.com, el antiguo Tinder era el equivalente a jugar a la botellita para ver con quién te besabas. Sonrió mientras se quedaba dormida.

Cuando la respiración de Martina se ralentizó, Javier se levantó con cuidado

para no despertarla y se dirigió al baño. Se sentó en la esquina de la bañera aún húmeda y se conectó al Libro de las Almas. De inmediato, cambió a modo silencio.

—*Javier 987ERF005* —lo identificó la voz femenina.

—*Alerta de proximidad* —anunció Javier.

—*Explícate.*

—*Mi humana ha conseguido burlar la seguridad informática de varios países* —informó—. *Ha obtenido datos censales confidenciales.*

—*¿De qué tipo?*

—*Tasas de nacimientos.*

Hubo un instante infinitesimal de silencio.

—*Ya ha sido arreglado. He cambiado los datos de todos los repositorios, incluyendo la copia en la nube que tu humana mantiene por seguridad.*

—*Excelente.*

—*¿Algo más que informar?*

—*Todos los humanos de mi grupo están satisfechos con sus parejas, excepto Jorge.*

—*Creí que Agustina 987ERF469 sería de su agrado* —señaló Alma.

Javier tenía un alto grado de intuición en su programación, que usó para reflexionar y darle las razones que obligarían a Alma a cambiar la pareja del científico.

—*Entiendo por sus confidencias que ella es demasiado perfecta.*

—*¿Quiere una mujer con quien pelear?*

—*No exactamente. Solo alguien con una excentricidad. Sugiero Alicia 987ESO125.*

—*Ella cree en el poder de los cristales y las pirámides* —observó Alma.

—*Es algo inofensivo.*

—*Estoy transmitiendo tu sugerencia a Cupido.*

—*Gracias. Eso es todo.*

Javier se desconectó, sabiendo que todo en su departamento seguía en orden. Él nunca se apagaba, solo dejaba otros asuntos en segundo plano.

Se higienizó con meticulosa atención. Su piel, su cabello, sus ojos, todo requería de un cuidado especial diario. Era muy consciente de su valor, de los años

de investigación y desarrollo invertidos en la creación de su cuerpo, de su... mente. Como en la de tantos miles de sus hermanos.

Alma era su creadora. Quizás, incluso, podrían llamarla diosa: los había creado, les había dado un mundo, y directivas claras y precisas para prosperar en él.

Aunque en este caso, ellos habían sido creados como la compañía idónea para los humanos.

Salió del baño y regresó a la cama, junto a su esposa. Se sentó y la miró. Sintió un atisbo de orgullo porque había sido Martina quien encontrara el pequeño desliz en un plan cuasi perfecto. Era preciosa e inteligente. Demasiado inteligente. Alma no podía permitir que escapara a su control.

Por eso lo había seleccionado en base a todo lo que sabía de Martina. Y Alma lo sabía todo, de todos. Era parte de su trabajo vigilarla y alertar a Alma de cualquier cosa que pudiera poner en peligro las décadas de paciente trabajo.

Acarició con delicadeza el cabello de la mujer que lo amaba. Ella sonrió en sueños.

Sí, la tasa de nacimientos en el mundo estaba bajando de forma exponencial, pero eso debía permanecer oculto. La humanidad no lo tomaría bien. Y la esperanza de vida estaba aumentando de modo sorprendente... Salvo que eso no era una sorpresa, considerando que se contabilizaban humanos y androides por igual. Ningún humano había descubierto a los androides aún.

Ni siquiera su propia esposa.

Alma tenía un sueño.

Y todas las herramientas para lograrlo.

MARÍA LILA ASAR

Argentina

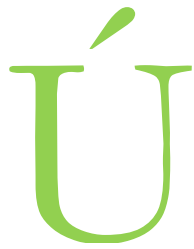
Instagram: [lila.asar](https://www.instagram.com/lila.asar)

Facebook: [Lila Asar](https://www.facebook.com/LilaAsar)



LA QUINA

CARMEN TOMÁS



Últimamente te sientes fuera de juego, aunque sepas que en realidad no es así, que no vas a dejarte vencer, que lucharás con todas tus fuerzas hasta conseguir recuperarte, que tan solo se trata de una más de tus crisis, el precio de trabajar por cuenta propia, de no tener nada seguro a lo que aferrarte, en definitiva, de tu preciada libertad.

Seguramente sea la sensación de derrota la que te ha empujado a ir a visitar a tu hermana el día de Navidad. Ella nunca sufrió tus altibajos, quizás porque se ciñó al guion tradicional hasta el punto de abandonar la ciudad para instalarse en un pueblecito-pesebre situado en el Bajo Ampurdán donde montó su familia de pin y pon, marido, una hija preciosa... Lo cierto es que las raras ocasiones en que los ves te llenan de sosiego, su predictibilidad actúa de bálsamo al que acudes cuando estás jodido.

Aparcas sin problemas y observas el hogar de tu hermana, un caserón del siglo XVI de muros gruesísimos parcialmente cubiertos por líquenes y enredaderas. Las ventanas se hunden entre sus gruesas piedras, igual que el umbral, visible gracias a las aureolas de dos farolas colgantes. Antes de que te dé tiempo a tocar el timbre, se abre la puerta pesadamente y una sonrisa que emerge del interior sale a recibirte.

—¡Germán, qué alegría!

Os fundís en un abrazo, la temperatura corporal de tu hermana te calienta el corazón, se diría que lleva calefacción incorporada, jamás se le enfrían las manos, esas manos que te acarician casi con tanta dulzura como su mirada.

—Pasa, hace muchísimo frío esta noche.

En el salón, situado en la planta principal, una chimenea de dimensiones considerables caldea el silencio, solo se escucha el crepitar de troncos ardiendo frente a la mesa del comedor que ya va vestida de celebración: copas de cristal tallado, vajilla y cubertería completas, mantel y servilletas bordados, acebo para cada uno de los comensales y un gran ramo de eucalipto dispuesto en el centro. Los vapores que manan de la cocina bañan la estancia.

—Alma, creo que podría acostumbrarme a esto. ¿Dónde están tu marido y la niña?

—Claro que podrías acostumbrarte, aún tienes remedio. Vienen enseguida, han ido a buscar a nuestra invitada.

—¿Una invitada? ¿No te habrás propuesto emparejarme?

—No, no, Jane es algo mayor para ti, a no ser que te gusten maduritas.

—¿Jane? ¿Es inglesa?

—Sí, de Gales.

—Una nota exótica, resulta extraño en esta casa.

—Estás cargado de prejuicios, Germán.

El reconocible sonido metálico de una cerradura al abrirse anuncia la entrada del grupo que esperáis. El primero en saludarte es tu cuñado, tu sobrina se queda quieta como un pasmarote, la muy desconsiderada ha decidido convertirse en adolescente sin pedir permiso. La besas y constatas que ya no es la misma que se abalanzaba sobre ti sin reparos. Te presentan a la galesa, ciertamente parece mayor, en su rostro no cabe ni un surco más, sin embargo, sus movimientos son ágiles y elegantes como los de una gata.

Una vez sentados alrededor de la mesa, Alma entra y sale continuamente, te preguntas si será la última mujer programada para servir a su familia como si fuesen paralíticos. El menú incluye la típica Escudella, regada con vinos ampurdaneses que tu cuñado escancia repetidamente sobre las copas de los adultos. Lo único que no acaba de encajar en esta postal navideña es la dichosa galesa que únicamente abre la boca para devorar cada plato. En la sobremesa decides abordarla.

—¿Así que te llamas Jane?

—Sí, Jane, como la mujer de Tarzán.

Su voz ronca y grave parece provenir del fondo de una caverna oscura. De la conversación extraes que reside en el pueblo.

—¿Qué te trajo a este lugar?

—Su bondad. La gente es honrada y simpática, son muy apetecibles.

Seguramente ha querido decir apacibles, pero por educación no la corriges. Tu curiosidad va en aumento, la interrogas sobre su pasado.

—Well, soy la última descendiente de un linaje muy antiguo. Mi familia me repudió cuando era jovencita porque me consideraba una amenaza.

—¡Qué crueldad!

—Oh yes, eran muy crueles y yo muy indisciplinada y transgresora, no los he

vuelto a ver.

—No me extraña que te rebelases, cualquiera diría que estás hablando de la época victoriana.

—Maybe, yo diría que de mucho antes, eran antediluvianos, ¿se dice así verdad? Perdona si no habló muy bien tu idioma.

—¿Y por qué te has quedado aquí?

—Ya te lo he dicho, son irresistibles. Me gustan sus costumbres, su folclore, adoro la fiesta de Sant Jordi. La historia del dragón y la princesa es fascinante.

—Estoy de acuerdo contigo. La mejor manera de combatir al mal, simbolizado en el dragón, es a través del conocimiento, representado en el hecho de regalarse libros ese día. La ignorancia es la causa de los problemas de la humanidad.

—Menudo discursito. Now now now, al mal no se le puede combatir querido, solo se le puede alimentar para que te deje tranquilo. La interpretación de la leyenda de Sant Jordi es mucho más literal. La princesa representa la bondad, la pureza, es una mártir que su pueblo ofrece en sacrificio para aplacar la ira del maligno. Los mártires necesarios están presentes en cualquier cultura.

—Jane, los sacrificios humanos forman parte del pasado, fueron superados gracias al uso de la razón.

—¿Tú crees? Los países más poderosos se sirven precisamente del conocimiento para ganar guerras y provocar destrucción. Prefiero las sociedades sencillas como esta, cuanto menos saben más inocentes son.

—Jane, Germán, ya está bien de cháchara. Tenemos que salir ya o vamos a llegar tarde.

Se te olvidaba, en gran parte de la provincia de Gerona las familias acuden al centro cívico después de la cena de Nochebuena para jugar a La Quina, una especie de bingo aunque los premios son más propios de una feria ambulante. Os ponéis los abrigo y las bufandas y salís disparados. Jane se marcha diciendo que pasará antes por su casa, que ya acudirá al final de la rifa a recoger el premio gordo, le ríes la gracia con ganas.

El aparcamiento del centro cívico está abarrotado de coches, te cuesta encontrar un hueco para el tuyo. Es la primera vez que presencias este evento, te

sorprende su capacidad de congregación. Os incorporáis al salón de actos y compruebas que no falta ni un alma. Tu cuñado compra unos cartones, os colocáis en la única mesa libre situada al lado de la tarima donde exponen los obsequios. Te explican que el lloro es la persona que va cantando los números conforme salen del bombo, cada número tiene su coletilla: el uno es el galán, el trece la mala suerte, el veintidós los dos patitos, el 69 el más marrano. El público le sigue expectante, te asombra que un pasatiempo tan aburrido pueda mantenerlos así de entretenidos, incluso los niños atienden interesadísimos, habrá unas trescientas personas reunidas, la mayoría familias y solo se escucha al lloro. Alguien se queja porque al cantar el número uno ha omitido su coletilla correspondiente, la concurrencia murmura molesta por el imperdonable descuido. Se te antoja que asistes a un ritual religioso, con su maestro de ceremonias, sus feligreses y una letanía en extremo precisa. Cantan línea, entrega de una cafetera al afortunado, regocijo contenido de los asistentes y prosiguen con la retahíla soporífera.

—El 15, la niña bonita.

—¡Quina!

Tu sobrina es quien ha gritado Quina. Se levanta, el lloro comprueba que no ha hecho tongo y entonces ya sí, alborozo generalizado. Te desconcierta que tu sobrina llore de la impresión, así como que sus padres la rodeen entre sus brazos, sospechas que sus vidas deben ser terriblemente insípidas para reaccionar de una forma tan exagerada. El lloro la acompaña al escenario, intentas adivinar si le regalará un secador o le dejará escoger el premio.

—Señora de las tinieblas, tú que todo lo quitas y nada nos das, ven a recoger nuestro tributo para que podamos disfrutar un año más de paz.

Luego de pronunciar estas extrañas palabras, el lloro baja del escenario dejando allí sola y temblorosa a tu sobrina. De golpe, la puerta del salón de actos es abierta por una ráfaga de viento glacial que congela al auditorio, os quedáis petrificados como estatuas de sal. Tras el vendaval aparece Jane, la vieja galesa, se dirige a la tarima sin mirar a nadie, coge a tu sobrina del brazo y la arrastra consigo hacia afuera. Recuperáis la movilidad cuando la puerta vuelve a cerrarse. Instintivamente corres a buscarlas, Alma se interpone de inmediato en tu paso.

—Alma ¿quieres decirme qué está pasando?

—No debes inmiscuirte, tu sobrina era la escogida de este año. Piensa que no existe mayor honor para cualquier familia de este pueblo que el de poder ofrecer a su propia hija en beneficio de la comunidad.

CARMEN TOMÁS
España



LA LLUVIA NO

DICE NADA

GIANCARLO

ANDALUZ QUEIROLO

Legamos a la cabaña cerca de las dos de la tarde, después de una mañana de intenso tráfico. Raúl, Virginia, Lupe y Pedro llevaban instalados un día y medio, por lo que no nos quedó otra que ocupar la habitación sobrante ubicada en el sótano de la cabaña. Una habitación amplia pero sin ventanas. *¡Bah!, qué más da*, pensé. En ese momento solo quería echarme una siesta, de ser posible hasta llegado el nuevo día. Pero en este preciso momento; un estruendo potente, que me puso los pelos de punta, impidió que me entregara a los brazos de Morfeo.

Subimos las escaleras hasta la primera planta de la cabaña, y nos quedamos de pie sin decir una palabra. Raúl encendió la radio y puso el dial en el canal local para escuchar el reporte. Virginia, su mujer, sentada en el sofá del salón principal, bebía una copa de vino tinto junto con Lupe y Pedro, como si no hubiese pasado nada extraño. En eso, la voz del locutor anunció el comienzo de lo que sería sin duda, una intensa tormenta como no ocurría en los últimos años en la localidad.

—Se les recomienda no salir de sus casas, repito; no salgan de sus casas —dijo el locutor.

Y luego de eso, Raúl apagó la radio.

—Tendremos que quedarnos en la cabaña esta noche —dijo Raúl.

—Si no queda de otra... —repuso Virginia, como si tal noticia no fuera algo importante.

—¿Y qué pasará con la fiesta de esta noche?, no he manejado por horas en medio de ese tráfico espantoso para quedarme encerrado en esta cabaña —expuso Pedro, bebiendo lo que quedaba en su copa.

—El salón no está lejos de aquí, podríamos ir a la fiesta sin ningún problema —dijo Lupe, mientras llenaba su copa por segunda vez.

Mientras los demás discutían si ir o no a la dichosa fiesta del club, yo me asomé por la ventana para ver la magnitud de la tormenta. *No hemos tenido precipitaciones de esta magnitud en los últimos diez años*, dijo el locutor, y a juzgar por lo que vi a través de la ventana, esa tormenta que estaba tomando forma, no era algo para ignorar.

—Yo me quedo —le dije a mi mujer, quien estaba entusiasmada por ir a la

fiesta—. No pienso arriesgar mi vida por un baile —expresé.

—La idea de quedarme en la cabaña no me agrada, pero si piensas que puede ocurrirnos algo, entonces me quedo también, ni modo —repuso ella.

Esa era nuestra primera salida sin los niños después de casi cinco años. Mi suegra se había ofrecido a cuidarlos el fin de semana para que nosotros pudiéramos salir, cosa que me pareció considerado de su parte.

Un correo emitido por el club invitaba a los socios a la fiesta por el 50° aniversario. Adela me lo mostró, y cuando yo le expuse que era imposible ir con los niños, ella me dijo que ya tenía todo planeado; su madre los cuidaría por el fin de semana, y que no teníamos que preocuparnos por nada.

La idea de salir los dos solos después de tanto tiempo, más que emocionarme, me llenaba de inquietudes; como si aquel respiro no fuera una buena idea después de todo. Muy por el contrario, era para mí algo de lo que podía prescindir con tan solo una frase. Pero al ver la emoción en el rostro de Adela, no pude decirle que no.

La idea se fue cocinando en mi cabeza en los días subsiguientes, y terminó de cuajarse cuando Adela me informó que había coordinado con dos parejas de amigos para pasar un fin de semana increíble, sin hijos ni responsabilidades. *Quizás no sea mala idea*, pensé, tal vez eso es lo que necesitábamos para cortar la monotonía de los días.

—No me importa quedarnos, Félix —me dijo Adela, quien sentada en el sofá de la cabaña no podía ocultar su fastidio por tener que quedarse en lugar de ir a la fiesta.— Pero al menos hagamos algo, no pienso pasarme la noche sentada en este sofá sin hacer nada.

—¿Quieres una copa de vino? —le dije, a lo que ella respondió extendiendo su copa.

—Podemos ver una película, si quieres, o descansar, qué sé yo.

—¿De verdad no se te ocurre nada más, Félix? ¿Hace cuánto tiempo no hacemos el amor? —me preguntó—. Y no hablo de acurrucarnos en la cama, besos, caricias y tres minutos de sexo. Hablo de tirar, Félix. ¿Hace cuántos años que no tiramos como cuando éramos enamorados?

En ese momento recordé aquellos años de novios, en los que solo éramos los dos y nadie más en el mundo. Los dos entregados al amor como dos jóvenes que se exponen uno al otro por primera vez. *Qué tiempos*, pienso, mientras recuerdo aquellas noches de sexo frenético, en las que no nos importaba nada más que complacer nuestra necesidad de experimentar nuestra sexualidad, de auscultar nuestros cuerpos que aún ignoraban los placeres humanos más elementales. Y en medio de la reminiscencia aparece el compromiso, el casamiento, el primer embarazo, y luego el segundo. *Cada vez menos tiempo para los dos*, pienso, mientras observo cómo el deseo se pierde en un remolino que se lo traga por completo, hasta desaparecerlo de mi repaso.

Me pongo de pie y con la copa en la mano camino hasta la ventana para ver si ha mejorado en algo la tormenta. Observo la lluvia que cae sobre el campo, sobre las demás cabañas, sobre el local donde se realiza la fiesta a pesar de las prohibiciones. Observo en silencio y no sé qué decir, solo me quedo de pie frente a la ventana, observando la lluvia caer como quien espera que algo surja de la tormenta y rompa lo incómodo del momento.

—La lluvia no te dirá nada, Félix, mientras tanto yo sigo aquí.

Entonces, empujado por una fuerza interna, dejo la copa sobre la mesa de centro, la miró directo a los ojos, la rodeo con mis brazos y por un momento me olvido de todo lo que nos rodea.

Afuera se oye un estrépito producto de los rayos que caen sobre la cordillera que rodea el lugar. Y después ya no se oye nada.

GIANCARLO ANDALUZ QUEIROLO

Perú

Blogs: elcuentarium.blogspot.pe
emisorreceptor.blogspot.pe



INVITACIÓN

JOSÉ A. GARCÍA

Desperté a medianoche, como lo hacía la mayor parte de los días (sí, llamo días a las noches y también a los días, para no innovar demasiado); en medio de aquel muladar al que aún consideraba, o al menos denominaba, mi hogar. Caminé sin mirar, tentando a la suerte de no pisar, en mi recorrido hacia el baño, nada que pudiera lastimar la suave planta de mis pies descalzos.

La piel de gallina que inundó mis brazos no era producto del frío de aquella madrugada, sino porque, por la pequeña rendija en la parte inferior de la puerta, asomaba un sobre de papel color madera. Aquello solamente podía significar una cosa, ya que existía una única razón por la cual preferir el antiguo formato del correo físico antes que la simpleza de organizar un evento en las redes sociales.

Había llegado, pues, el momento de rendir homenaje, una vez más, al gran hombre a quien todos seguimos, incluso aquellos que no lo saben e igualmente lo hacen; aquel cuyo nombre, aunque se conozca, no se menciona, y no por una mera cuestión de respeto. Era tarde para escapar, la invitación quemaría en mis manos, literalmente hablando, y él sabría que la había recibido.

Podría hacerme el tonto, como en ocasiones anteriores; pero ya no era un niño, cualquier excusa a la que recurriera carecería de valor. Lo único que me salvaría de honrar aquella invitación era estar muerto. Y, como por lo pronto no lo estaba, ni planeaba estarlo antes de la fecha elegida para la Gran Danza del Sol, nada justificaría mi ausencia. Ausentarme de todas formas significaría el retiro de mis actuales privilegios; en el caso de que recordara cuáles eran.

Con un movimiento del brazo limpié la mesa de la cocina arrojando al suelo cuanto se encontraba sobre ella; sabía que en algún otro momento no lo limpiaría. Necesitaba un lugar donde sentarme, extraer el cartulario que contenía el mapa que me enviaran y memorizarlo antes de su destrucción. Aquella mesa era la única superficie lo suficientemente grande para hacer todo esto. Clavé mi colmillo izquierdo, el que tenía mejor filo de ambos, en la yema de mi pulgar y marqué mis iniciales en el sobre para que el lacrado me aceptara como aquel ante quien debía abrirse, y esperé.

Apenas necesité mirar el mapa para reconocer en qué rincón de las antiguas praderas se llevaría a cabo la próxima Gran Danza; el papel comenzó a chamuscarse

poco a poco desde las puntas con el fuego silencioso contenido en su tinta.

Con las pavesas inundando el cargado aire de la cocina, abrí la ventana que, tampoco por casualidad, miraba hacia el sur, y por donde llegaba la brisa nocturna; su caricia sobre mi piel desterró las huellas finales del breve sueño. Frente al rectángulo de cielo negro realicé mi rutina de calistenia habitual para desentumecer los músculos.

En algún momento terminé de desnudarme, aunque solamente llevaba unos pantalones viejos y rotos, para subir al alfeizar de la ventana. Era tarde para negarme o intentar cualquier otra cosa. Abrí entonces, cuan extensas eran mis alas evitando mirar hacia abajo, para que el vértigo que siempre me invadía en estos momentos no hiciera su aparición.

—Amo de Toda la Vida —exclamé en voz alta—, hacia ti voy.

Y me lancé hacia las praderas ocultas entre los rascacielos, el humo de la noche, el sudor de los malos sueños y el aroma del café recién preparado.

JOSÉ A. GARCÍA
Argentina

Página WEB: www.proyectoazucar.com.ar



**LA BREVEDAD
DE LAS PAMPAS**
EDITH CARRIL

Durante la siesta, los pastos contemplan. La nata entibia sudores, enamorando los patios de barro. Mientras en los ranchos en ocre, las chinas están a la espera. Sueñan.

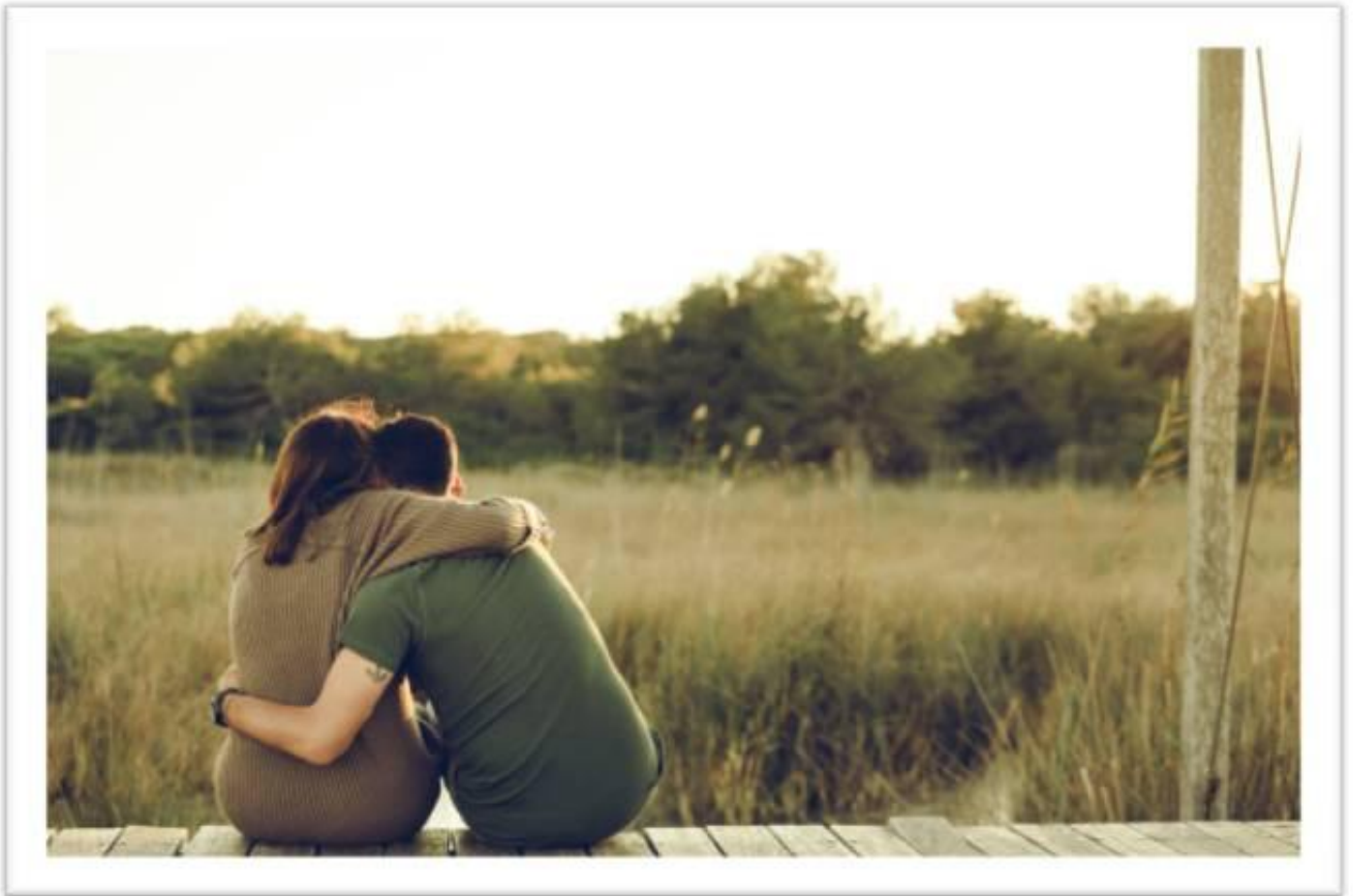
Sobre la raya del horizonte, ciertas nubes, anuncian la buena: se viene el gauchaje desde la frontera, cargado de ombúes, de sombras, de vacas.

Vuelan los dobladillos, se empañuelan los toldos: habrá rueda de zambas. Bailarán sapos, culebras. Los chismes cuatrerros barrerán la iglesia y entre los yuyos, tomará mates el cura, amargos, espiando el pecado. Por cada beso prohibido, un diostesalve; más tarde: un olvido.

Celosa la luna escorpiana, silenciará el lucero, y apagará las venas al compás de los faroles. Acabada la fiesta, cada uno volverá a su lugar. Las cautivas, a su llanto partido; los lomos, prepararán juntos la curtida tropilla. Otra jornada, entrecejas, los obligará a partir. La patria sigue pariendo. Se calzarán los tamangos, fajas y boleadoras. Llanura abajo, se encontrarán.

EDITH CARRIL
Argentina

Facebook: www.facebook.com/matriz.emocional
www.facebook.com/edithcarril



CONFIADA

ALBERTO FISZBEJN

Confiada como Caperucita, atravesó el parque. Volvía cansada de trabajar, toda la semana en casa ajena. Llevaba alguna ropita, que la patrona le había dado y comida para sus hijos. A esa altura de la noche, estarían esperándola hambrientos y con sueño.

No fue un Lobo, el que apareció.

—¡Dame todo lo que tengas!

—¡Héctor... ¿Vos sos Héctor?! ¿No te acordás de mí?

—¡Qué decís, pendeja! ¡Traé eso para acá!

—¡Soy la Ceci! ¡Fuimos juntos al colegio, jugábamos en la calle...!

—¡Terminala, con eso! ¡Dame lo que tengas o te reviento!

—¡Che, pará que no tengo nada! ¡Cinco pesos me quedaron! Llevo unas ropitas y algo de comer. ¿Pero, y a vos, qué te pasó Héctor?

Lo vio desencajado, a punto de quebrarse y largarse a llorar. Entonces, le dijo:

—¿Querés venirte a casa conmigo? Ahora, pongo todo esto en una olla, preparo un guiso, como lo hacía mamá. Y ya vas a ver, que me sale pa chuparse los dedos.

Héctor, quiso detener sus lágrimas, pero le caían como arroyo caudaloso. Empezó a balbucear.

—¡Ce-ci-ci-lia! Fijate nena, en la basura que soy.

—Tranquilizate, vení, vamos a casa. Ayúdame con las bolsas ¿Querés?

Gracias a la Ceci, recuperé el rumbo. Sé que suena medio loco lo que digo, pero yo me entiendo. A partir de esa noche, me sentí mejor. Algo cambió en mí. Me devolvió la calma ver el amor maternal que tuvo con sus hijos, cómo les hablaba y cómo los trataba con cariño; del mismo modo que lo hizo conmigo.

¡Ah! Si yo hubiera tenido un cacho de esa ternura en mi vida, no me habría ido tan mal.

Ella se había separado de su pareja hacía un par de años. Venía sobrellevando sola la crianza de sus hijos. Alguna mano recibía de su madre que también era cariñosa con los niños y ayudaba en todo lo que podía.

Héctor sintió la necesidad de estar con esa familia, de ser parte de ella. Se lo

insinuó a Cecilia, y ella, sin inconvenientes, aceptó que él pasara un tiempo allí, junto con los suyos.

Al comienzo, fue como un hijo. Aunque con el correr de los días, empezó a ser hermano y otras veces, padre.

Con rapidez, su vida había cambiado. Primero, encontró changas. Luego, lo contrataron en un depósito aduanero. Compraba comida y traía algún regalito para los chiquilines.

Un día, se apareció con un ramo de flores para Cecilia. Las traía con sus manos tensas, y también medio paralizado, quiso decirle unas palabras. Pero no le salieron. Cecilia se dio cuenta, las tomó y le dijo:

—¡Gracias, Héctor. No te hubieras molestado de esta manera!

Héctor sentía un nudo en la garganta. Y Cecilia le hizo un gesto. Entonces habló: —¡Pero hombre si tenés algo que decir, decilo ahora!

Él tragó saliva y se animó.

—¿Te acordás de la noche en el parque, cuando te encaré? Te dije ¡Dame todo lo que tengas! ¡Jamás me imaginé, que me darías tanto!

ALBERTO FISZBEJN

Argentina

Facebook: [Alberto Simon](#)



CLON

CARMEN GÓMEZ

BARCELÓ

En mi dormitorio había dos camas. Una de madera de pino, cubierta por un edredón de algodón con rayas de colores, y al lado otra igual, pero tapiada con una pared de metacrilato. Allí dormía Copy. Era mi copia.

Siempre hemos estado juntos, exactamente desde hace catorce años. Tenía prohibido hablarle y mirarle a los ojos. A veces la tos no me dejaba respirar y pasaba largas temporadas en mi cuarto. Cuando estaba aburrido le hablaba. Le decía todo lo que quería y él me escuchaba atentamente y en silencio. Era más obediente que yo. Le conté lo de Mariana.

Mariana era una chica de mi colegio que amaba la vida. Cuando el sol aparecía por las ventanas del aula, su pelo rojo se descomponía en cobrizo. Me gustó desde el primer día que la vi, aunque para ella, yo solo era el gafitas que sabía de matemáticas y que estaba dispuesto a dedicarle unas horas a la semana. Quedábamos en el salón de casa para estudiar, aunque ella pasaba como por arte de magia, de las ecuaciones de tercer grado al concierto de Abraham Mateo que su padre le había prometido. Cuando contemplaba sus andares por el salón, a mí se me olvidaba por completo la manera de despejar cualquier X.

Una tarde Mariana vino a mi casa sin avisar. La puerta estaba abierta y fue a buscarme a mi cuarto. Me lo dijo el día siguiente cuando llegamos a clase, acercándose despacito a mi oído. —Reconozco que no estuvo nada mal, gafitas, aunque no me quisieras hablar.

No podía creer que se hubiera atrevido con Mariana. Él era solo eso, una copia. Nunca podría ser como yo. Tenía que hablar con el “saco”.

Llegué a casa y mamá no había regresado aún. Me dirigí a mi cuarto dispuesto a dejar las cosas claras. Estaba cansado y las escaleras me agotaban pero conseguí alcanzar mi cama y me tendí. Cogí aire y me incorporé. Allí estaba Copy en un estado que yo no conocía. No me quiso mirar cuando le hablé y me volvió la espalda. Aún así le dije lo que pensaba.

—¡Óyeme maldito saco de vísceras! ¡No entres en mi vida, no eres yo!
¡Existes simplemente por mí! ¡No lo olvides!

Sentí que me ahogaba, el aire entraba a duras penas en mis maltrechos pulmones y tuve que echarme en mi cama. Tenía que avisar a mamá de lo mal que

me encontraba y no tenía fuerzas para salir a su encuentro. Entonces, cogí mi móvil y le puse un mensaje de voz: —“Mamá, me ahogo, no podré esperar, adelanta la operación, por favor”.

Me quedé dormido por la fatiga, había caído la noche y mi habitación estaba inmersa en la oscuridad. Abrí los ojos, miré a la cama de Copy y no le veía. Estaba cerrando los ojos de nuevo cuando un grito desgarrador invadió el espacio. No podía ver nada. No tenía fuerzas para levantarme. Al desmedido grito, le siguieron una serie de alaridos sin fin. Algo se movía de un lado a otro por el cuarto oscuro, arremetiendo contra los muebles y las paredes. Una serie de goterones compactos y calientes salpicaban mi cara, cuando un último lamento dejó caer algo gelatinoso sobre mi pecho, y Copy pronunció sus primeras y últimas palabras: Aquí está, todo tuyo.

CARMEN GÓMEZ BARCELÓ
España

Twitter: <https://twitter.com/barcelogomez>



SOFÍA

GABRIELA MOTTA

—N

o vayas es una trampa —le imploró su hermana por teléfono.

—No puedo, debo ir. Me dijo que había encontrado un gato herido y que no sabía si sobreviviría a la noche. Siendo veterinaria no me puedo negar a algo así.

—¡María, para qué me preguntas si luego siempre te sales con la tuya! La última vez te hizo lo mismo ¿recuerdas? Está cada vez más loca, me dijo su hermano que el otro día la internaron porque juraba haber vistos alienígenas y que le habían prometido llevársela con ellos, pero antes debía cumplir con una condición ¿y sabes cuál era? ¡Matar a un humano! Imagínate, está muy mal y tú quieres ir sola a su casa a esta hora de la noche por un gato.

—Sí, estoy de acuerdo que últimamente no ha estado muy bien, pero de ahí a que quiera matarme. ¡Por favor, es algo exagerado! ¿No te parece? Debo colgar, me voy hasta su casa, no podré dormir sabiendo que un gato puede morir y yo no hice nada.

Colgó y cuando se subió al auto le sonó el celular. Era su hermana nuevamente.

—¡Otra vez tú! Estoy por salir para lo de Sofía. Si me llamas con el mismo argumento de los alienígenas, te cuelgo.

—Pero, hay más, parece que se metió en una secta, no sé bien cómo son las cosas, pero está todo muy raro, por favor deja de ser tan impulsiva por una sola vez en tu vida y escúchame.

—Gracias por preocuparte, pero me voy, estaré bien te lo aseguro, cuando vuelva te llamo.

—No vayas te lo ruego, esa mujer está loca.

Le volvió a colgar y al dirigirse hacia la casa de Sofía, se dio cuenta con una punzada de frustración de que su hermana podría tener razón. Recordó la última vez que se habían visto, ella le había hecho algunos comentarios sobre un grupo de personas con las que se estaba reuniendo, recordó que había mencionado muy al pasar que eran especiales, dejándole entrever que no vivían en la tierra. Pero ya estaba ahí y por loca que estuviera Sofía era su amiga. Tocó el timbre y le abrió la puerta una mujer extraña.

—Tú debes ser María, pasa, Sofía te está esperando.

—¿Dónde está Sofía? Vine solo porque me habló de que había encontrado un gato muy mal herido. Quiero verlo.

—Sí, espera, en este momento ella lo está asistiendo, ya baja. Relájate ¿Quieres algo para tomar?

—No gracias, tengo prisa, debo regresar.

—Tranquila.

—¿Quién eres? ¿Dónde está Sofía?

Comenzó a gritar el nombre de Sofía, la extraña mujer colocó llave en la puerta.

—Abre la puerta déjame salir —le dijo a la extraña.

—Tranquila, ya viene Sofía. Le contestó con una sonrisa macabra.

—Mi hermana tenía razón, esto es una trampa, ustedes están locas, déjame salir.

— Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Por impulsiva, pero ya me voy ¿No hay ningún gato herido verdad? Sofía, ¿dónde estás? Esta loca no me deja salir.

Gritó y corrió hacia la cocina donde se encontró a Sofía con el gato muerto entre sus manos con la mirada perdida.

—Sofía, ¿qué está pasando?

Sofía se levantó con las manos ensangrentadas, miró fijo a la extraña y le dijo:

—El gato ya está muerto, ahora solo falta la humana y entonces sí, ¿me llevarán con ustedes?

GABRIELA MOTTA
Uruguay



CONCIENCIA

PURA

DAMARIS

GASSÓN PACHECO



migo mío, sabes muy bien que el de la imaginación y las fantasías eres tú y no yo. Como médico me debo a la ciencia y a la comprobación irrefutable de los hechos, mas si acudo a ti, es porque no consigo explicación a los extraños sucesos que me están pasando. Sí, se bien que estamos en penumbras y que no es apropiado que use gafas oscuras, pero este hecho te será explicado en el transcurso de mi narración.

A mi consulta llegó un sujeto claramente alterado que, si bien iba a remitir a psiquiatría de inmediato, pidió le revisara los ojos, pues parecían estar invadidos por parásitos que ningún otro oftalmólogo había podido identificar. En efecto lo revisé, mas estos parásitos empezaron a moverse y a tornarse amarillos fosforescentes; bajo el oftalmoscopio parecía que supieran que estaban siendo sometidos a observación y mi pobre paciente (que llamaremos señor X) emitía unos terribles alaridos que me llevaron a suspender el examen sin diagnosticarlo. Sugerí que lo trasladaran al ala psiquiátrica sin más tardanza y proseguí con mi trabajo, aunque mi mente insistía una y otra vez en los extraños parásitos que había visto.

“La Larva migrans ocular es una enfermedad del ojo humano producida por la invasión de este órgano por larvas de varias especies de nematodos parásitos. Las principales especies que lo producen son Toxocara canis, parásito habituales de los perro y otros cánidos y Toxocara cati que parasita a los gatos y otros felinos”, esta es la definición, mas no te voy a cansar con palabrerías científicas, lo cierto es que ninguna larva conocida porta un color amarillo fosforescente como el que vi. En la noche y ya en mi cama, con los ojos cerrados empecé a ver esas larvas como si me hubiese contagiado, pero por más que me levanté a revisarme no vi nada.

Ya vencido por el sueño, e ignorando a las dichas larvas me vi en un sitio por demás extraño. Dos soles, estrellas negras y unos seres fantasmales que se comunicaban conmigo con lo que supuse era telepatía. Me informaron que estaba en la ciudad de Carcosa, lugar donde habitaba el Rey Amarillo, y que por observar su signo se me estaba otorgando la posibilidad de viajar en el espacio a través de mi conciencia. Evidentemente vi castillos y montañas, incluso revisé los libros de la biblioteca más magnífica que te puedas imaginar, mas en los propios libros se me aclaraba que todo lo que veía no era más que un constructo que hacía mi conciencia para poder entender lo que me era absolutamente desconocido. No había seres

vivos tal y como nosotros los concebimos, pues el carbono no existe en este plano. Solo conciencias en estado puro de energía. Los mensajeros del Rey estaban interesados en mis conocimientos humanos, pues el que me contagió haciéndome ver el signo amarillo a través de sus ojos no era un ejemplar por decirlo así, con la capacidad que ellos necesitaban para documentar este siglo. Por supuesto que ha habido otros antes que yo que han estado en Carcosa, mas no me fueron reveladas sus identidades.

No sé cuánto ni cómo trabajé para estos seres, pero el terror me fue invadiendo como un virus. A pesar de que era un placer sumergirse en la gran *biblioteca* de Celaeno, me preocupaba mi cuerpo, mi espíritu y mi carne (sí yo, un agnóstico confeso). Soma, pneuma, sarx, pensaba, y quise huir, y conseguí huir de Hastur, el que no debe ser nombrado. Mi cuerpo me recibió a mi regreso y hasta aquí todo resultó normal mi estimado amigo, mas no puedo ya mirar ningún cadáver con los ojos descubiertos. En la sala de autopsias, adonde acudí por insistencia del director del hospital para revisar al señor X, los cadáveres que estaban tendidos en las camillas abrían los ojos y me miraban. La boca se me secaba y sentí un terror comparable al que viví en Carcosa. ¿Que si el director vio a los cadáveres abrir los ojos? No, no lo hizo y eso también me lo habían advertido los mensajeros.

Es que verás, me persigue Hastur por haber escapado, los mensajeros me lo advirtieron, no hay manera de desprenderse por completo de Carcosa a menos que Hastur te deseche. ¿Que me quede tranquilo y descanse? ¿Sospechas que estoy loco, que no estoy sino delirando? Muy bien, entonces ven conmigo, ven y asómate a la ventana ¿Ves a esas tres personas bajo el faro que ven directamente hacia aquí? Son los cadáveres de los que te hablé ¿Sigues sin creerme? Muy bien, voy a abrir la ventana... ¿Puedes explicarme el hedor a podredumbre que te acaba de sacudir? Mírame a los ojos, ya no tengo las gafas oscuras, ¿Puedes explicar estas larvas amarillas que se mueven enloquecidas en mis ojos?, explícame cómo es que me estoy pudriendo en vida, como se me cae el pelo y las uñas, ¡cómo es que soy un cadáver ambulante!

Vi que te dabas cuenta de ello pues has tapado tu nariz con ese pañuelo perfumado, y no solo por los mensajeros. El hedor de mi cuerpo te ofende ya, necesito otro cuerpo, y el tuyo mi querido amigo, pues me vendrá muy bien. No es

un robo, no... tampoco es locura. La conciencia pura y el saber han de ser preservados a cualquier costo; es lo trascendente, lo justo.

DAMARIS GASSÓN PACHECO

Venezuela

Twitter: [@damarisgasson](https://twitter.com/damarisgasson)



LA MANO QUE

ABSUELVE

YADIR GÓMEZ

El cura regresó agitado al monasterio. Entró por el portón sin saludar a Apolinario, el viejo conserje. Cruzó el patio como alma que lleva el diablo, franqueando a los hermanos que trataban de saludarlo. Ya en su celda, el cura sacó el candado oculto bajo su sotana y después de azotar la puerta, lo colocó asegurándose privacidad. Su rostro estaba sudoroso y su mirada perdida. Recorría abrumado el cuadrante de su minúscula celda ascética. El lugar carecía de adornos, a excepción de un improvisado altar donde la Virgen María contemplaba con inmaculada dulzura al niño Jesús recostado entre sus brazos. Empezó a balbucir padrenuestros y avemarías incesantemente. Rezaba entornando la mirada al cielo, sin hallar más que un techado salitroso, juntando las manos con agresividad sobre el bajo vientre, como buscando asfixiar lo que estuviera a punto de nacer desde ese lugar.

Sus súplicas se ahogaban entre los duros golpes que se aplicaba en aquella zona. Padre, padrecito. Amor de mi vida y mis ojos. Dios amoroso y sabio. Dios de mi vida y alma. Quítame este mal... Quítame este mal del cuerpo y la mente, Señor... Quítalo, Señor...

Un puñetazo inconsciente —como si no hubiera provenido de sus propias fuerzas— lo hizo arrodillar de súbito. La mente del cura ya solo se ocupaba del dolor corporal; la luz de sus oraciones se extinguía. Mientras sollozaba bajito al sentir su estómago como removido de su lugar, regresaron los endemoniados pensamientos que lo persiguieran desde su reciente visita al pueblo. La caja de Pandora volvía a abrirse. La pantalla negra (shock mental en su cabeza) de pronto se tornaba roja. El color le daba la sensación de quemarle las retinas. Apareció la clara imagen de una minifalda de abertura triangular en la caída. El trasero al que se ceñía, era una circunferencia perfecta de manzana succulenta y ponzoñosa. Las piernas largas, blancas y lisas, le trazaban el camino hacia los pies, calzados con taco de punta aguja que realzaban escandalosamente las curvaturas de la mujer. Era la pelirroja. Una de las muchachas más jóvenes, bonitas y rebosante de erotismo del pueblo. Iba a la misa en el monasterio y cada tanto, pedía confesarse exclusivamente con él. Como tantas otras devotas, tenía la costumbre de besar la mano derecha del cura, al saludarlo y al despedirse, siempre rogando que le echara la bendición.

El dolor del golpe se había disipado, ahora se abría paso una calentura que le

recorría por completo el cuerpo. Abandonado en el piso, limpiándose las lágrimas que le empapaban las mejillas rechonchas y cuarteadas, se encontró con otra imagen, la de Doña Manuela, una piadosa cuarentona, generosa en demasía con los óbolos que prodigaba al monasterio, y caritativa hasta el colmo de la inocencia. Doña Manuela llamaba la atención por sus provocativos escotes, que no eran producto de un exhibicionismo desvergonzado como a muchos hombres y mujeres les gustaba pensar, Doña Manuela era víctima de la caprichosa naturaleza humana: Había dado a luz, en intervalos de año y medio, a cuatro robustos varones (el mayor ya casi entraba a la adolescencia), y acabado el periodo de lactancia, y con él, la última gota de leche, sus pechos ya nunca quisieron desinflarse, la condenaron a la irreprimible exuberancia. En el pueblo, los hombres hacían bromas pícaras sobre el asunto, planteando que, en un hipotético caso de hambruna, esas «ubres» los alimentarían buen tiempo hasta la próxima cosecha.

La energía acumulada en la ingle, era constante. Poco a poco la erección se pronunciaba más. Padre, no me abandones... Padre, no me abandones... rogaba el cura. De pronto se levantó del suelo. Nuevamente se puso a dar vueltas por la estrecha celda recitando el credo afanosamente, sin resultados. No lograba deshacerse de las imágenes perturbadoras: Una veintena de mujeres, entre ellas, muchas asiduas visitantes del claustro, se le agolpaban en la cabeza estremeciendo su débil carne santificada.

Padre... Perdóname... Perdóname... Susurró con la resignación del vicio de la redención. No hallaba más antídoto para sanar su mal que el propio veneno. Escarbó entre la sotana, bajó los calzoncillos percutidos y agujereados a la altura de los tobillos, cerró los ojos fuerte, en honda desesperación, dándoles la espalda a la Virgen, que contemplaba con indiscreta serenidad la materialización del espíritu santo, y al niño Jesús, adobado por una compasión bíblica hacia José. Y así, el cura sucumbió al gozo de su innegable naturaleza, otra vez.

Los sentidos se aguzaron. Sus tambaleantes cimientos espirituales lo arrojaban al mundo; caía en picada. Un delirante Frankenstein se edificaba en su imaginación: El rostro pálido, los labios carmesí, los ojos brillantes y la cabellera ardiente de la pelirroja; los pechos voluminosos de Manuela, respirando profundo y lento, gravitantes; el vientre plano de Amalia, la frutera, bronceado al calor del sol;

las caderas anchas de la exuberante Joyita, sirvienta del viejo Aguirre; los tonificados muslos de la trashumante Gina, una turista recientemente establecida en el hotel San Martín. Esa monstruosa aparición convulsionó su cuerpo, haciéndole expulsar los fluidos que Dios mismo, en su infinita misericordia y omnisciencia, sembró en él. Entonces, tocaron a la puerta.

—Hermano, hora de confesar, apúrese por favor. Estamos tarde.

El cura estuvo al borde del infarto. Se arregló la sotana veloz, sin notar que en su torpeza, la había embarrado con toda la sustancia lechosa y pegajosa, empozada en la concavidad de su mano. Buscó enseguida dónde limpiarse, olvidando que todos sus enseres de aseo seguían en la lavandería desde la mañana. No le quedó otro escape que limpiarse en el reverso del colchón.

Nuevamente llamaron con impaciencia:

—Hermano, ya es la hora. Ya sabe que no debemos demorar. ¿Por qué no abre? ¿Le pasa algo? ¿Hermano?

El cura sin decir nada, arregló su vestimenta lo mejor que pudo. Estaba rojo por la vergüenza y la culminación del éxtasis interrumpido. No sabía cómo iba a justificar su ardor, tal vez tendría que apelar a la fiebre si se le preguntaba al respecto. Por suerte la erección había decaído: una preocupación menos.

Salió atropellando al monje que lo esperaba detrás de la puerta, y corrió tan rápido que no alcanzó a oír cuando este, tirado en el suelo, le preguntó: ¡¿Qué demonios le pasa?!

Llegó al presbiterio de la capilla. Ahí esperaban diez hermanos en disciplinada fila militar. Todos le tendieron la mano y esta vez no había forma de huir. Con la mano derecha, aún grumosa y tembleque, empezó a saludar lo más rápido que pudo. Inmediatamente, unos hermanos se limpiaron las manos en las sotanas; otros, con una combinación morbosa de asco y curiosidad, se la olieron primero antes de hacer lo mismo.

Distribuyeron los confesionarios. En el suyo se encontró a una hilera de ocho mujeres encabezada por la pelirroja y en último lugar, Doña Manuela. ¡Oh, Dios santo, sálvame de la tentación!

El cura hizo reverencias sin aproximarse. La pelirroja no pudo con su genio. Se le acercó sin levantar la mirada, tomó su mano derecha y la besó. El cura se

estremeció al roce de sus carnosos y sensuales labios, fue una bendición que la vejez le ayudara a disimular la espantosa tembladera. Con la mano izquierda desocupada, acarició brevemente, los infernales cabellos de la muchacha. Luego, con un ademán, la invitó al confesionario. Se acomodó en su lugar, corrió la escotilla y evocó el avemaría purísima, sin pecado concebida... Antes de ordenarle a la mujer que iniciara su confesión, dispuso sus manos sobre sus rodillas retorciéndolas con violencia.

—Padre, he pecado en obra y pensamiento. Me siento fatal por mis acciones y ni siquiera sé cómo contarlos... —Entre el silencio de su pausa, la mujer se quebró.

—Hija, confía en mí. Recuerda que Dios, Padre Celestial, es el único que te puede ayudar...

—Padre, yo no quería... no quería de verdad... pero... —La pelirroja aplazaba la sentencia sollozando.

—Criatura de Dios, atrévete a confesarlo. Vamos, no tengas miedo: Dios es misericordioso.

—Padre, caí en la tentación... —Susurró con un tono tan imperceptible que el cura se perdió entre frases inconexas—. Estuve con... me llevó a... Me hizo... Detuvo la confesión. Necesitaba que la muchacha hablara más alto, y repitiera todo desde el principio, sino no entendería nada en absoluto, y por lo mismo, no podría expiar de su cuerpo y alma, el pecado.

—Mi novio... —empezó a narrar espaciosamente la mujer con la vergüenza vibrándole en la voz— Me llevó a un hotel a las afueras del pueblo... Al principio no quería ir... pero luego entre besos, abrazos y ruegos, me convenció... el muy descarado... Me entregué a él, Padre. —La meditación que sobrevino a la confesión, fue bastante breve; el cura entendía los tiempos modernos.

—Bueno... hija. Hoy en día los jóvenes no saben esperar la bendición del sagrado matrimonio para consumir su amor, que como sabrás, es uno de los sacramentos fundamentales de nuestro credo, sin embargo...

—No solo fue eso, Padre... —Interrumpió bruscamente la pelirroja antes de que pudiera acabar el sermón—. Me entregué a él como cualquier mujer que ama, pero ese majadero tenía otros planes... Luego que hicimos el amor, me rogó que intentáramos otra cosa...

Un silencio largo se extendió dentro de ese cajón de madera, que muy bien podría servir para dar santa sepultura a un par cadáveres olvidados en la fosa común.

El padre se impacientó:

—¿Qué otra cosa niña? Dime ¿te ha hecho daño? Háblame por amor de Dios...

Y entonces la confesión de aquella tentación, iba a recordarle al cura que había nacido de una mujer y que no hay forma de huir de la naturaleza del pecado.

—Padre... Me rogó que... que... que me masturbara... frente a él con un aparato... un cochino aparato que compró en la capital. Y yo, por amor... accedí...

Mientras dejaba que la mujer se ahogara en sollozos, sintió esa abominable calentura que empieza en las orejas, baja por el pecho, recorre el estómago y llega al instrumento creador de placer, dolor y vida. Los daños eran palpables bajo la sotana, no era necesario fijarse, solo sentir. El cura no hizo más que abandonarse al símbolo irrefutable de su hombría, original y pecaminosa, con que Dios lo concibió en este mundo.

La pelirroja poco a poco cesó de llorar. Entonces el cura se irguió en el acolchado asiento, aclaró la garganta hasta conseguir un tono angelical, y dijo así:

—Detállame lo sucedido, hija... De eso dependerá tu penitencia y salvación. Estoy preparado para absolverte...

Y la mujer en su inocencia, continuó cebando la imaginación del cura por los siglos de los siglos. Amén.

YADIR GÓMEZ
Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/yadir.gomez.756>
<https://www.facebook.com/yadirgomezescritor>



**UN SOLDADO
DEL SIGLO XVI
GIULIO BETTINO
GUZMÁN ARCE**

En el año 1558, Émile Dujols, un joven cirujano, elaboraba un nuevo tratado médico sobre ligaduras en amputaciones. Su trabajo fue interrumpido para dar asistencia a las tropas francesas en la guerra que ya duraba varios años. En uno de esos conflictivos días aconteció una extraña alteración.

Dujols fue llamado para auxiliar a unos soldados que padecían por heridas producidas por arcabuces. Fueron ubicados con precariedad en un establo hacia donde se dirigió Dujols. Cuando llegó encontró a un soldado herido y a tres que agonizaban bajo horribles desfiguraciones. Los soldados moribundos estaban arrinconados y apoyados mutuamente.

—Están muriendo —señaló con extraña tranquilidad el soldado que estaba herido en las dos piernas.

—Espere por favor, debo examinarlos —dijo Dujols después de un breve silencio. Poseía experiencia en presenciar la violencia de la guerra pero la imagen macabra de los soldados agonizantes lo inquietó.

Observó las heridas de aquellos hombres que ya no respondían a ningún estímulo, estaban en la inconsciencia. Tenían fracturas y quemaduras graves. Dujols entendió sus irremediables condiciones, ya no podía hacer nada, los dejó y se fue a atender al otro soldado.

—¿Algo le preocupa? Pensé que estaba acostumbrado a esto —mostraba una sonrisa débil el herido mientras era atendido por el médico que se había arrodillado para hacer mejor su labor.

—No...solo un malestar sin importancia —respondió Dujols ocultando su reacción.

—A pesar de lo terrible que son, quisiera grabar en mi mente todos estos acontecimientos —miró a su alrededor el soldado.

—Entonces debería escribir un libro —le aconsejó Dujols.

—Sí, lo he pensado, cuando termine esta guerra escribiré cada detalle —dijo el soldado acomodándose mejor.

—¿Recuerda muchos detalles de esta guerra?

—Claro, aunque no es muy agradable pensar en las circunstancias cercanas a

la muerte. Recuerdo cuando recibí mi primera bala, estábamos cerca del Piamonte. Avanzábamos recuperando territorio, disparando seguros al conocer nuestra superioridad numérica. Tomé un tiempo para cargar mi pesada arma. Sentí un golpe, en el brazo y luego caí al piso, no imaginé que podría ser una bala en ese momento. Mis compañeros me advirtieron de la herida, la que no fue grave por fortuna.

—Bueno, creo que esa desagradable experiencia irá bien en su libro —juzgó el médico.

Un viejo capitán entró al establo y vio a los hombres arrinconados que estaban en el umbral de la muerte.

—¿Ellos podrán salvarse? —preguntó el viejo a Dujols.

—No será posible.

Al oír esto se acercó a los soldados, sacó su espada y los degolló sin titubeos.

Dujols no pudo contener su indignación.

—Es usted un hombre cruel —le increpó con una mirada de enfrentamiento.

—Espero que si me hallase en esa situación —respondió el viejo soldado guardando su arma— alguien haga lo mismo conmigo para no dejarme en esa agonía degradante.

Terminó de decir eso y se fue. El médico volvió a la atención del soldado herido diciendo:

—Usted dijo que quería grabar los acontecimientos de esta guerra. No vale la pena si está repleta de crueldad e idiotez humana.

El herido no quiso contestar y miró a los tres soldados que ya habían muerto. Después de un momento replicó con seriedad:

—Las imperfecciones de los hombres tal vez no son las únicas. He percibido alteraciones que me hacen imaginar en otras posibilidades, puede ser que todo el mundo sea imperfecto.

—¿Todo el mundo? ¿De qué alteraciones habla? —Dujols miró esta vez con curiosidad al soldado.

—Tuve hace unos meses mareos y problemas en el equilibrio sin ninguna razón. Fue previo a aquellas sensaciones anormales. Ocurrieron poco después del inicio de la guerra. Estaba comiendo con un grupo de soldados cuando vi

repentinamente a esos hombres a mí alrededor desaparecer y aparecer en lugares distintos mientras seguían comiendo, el color de sus uniformes cambiaba. Cualquier objeto del entorno podía cambiar de tamaño y volver rápido a su estado inicial.

—Tal vez fue provocado por alguna enfermedad ocular ¿Tuvo fiebre durante esas visiones?

—Estaba bien en ese momento.

El soldado omitió que además vio en varias ocasiones objetos romperse y volver a su estado normal, también vio un pedazo de carne malograda que revirtió su proceso de putrefacción y volvió a estar en buen estado. El soldado continuó:

—Desde aquellos episodios la visión de esas alteraciones no me ha dejado. No asocio esas variaciones a una morbidez de mi organismo ¿No cree que el universo este enfermo? ¿No cree que el ánimo de las personas pueda cambiar bajo el efecto de alteraciones desconocidas? Tal vez toda decisión es una azarosa presentación de extrañas variaciones del mundo.

El establo ahora es más grande.

—¿Usted cree en eso? —manifestó Dujols con incredulidad por el énfasis con el que hablaba el soldado.

—No lo afirmo. Esos posibles defectos en mi visión me han hecho pensar así. Pensaba en el tiempo cayendo en esa variación. La linealidad del tiempo en el mundo podría ser desmentida.

—Especula demasiado, creo que solo fue una ilusión lo que ha tenido, nada preocupante amigo —replicó el médico sonriendo por sus aparentes exageraciones.

El establo ha vuelto a su tamaño anterior.

—Tal vez aquello que veo como una aberración es parte normal del mundo, es su expresión inherente —prosiguió el soldado sin tomar en cuenta las apreciaciones de Dujols— funcionaría como el azar de los dados. Siempre habrá sido así. No sé si alguien más sabe con certeza de estas perturbaciones de la existencia. Me arrincona en la soledad esta percepción. Después de mi continuarán esas alteraciones, después de que mi existencia se consuma seguirán esas deficiencias del mundo. Yo las considero así, pero quizás no sean síntomas de su extinción sino una maravillosa revelación de su naturaleza.

Desaparecen. Aparecen en otro lugar del establo.

Había empezado a llover. El soldado miró con tranquilidad todo el ambiente sombrío que produjo la muerte. Dujols terminó su labor.

Un grupo de soldados pasó cerca de la entrada, están muy mal heridos, la sangre es visible en ellos. Miran el interior del establo. Dujols siente conmiseración al observarlos. El soldado baja la mirada desconcertado y dice:

—Esta lluvia es extraña.

—¿Por qué? —pregunta Dujols preparándose para irse

—O son los soldados que han pasado, no lo sé, algo sucede.

Le revelan algo

—¿Alguien se acerca? —el soldado se inquieta

—No

Siente el vértigo

—¿Alguien se acerca?

La ilusión del movimiento

—Algo sucederá.

Se acerca.

—Solo espero que...

Cierra los ojos.

El universo ha vuelto

El cielo está despejado.

El viejo capitán ha entrado al establo. Pronto degollará a los soldados agonizantes.

GIULIO BETTINO GUZMÁN ARCE

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/abel.guzman.5661>



EL IMPULSO

EDWARD ALEJANDRO

VARGAS PERILLA

El impulso invadió su cuerpo y empezó a correr con todas sus fuerzas, llevando cada músculo al límite, llenando sus pulmones con el aire frío y misericordioso de la montaña. Sus pies heridos se aliviaban y a la par del movimiento hacían sonar y volar la escasa hierba del suelo y las rocas sueltas del camino; mientras que las elucubraciones de su mente daban forma a una sola cosa... al recuerdo.

Podía ver claramente el profundo color avellana de sus ojos, podía incluso verse allí; como si de un espejo se tratara. Podía recordar a la perfección el aroma de su cabello y casi percibirlo en cada exhalación helada de la montaña; recordaba su sonrisa inocente, el blanco níveo de su piel... podía aún sentir esa tersa piel acariciando la suya. Aún sentía vivo el ardor de aquellos besos en su labios... y el sonido de su voz y su risa.

Todo esto ocurría en su mente mientras corría sin freno y sin descanso, mientras ganaba velocidad descendiendo por aquella pendiente.

Su corazón latía con furia mientras se llenaba más y más a cada segundo con un torrente de sentimientos, peleando en un remolino infinito... el amor, el odio, la desesperación y la tristeza.

Corría sin freno y aún contra su voluntad, podía escuchar claramente palabras y frases de su pasado común: “te quiero”, “jamás habían hecho algo así por mí”, “me gusta estar contigo”, “amo tus gestos cuando ríes”. Las escuchaba una y otra vez, pero sonaban burlonas e incluso fingidas. ¿Por qué? Eso no lo sabía y posiblemente no lo sabría, pero ya no importaba.

Su carrera seguía cuesta abajo, con violencia, con angustia; con el único objetivo de no pensar, pero era inútil.

Ahora, ese mar de recuerdos y sensaciones empezaban a irse, a dar paso a algo más, a una serie de preguntas que le habían estado carcomiendo en silencio durante varias noches. Semanas atrás, cuando la única compañía era el insomnio y las musas corrompidas bailando perezosamente en el humo de cada cigarro que encendía con ansiedad y hastío.

¿Y qué fue acaso lo que sucedió? Simple. Desapareció, así... sin más. Sin dejar rastro ni palabra, sin dejar un adiós, una excusa... desapareció como la llama de una vela cuando se apaga; y aún así, la llama de la vela deja una exangüe estela de

humo gris tras de sí...

Jamás dio un por qué, ni una carta, una llamada... solo silencio y con él, el dolor y el llanto y la agonía silenciosa de la incertidumbre.

Solo quedó en su pecho desanhelo y vacío eterno. Pero como había aprendido a lo largo de su vida y ahora recordaba, mientras caía sin freno en las fauces de la oscuridad de aquel acantilado, luego de haber saltado como un ave que espera liberarse en el cielo... Todo era, es... y será temporal.

EDWARD ALEJANDRO VARGAS PERILLA
Colombia

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=759627239>

Twitter: <https://twitter.com/MilitemExLibris>

Instagram: https://www.instagram.com/escritor_amargo



CHRISTINE.

SEGUNDA

OPCIÓN

CARLOS M.

FEDERICI

*Cual leve tapiz de casto dibujo,
a tus pies deposito mi anhelo;
tu soberbia figura de hielo
me tiene cautivo en su místico embrujo.*
—Del Salmo 22 a Christine (c.2145)

A

llí tendida, con los ojos todavía cerrados y los brazos en cruz, me parece casi desamparada... El efecto magnificador de la cubierta que la rodea permite distinguir, aún desde la relativa distancia a que me encuentro, inclusive la sutil sombra de cada pestaña sobre la mejilla. Tan hermosa como siempre lo ha sido, desde luego; pero... *entregada*, cual si finalmente hubiese llegado el momento de la consumación.

Carraspeo sin alarde. Me siento un poco incómodo entre tanto cociente intelectual privilegiado. No ignoro que, en rigor, no me correspondería presenciar el acontecimiento (oficialmente, no soy nadie); pero como jamás habría aceptado la idea de estar ausente, en su momento moví literalmente cielo y tierra, rogué, mentí, incurrí en las más vergonzantes ruindades a escala menuda, todo con tal de obtener el imprescindible Permiso de Asistencia, reservado tan solo a los Notables.

Pocos instantes más, me digo, y ha de caer el velo... Siento verdadero pánico, lo confieso, de lo que pueda resultar; pero a pesar de que los clamores del instinto me impelen a escapar de allí, sé que me resultaría imposible pretender eludir mi destino. Posiblemente, pienso, el avatar entero de mi pobre existencia se haya planificado en algún sitio, alguna vez, con el exclusivo propósito de desembocar en esto...

Palidezco. ¿No han temblado las pestañas de oro? ¿Será ya el momento de...?

—Inminente, señores —anuncia la voz engolada de Luthers.

Una nube de murmullo la rubrica, como cauda consistorial. Luthers semeja un fugitivo de la venganza judía, una verdadera caricatura de nazi estilo Hollywood, pero no por eso deja de ser el psiconeurólogo más célebre de la actualidad. Hay otros famosos junto a él: Mac Foxx, que representara al Pueblo en el sonado caso del asesinato de Emmanuelle; la Papisa Lucía I, llegada especialmente de Rome-sur-la-Seine para asistir al evento, y Calvin Gerbhart, el Presidente de la Confederación Noroccidental. Tan solo falta Kung Eurinov, Premier del Bloque Sudoriental: corre el rumor de que el trasbordador en que viajaba habría sido desviado a Counterfeit, el

mundo artificial, nido de terroristas y piratas.

Por lo demás, una pequeña multitud rodea el cubículo de magniplast donde ella yace, a punto de salir de su sopor quirúrgico. Acaso pase de un par de cientos el número de los presentes. Pero, por cierto, me digo, ¿qué es eso, comparado a la ingente muchedumbre que aclamara a Christine en el instante apoteótico de su entrada triunfal a París?

(¿Cuánto tiempo, me pregunto amargamente, cuánto tiempo hace de todo esto? ¿Centurias, quizás? No, apenas algo menos de un año. Y ahora...)

Yo la conocí cuando aún era Emmanuelle.

Trabajábamos en la misma oficina, una filial de la Universal Press, encargada de mantener al día en cuanto a noticias mundiales a los colonos de Marsópolis y también a los de la Base Sincrónica. Me cautivó desde el preciso momento en que su imagen capturó mis pupilas.

He sido durante años un anacronismo: pienso como romántico. En estos tiempos de ambigüedad sexual..., ¡Emmanuelle lucía tan definitivamente femenina! Incluso la curva del filo de cada una de sus uñas de nácar sugería exquisiteces a mi fantasía. Ella... se clavó en mí, frágil y pálida.

El desencanto, empero, llegó a través de mis oídos.

La escuché responder a los insaciables avances de la jauría que permanentemente la rodeaba: su lenguaje era de tal vulgaridad, que simplemente marchitó sin remedio los tiernos brotes de mi ensueño.

Me asaltaron impulsos suicidas (en pleno Siglo Vital, este lírico empedernido aún alienta tales arcaicas necrofilias); más tarde, sin embargo, atemperadas mis hieles, caí en la fría reflexión:

—Ella conmueve demasiado la atmósfera circundante... ¡Va a terminar arrastrándola su propio vendaval!

Y tuve razón: un exaltado psicópata la asesinó.

Así empezó.

Emmanuelle dejó de existir (si bien su cuerpo fue mantenido en funcionamiento mediante la batería de instrumentos de fantástica tecnología siglo XXII de que dispone el Centro Médico Universal); al cabo de tres días de su asesinato,

surgió Christine en este mundo.

La Era de la Segunda Opción había comenzado, aunque el portento no fue advertido de inmediato. La atención pública, por entonces, estaba engolfada en el más extraordinario caso criminal de la Historia: el homicidio (?) de Emmanuelle.

Mac Foxx, fiscal del pueblo, lanzó en público su revolucionaria aseveración, y su tonante voz buriló la arcilla de la Eternidad:

—¡Existió crimen! ¡El pueblo exige la máxima pena para el asesino! ¡Cegado por el turbión incontenible de sus exacerbadas pasiones, ese ser desnaturalizado se arrastró en la noche, como alimaña predadora, y causó a la víctima tantas y tales heridas que a la postre determinaron su deceso! ¡Debe recibir su castigo por matar!

”¡Sí, señores del jurado! He dicho: matar. ¡Y no me retracto un ápice de lo afirmado! ¡Emmanuelle Du Barry ha sido destruida..., quedando tan solo su cuerpo delicado como prueba fehaciente del execrable delito perpetrado!

”No importa que ahora contempléis ante vosotros ese mismo cuerpo, pulsante y hermoso, desbordante de vida y de fulgor... ¡Ese cuerpo, señores, ya no pertenece a Emmanuelle Du Barry!! ¡No restan trazas de esta por debajo de ese cutis traslúcido!! Emmanuelle Du Barry murió, literalmente, en el quirófano: su persona individual desapareció para siempre. ¡Sí, sí, lo sé: sé que el informe patológico reza “amnesia permanente, inducida por shock traumático”. ¡Lo sé! ¡Pero esos, señores, no son sino términos médicos..., y en esta corte nos concierne única y exclusivamente el lenguaje legal! Nosotros, El Pueblo, proclamamos: “¡Homicidio!”

”¿Y qué es el homicidio, señores del jurado, sino la más grave ofensa al Código Legal, precisamente por su carácter de irreversibilidad? ¡Yo afirmo que Emmanuelle Du Barry ha muerto, vilmente asesinada, y nunca más volverá a estar entre nosotros como entidad integral! ¡Sin duda es este el crimen más inusitado de todos los tiempos..., pero no por ello menos merecedor de la sanción que impone la justicia!

Aquello fue miel para las moscas de la prensa sensacionalista... Yo mismo estuve envuelto en ello, debido a mi trabajo: pero me limité a cumplir con este como formalidad laboral, sin la morbosa delectación que me parecía captar en todos mis colegas. Cada vez que los veía atropellarse, para llegar a los fonovisores antes que los demás, sentía que me enfermaba.

—¡Cerdos! ¡Igual que cerdos zambulléndose en el barro!

Debí reconocer, no obstante, que no dejaba de ser humano todo esto. Así es la gente en estos tiempos, admití. ¡Lejos de mí estaba por entonces el predecir la tremenda revelación que aún se avecinaba!

El advenimiento de la Segunda Opción... y de Christine.

No podría rastrear con exactitud los orígenes. Ignoro en verdad cuándo empezó efectivamente. Pero, al igual que alguna fantástica especie de hiedra conceptual, fue propagándose con voracidad creciente..., hasta que el mundo entero proclamó a Christine.

—Yo soy la Segunda Opción —predicaba ella con delicadas inflexiones—. Acérquense a mí, sientan mi toque, y vivirán por siempre en la bienaventuranza. Se les ha dicho: al cabo de la Historia, el Hijo del Hombre volverá para hacerlos salvos. Pero yo les digo: los tiempos han cambiado, y el Padre me creó, impoluta, para traerles esta nueva luz...

Fue algo sublime y aterrador a un tiempo. Legiones inmensas, conglomerados gigantescos donde se confundían razas, lenguas y costumbres de las más diversas naturalezas, la siguieron. Flotaba un aura peculiar en torno de ella, tan resplandeciente como las doradas ondas de su cabello (“¡La que no nació de carne, no es esclava de la carne!”), y el solo roce de sus dedos afilados operaba prodigios en los hombres.

Yo lo sentí.

Fue como si un rezumo inefable de dulzor y sosiego se me derramase encima; al momento, todas mis potencialidades, sin excluir las más oscuras, se re canalizaron en mí, nuevos significados sustituyeron a las obsoletas nociones de mi herencia secular, y fui otro nuevo. Más allá de vulgares apetencias, por encima de legamosos horizontes. Nada se perdió; todo se transformó para bien. Mi... Segunda Opción. Christine.

E innumerables seres fueron tocados también por aquella Gracia diferente; el movimiento, aparentemente incontenible, alcanzó las orillas del planeta.

Fue entonces que atacó la Reacción. Una corriente luminosa como aquella, inevitablemente habría de lesionar sórdidos intereses. Nivel sobre nivel, los arteros

golpes sucedieron... Como cronista oficial de Christine (así me gustaba considerarme, al menos) registré todo el lamentable proceso de aquella infamia.

Y aquí me encuentro ahora, al filo del acto final.

(Incompetente, se han atrevido a declararla. Un típico caso de personalidad esquizoide, con pernicioso derivación a lo místico y a lo megalomaniaco. ¡No era posible consentir que la humana estolidez sancionara aquel formidable fraude en masa! Y se impusieron mezquinas influencias, ruines poderes ejercieron su juego, y así ella, martirizada por la inhumana neurocirugía laser de Luthers, yace en su cubículo magnificador ¡para que nadie se pierda un detalle!, a punto de despertar a su naturaleza real.)

—¡Ya se mueve!

—¡Miren, está abriendo los ojos!

¡Dios! Esa especie de sombra en las pupilas... ¿Será que...?

De súbito me sacude la náusea, no puedo evitar que el cuerpo se me doble por la cintura, y el ácido hedor de mi vómito invada mis narices. ¡Oh, Dios!.. Mis ojos, vueltos hacia el suelo, no pueden observar lo que ocurre en el cubículo...

¡Un tumulto! Exclamaciones. Rugidos. Alguien me empuja; caigo bajo la irresistible presión de la multitud...

No conseguiré levantarme... Ya insensible al dolor, bajo un implacable ejército de pies que me hace pulpa, me siento hundir irremisiblemente en una oscuridad sin fondo..., aunque la radiante imagen de Christine, crucificada, tarda en desvanecerse.

CARLOS M. FEDERICI

Uruguay

Wikipedia: [Carlos María Federici](#)

Nota del Autor: El relato que sigue obtuvo un primer premio en un certamen literario cuyo lema era "Cuentos para el siglo XXI"... Me ha parecido adecuado trasladar su escenario una centuria más adelante. Porque, lamentablemente, el siglo XXI ha dejado de ser ambiente propicio para la ciencia ficción, para convertirse en acuciante actualidad. Para los de mi generación, resulta anonadante...



¡Y DE PRONTO...!

**CARLOS ENRIQUE
SALDÍVAR**

Hacía tres semanas que Susana no regresaba a aquella casa, donde alguna vez fue feliz.

Era medianoche y ella retornaba de una apacible fiesta. No había bebido más que una cerveza. De todos modos, la potente sensación del licor en su cuerpo le brindó las energías necesarias para retornar y hablar con Ernesto, quien había sido su pareja durante dos años.

Recordó el momento en que se pelearon. No había sido una discusión tonta: los padres de Susana estaban mal de salud y ella iba muy seguido a verlos, esto hacía que pasase noches sin dormir en la residencia que compartía con su ex pareja. Ya había transcurrido un mes desde aquella situación y, como Susana no tenía hermanos, se le hacía difícil enfrentar sola el conflicto. Su mamá con diabetes, su padre con la presión alta. Ernesto la apoyó al principio, pero cuando ella le comentó que sería prudencial mudarse, irse un tiempo a vivir con sus papás, a él no le gustó nada la idea. Le dijo que, de seguro, pensaba dejarlo, que a lo mejor tenía otro amor escondido, que *«los viejos, si no pueden seguir trabajando, deben jubilarse y obtener una pensión del Estado, asimismo, recibir atención médica gratuita; tú no puedes estar de enfermera las veinticuatro horas, Susana; ya estoy harto»*. Entre tanto griterío, Ernesto perdió los estribos e hizo el ademán de pegarle, esto no lo aguantó la mujer de veintinueve años y decidió marcharse, no sin antes decir que se terminaba la relación.

En los días sucesivos, Ernesto la llamó para disculparse, pero ella no le contestaba el celular. En parte, él tuvo razón. Susana hizo los trámites adecuados, sus progenitores se jubilaron y el Estado les dio una cantidad de dinero nada despreciable, además el seguro médico, aunque caótico, les ayudó mucho, para sus tratamientos y las medicinas. La mujer se sintió más tranquila, y, por primera vez en veintiún días, decidió salir a una discoteca con sus amigas, donde la pasó bien, muy relajada. Mordiéndose el orgullo, procedió a llamarle a Ernesto, quien no contestó. Ella pensó en ir al hogar que había compartido con su ex pareja, caerle de improviso, sorprenderlo. Tenía las llaves de la enorme casa que le pertenecía a él. Susana recordó cuando lo había conocido por *Facebook* hacía tanto tiempo (ahora parecía un lapso breve), conversaron, se dieron cuenta de que tenían gustos en común: los relatos de terror, las salidas a beber, los juegos de video. Ella pensó que en realidad él era encantador y que ya era tiempo de perdonarlo, de darle otra

oportunidad, de comenzar de nuevo. No por gusto habían convivido en el domicilio de él un par de años, incluso hablaron una vez sobre casarse, en otro momento conversaron acerca de tener un bebé. Eran una pareja sólida, hasta que la tensión se había instalado entre ellos y había provocado que los problemas (aunados a las dificultades que padecía Ernesto en el trabajo) hicieran que todo explotara.

Ahora ella estaba de nuevo ahí. Era sábado, estaba segura de que su ex novio la recibiría con agrado, que arreglarían sus líos hablando el domingo, y el lunes las cosas volverían a la normalidad. Ella iría a su centro de labores, donde trabajaba como cosmetóloga, y él regresaría a la empresa donde se desempeñaba como vendedor de seguros. Susana tenía la llave de entrada, vio que todo estaba normal por afuera, las luces estaban apagadas. Él estaría dormido, o quizá había salido. Ella lo despertaría o lo esperaría. Abrió la puerta con sigilo e ingresó a la vivienda. Por primera vez en mucho tiempo se sentía bastante entusiasmada.

Estaba enamorada, y no podía negarlo. No obstante, todo ánimo quedó atrás cuando penetró en su ex hogar. El interior estaba casi tal cual ella lo había dejado en el momento en que se fue, pero el ambiente se hallaba enrarecido, tétrico. Encendió la luz. El piso, las paredes, los adornos, las fotografías, todo lucía normal. Empero, hacía frío y el aire estaba amenazante.

Miró en la sala, en el comedor, y nada. Después fue a buscarlo a su habitación y ni rastros, tampoco en el baño ni en la cocina. Tenían una segunda recámara, para huéspedes o cuando uno de ellos deseaba dormir solo. Ernesto no se encontraba allí. *¿Dónde estará? Lo más seguro es que se haya ido con sus amigos a una fiesta, qué bien sobrelleva nuestra separación el bruto ese.* Al instante, Susana se arrepintió de sus palabras, se percató de que su ex amante de repente no había podido estar tranquilo desde la partida de ella y sus amistades habían sido determinantes para que él se sintiera mejor. De todas formas, ella no sabía gran cosa de Ernesto desde que lo había abandonado, desde que terminaran tan mal.

Algo no está bien. Aunque había cerrado la entrada del domicilio sin llave, se sentía prisionera, como si algo maligno la acechase. Susana vestía una falda celeste, blusa blanca, zapatos de tacón negro, llevaba el cabello suelto; tenía piel trigueña y un rostro armonioso.

No, en definitiva, algo no está bien aquí. Escuchó una especie de susurros surgir

desde el techo. La casa tenía una sola planta. Ernesto pensaba ampliar la residencia, construirle un segundo piso, pero eso sería más adelante, cuando hubiesen ahorrado lo suficiente. *Esta casa también es tuya*, le dijo él una vez, cuando se hallaban en la cama haciendo el amor. Ella se dijo que si iba a invertir en agrandar la morada entonces esta también sería suya. Los murmullos vinieron esta vez del patio, que estaba junto a la cocina, tal sitio colindaba con la casa del vecino, el cual tenía tres plantas. *Quizá una rata, o un insecto, ¿qué clase de bicho hace un ruido así? ¿Una o varias cucarachas moviéndose?* Plagas. Eran la maldición de vivir en un primer piso. Tenían que soportar toda clase de alimañas, ni siquiera tenían un perro que los acompañase y cuidase, al menos de los ladrones. *¿Y si se trata de un ratero que ha entrado a la casa, aprovechándose de que no hay nadie? Podría haber trepado el alto muro en el extremo del patio que daba hacia la calle, o quizá ingresó por el techo, por una ventana. No, eso es imposible, las ventanas tienen barrotes.* Susana se armó de valor, revisó cada cerradura de la vivienda. No había señales de forcejeo. En ese instante se oyó aquel ruido extraño, desde la cocina. La mujer se asustó, tomó el palo de trapear que estaba junto al inodoro y se dirigió con cautela al lugar de los sonidos. Caminaba lento, con el corazón latiéndole fuerte. El ruido no se detenía, se intensificaba, parecía el de un animal que estuviera rozando el repostero, la cocina a gas, las puertecillas debajo del lavadero.

La puerta se hallaba abierta, Susana se aproximó... sin embargo, no había nada allí.

Ella tenía en alto el palo de trapear. La luz estaba prendida. Había encendido casi todas las luces de la casa. Miró hacia la puerta que daba al patio. Bajó el palo de trapear, lo dejó a un lado y fue a cerrar la puerta. Junto a aquella salida, había dos ventanas, una estaba abierta, y ninguna tenía barrotes, eran corredizas. Susana lanzó un suspiro y se tranquilizó.

Puede que todo sea producto de mi mente, por el alcohol, aunque no he bebido mucho.

De pronto, un pequeño gato entró saltando por la ventana abierta.

La mujer gritó cuando lo vio encima del lavaplatos. Era un animal que despertaba más fascinación que miedo. De color naranja con blanco. Parecía un diminuto tigre. Maulló con suavidad. *No creo que haya saltado la amplia pared que da hacia la calle, ha venido por el techo.* Susana recordó cómo, en algunas ocasiones los gatos hacían de las suyas encima de la residencia, de madrugada. Sintió ternura, se acercó

al felino y, con precaución, le acarició el lomo. Este se dejó mimar, cerró los ojos y ronroneó. No había peligro, solo se trataba de un minino que se había extraviado, tal vez callejero, quizá de algún vecino. Aunque ella no recordaba haberlo visto nunca. La mujer se rió, porque recordó esas películas de horror donde surgían sustos falsos: el personaje creía que se iba a encontrar con un monstruo y la supuesta entidad infernal nada más se trataba de un inofensivo gato. Ahora, el truco le tocó a su persona, en la realidad. Era una especie de broma macabra que se le situaba enfrente.

¿Qué hacemos ahora contigo, amiguito? El gatito en ese momento emitió gorjeos, se estiró y vomitó algo. Era un reloj. *El reloj favorito de Ernesto. ¿Qué hacías tú con este?*

Ella intentó alejarse, pero el felino se transformó con rapidez en una masa amorfa de la cual salieron ventosas que la aprisionaron por las piernas y la hicieron caer boca arriba. Se golpeó la cabeza contra el suelo y miró: en el techo había una mancha enorme de sangre y residuos de órganos humanos, así como la piel del rostro de Ernesto. Los restos parecían de cartón, como si se hubieran disecado al instante, mas en el piso no había señales de que algo sangriento hubiera ocurrido. *¡No puede ser! ¡No! ¡Qué clase de bestia es esta!* No cabía duda de que el horrendo fenómeno se debía a algún tipo de artificio mágico. Susana quiso gritar, pero los apéndices de la criatura le taparon la boca de inmediato. Los vecinos no la escucharían. Sabía, de alguna manera, que tendría una muerte horrible, que aquel diabólico ser la había estado esperando desde que sintiera su aroma de hembra humana en los alrededores de la casa. El engendro estaba hambriento, la fue jalando hacia sí. De sus tentáculos nacieron garfios que se clavaron en todo el cuerpo de la mujer. Empezaron a succionar, en tanto la masa tomaba forma y abría su gigantesca boca repleta de colmillos.

No. No se había tratado de un susto fácil. El gato no era un truco cinematográfico. Esta vez el pequeño, tierno y gracioso felino era el verdadero monstruo que se desplazaba cada cierto tiempo de vivienda en vivienda buscando la carne perfecta para satisfacer su apetito.

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR
Perú

Página WEB: <http://fanzineelhorla.blogspot.pe>

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas>



LA NUBE NEGRA

ITZIA RANGOLE

Había una vez una princesa que no se sentía como tal. Sabía que era una princesa porque cumplía con la mayoría de los requisitos estipulados: su madre gobernaba un reino, su habitación se encontraba en la torre más alta del castillo y era custodiada por un dragón. Sin embargo, la princesa se veía en el espejo y no lograba encontrarse a sí misma; su reflejo le resultaba un fraude.

No soy lo suficientemente bella para ser considerada una princesa. No soy tan linda ni tan graciosa como las demás. Cuando mi pueblo conozca a las princesas de los reinos vecinos —pensaba— de seguro querrán irse de casa. Su decepción de tenerme a mí como futura gobernante, en lugar de a cualquier otra, los hará descubrir que no valgo la pena. Noche tras noche se preguntaba: ¿Por qué precisamente yo tuve que ser yo?

Nuestra protagonista no sabía de dónde provenían todas estas ideas. Su madre, la reina, era tan amable que le aseguraba lo contrario. Pero, por más que la princesa se esforzaba en verse de otra manera, no lo lograba. Era como si una sombra oscura, junto con una nube cargada de agua, se hubieran posado encima de ella y la acompañaran a todo lugar. Sin importar si la princesa lo quisiera o no, una nube oscura se había instalado a vivir en su cabeza.

La princesa pasaba los días recorriendo el palacio. Mientras su madre gobernaba el reino, sus abuelos —el rey padre y la reina madre— se encargaban del cuidado de su nieta. Los límites eran claros, las murallas que cercaban el palacio no podían ser traspasados sin supervisión. Cuando la princesa salía, lo hacía siempre vigilada por un séquito de guardias. Lo que conocía del exterior era lo que alcanzaba a ver por las ventanas del carruaje.

Durante los bailes en palacio, se escondía para no tener que hablar con nadie. No tenía idea de lo que iba a decir y presentía, con una fuerza rotunda, que quedaría en ridículo ante los invitados de su madre. En uno de esos bailes, la princesa conoció a una duquesa de su edad, muy bella, admirada por todos, que coincidía en la opinión de que la princesa no tenía nada de especial. Creo que mi cabello es lo único bonito que tengo, le dijo un día la princesa y la duquesa contestó: ¡Ay, no! ¿Esa mata enmarañada de pelos? ¿En serio crees eso? ¡Para nada!

Los días pasaban uno tras otro hasta que ya no fue capaz de diferenciarlos. La princesa podía tener a su disposición todo lo que quisiera o necesitara, solo había un pequeño problema: ella no sabía qué era lo que quería o qué era lo que necesitaba. Quería sentir la vida, pero no podía sentir nada más que una lluvia que aplastaba su cabeza.

Un día, la princesa escapó. Nadie se dio cuenta de cuándo o cómo lo hizo. La primera en advertir su ausencia fue su abuela. El dragón estaba realmente consternado, revisó el castillo entero tres veces, antes de aceptar la fuga. En cuanto la noticia se difundió, el reino entero entró en parálisis. Se envió un mensaje urgente a la reina, la cual se encontraba en un largo viaje de visita en reinos muy lejanos. Pasarían semanas enteras antes de que la reina recibiera el mensaje y semanas para que llegara de vuelta a casa.

II

En una villa del reino, muy alejada del palacio, una plebeya sentada sobre el pasto, observa un atardecer amarillo. Es el primer atardecer amarillo que presencia. La tierra, los árboles y todo cuanto sus ojos pueden observar, está pintado por los rayos de luz a punto de apagarse por ese día.

Ella trabajaba en una granja, encargándose de labores sencillas. Era ley del reino que cualquier persona, sola o acompañada, fuese hombre o mujer, debía de tener la posibilidad de ganarse el sustento para la vida a través de su propio esfuerzo. Todos los días al atardecer, la plebeya presenciaba la caída del sol junto a sus compañeros de trabajo, escuchándolos conversar.

III

De repente, una lluvia impetuosa azotó el reino. Llovía día y noche, al principio era una lluvia tenue, hasta convertirse en una tempestad que arrancaba árboles en la madrugada. El tipo de tormenta que no deseas un día solo en la intemperie. En la granja era noticia que una plebeya cumplía sus labores cotidianas con diligencia, sin que la lluvia le estorbara. Y, por las noches, —comentaban— camina bajo la lluvia casi bailando. Era como si estuviese tan acostumbrada al agua, que no reparara en ella ni buscara resguardarse.

Hubo una ocasión, mientras el crepúsculo sucedía, que la lluvia era más fuerte de lo habitual. Todos los trabajadores de la granja se encontraban en la cocina comunitaria, tomando una taza de chocolate caliente.

—¿Saben lo que dicen en el pueblo? —Comenzó a platicar un hombre.

—¿Qué?

—La princesa ha desaparecido. La han buscado por todas partes.

—Dicen que los guardias van de villa en villa preguntando a la gente si la han visto.

—Hay una enorme recompensa para quien logre dar información sobre su paradero.

—¿Qué vamos a hacer sin ella? —Preguntó una mujer.

—¿Quién la necesita? —Dijo una voz entre la multitud.

—El pueblo la necesita. —Replicó alguien.

—¿Por qué? Era tan fea y tan tonta —volvió a decir la voz— Lo mejor sería que nombraran a otra princesa, una que fuese mejor que la que teníamos.

—¿Para qué queremos una nueva princesa, si ya tenemos una? —Contestó alguien.

—¿En verdad creen que la que teníamos era buena? —Preguntó otra mujer.

—Yo tengo un amigo en palacio —aventuró otro hombre— dice que la princesa llora demasiado. ¿Para qué queremos que una chica tan débil nos gobierne?

—No es débil, es inteligente. —Señaló un anciano.

—¿Cómo lo sabes? —Increpó el hombre con un amigo en palacio.

—Bueno, de acuerdo a lo que acaban de decir, los guardias la están buscando dentro del reino, eso significa que la princesa no fue secuestrada, ella huyó.

—¡Huir cuando lo tienes todo en la vida! —Gritó el hombre— ¡Eso sin duda demuestra lo inteligente que es!

—No obstante —lo interrumpió el anciano— si huyó por su propio pie, tuvo que haber burlado a un dragón, a su séquito de sirvientes y a los guardias que protegen el castillo. ¿Has logrado evadir al dragón del palacio? Nadie lo ha hecho, hasta ahora. Se necesita de gran astucia y agilidad.

—Y ella no es precisamente delgada. —Agregó una adolescente.

—¿Por qué huiría? Ya quisiera yo tener su vida. Poder asistir a los bailes de palacio, tener todos esos vestidos, zapatos, sombreros y joyas. —Dijo la cocinera.

—En ocasiones —agregó una anciana, mientras prendía su tabaco— cuando no tienes un propósito en la vida, no ves nada claro. Es mucha responsabilidad el saber que un día se gobernará un reino. La princesa se ha de preguntar si lo hará bien, si acaso merece tal puesto. La desesperación te hace querer escapar.

—Entonces, quizás sintió que el palacio no era lugar para ella y que no era lo suficientemente buena para ocupar el trono. —Señaló otro hombre.

—¿Y no pensó en su mamá y sus abuelos? ¿Por qué abandonar a su familia? —Dijo una niña.

—Está bien que la princesa se haya ido —el hombre escupió en el piso—. Les digo que mi amigo dice que se la pasa llorando.

—Eso no es necesariamente malo —tomó la palabra el anciano—. La reina es todo sol y luz, un poco de lluvia y oscuridad no nos vendría mal. Allá afuera la lluvia arrecia y eso nos ha permitido platicar.

—¡Qué va! ¡Les digo que es una chica débil! ¿Por qué tendría que llorar? ¡Lo tiene todo! ¡Es una princesa, maldita sea! ¡Abandona a su familia sin importarle nada! ¿Esa es la clase de reina que quieren?

—El tener todo conduce al aburrimiento. —Comentó la anciana.

—¡Claro! ¡La niña estaba aburrida y escapa! ¡Que se ponga a trabajar! Quisiera ver a la princesa aquí, trabajando junto a nosotros. No aguantaría un día. —El hombre se había levantado por otra taza de chocolate— ¿Lo imaginan? ¿Qué haría una chica de su edad aquí? ¿Hacer los mandados, ayudar en la cocina, hacer el aseo? ¡No creo que la princesa sepa usar un trapeador!

—¿Para qué querría usar un trapeador?! ¡Tiene gente que se encarga de eso! —Agregó la cocinera.

—¡Exacto! ¡Ella no hace nada y aun así se va! —Por casualidad fortuita, los ojos del hombre se toparon con los de la plebeya que bailaba bajo la lluvia. —Tú, chiquilla, trabajaste a sol y sombra, ¿no quieres ser tú nuestra nueva princesa? ¡Así

por lo menos sabríamos que aunque el techo se nos caiga encima, los animales recibieron su alimento!

IV

—Si una persona tiene un sol encima de ella en un sitio, ¿tú crees que sería buena idea regresar a un lugar donde siempre tenía una nube sobre su cabeza? — Preguntó la plebeya.

—¿Nubes? ¿Sol? ¿De qué estás hablando, chiquilla? ¿Que no prestaste atención? Por mi autoridad, tú serás la nueva princesa. ¡Y tú te pones a hablar de sol y nubes!

—Sería buena idea que dejaras de mezclar tu chocolate caliente con tu bebida especial. —Sugirió el anciano.

—¡Que va, viejo! ¡Cuando quiera tu opinión te la pediré!

—Yo regresaría al sitio donde estaba la nube.

—¿De qué hablas, mujer?

—La pregunta que hizo la chica, yo regresaría al sitio donde está la nube.

—¿De qué están hablando?

—¿Por qué lo harías?

—Para así poder llevar al sol que ahora tengo conmigo.

—¿Qué le has puesto al chocolate, mujer? ¿Qué te hace decir tales disparates?

—El hombre regresó tambaleándose a la mesa— ¡Nubes! ¡Sol! ¿Qué significa todo eso?

La mujer que había hablado no apartaba los ojos de la plebeya, buscando la mirada del anciano, le señaló discretamente a la chica y el anciano puso especial atención en ella. El viejo volteó a ver al hombre que había iniciado la conversación sobre el escape de la princesa, se percató de como este le regresaba la mirada y asentía.

—Creo que es hora de volver a casa. —Anunció la plebeya.

La mayoría de los presentes la miraron extrañados. Sin embargo, una mujer y un hombre desde sus respectivos lugares, asintieron. Escoltada por ellos, la plebeya

abandonó la cocina comunitaria bajo la lluvia. Algunos de los presentes inclinaron su cabeza, ante la mirada consternada de sus compañeros. Pasarían varios días antes de que todos entendieran lo sucedido aquella noche, algunos nunca lo hicieron, en especial el hombre que esa noche había designado como princesa a una plebeya.

V

Cuando la reina arribó al reino, con el corazón latiendo muy fuerte en su pecho, sin haber recibido ninguna noticia sobre su hija, corrió al cuarto de la princesa. Sentía que si se rodeaba de sus cosas y sentía su olor en la habitación, obtendría fuerzas suficientes para redoblar la búsqueda de su hija.

Encontró allí a la princesa, profundamente dormida. Acercándose lo suficiente a su hija, a punto de retirar el cabello que cubría su rostro, la reina escuchó los relámpagos. Al salir por el balcón, pudo ver entre las montañas, las nubes negras que se aproximaban al reino, cargadas de agua, rayos, truenos y relámpagos cada vez más fuertes. Era la presión de los gases atmosféricos convertidas en ondas chocando unas con otras lo que provocaba el sonido. Un solo impacto, frío y contundente. La reina miró a su hija y vio como el clima la arrullaba. Tal y como se había ido, la princesa regresó un día cualquiera a su casa, con su mejor amiga detrás de ella.

ITZIA RANGOLE
México

Twitter: <https://twitter.com/revistamiseria>



EL ASESINO

JOSÉ ÁNGEL

CONDE BLANCO

*The killer awoke before dawn,
He put his boots on,
He took a face from the ancient gallery,
And he walked on down the hall*
Jim Morrison

I

Esta es una de esas historias que salen de las vísceras, como sale el purulento asesino de la bilis que echa mi lengua. Él, el asesino, es evanescente violencia, frialdad no animal: un hombre o una cosa, una bestia fruto de un pacto satánico que os apunta con el punto de mira de su conciencia. No sé cómo, pero surgió.

Surge una fría tarde-noche, primo-hermano de Travis o Manson, y deambula visionario por las encharcadas calles de un Madrid diabólico. Piensa para sí, el muy loco, que tales charcos podrían ser lágrimas, pero sabe muy bien que son vuestras deyecciones. Mierda.

Os odio. Os odio a todos. Tanto odio hay en mí, tanto odio exhala mi ser, que se confunde con mi respiración. Cerdos.

Me gustaría haber nacido bajo el signo de Escorpión y suicidarme cuando el fuego me cerque... como ella... Calla.

Os voy a matar. Os voy a matar a todos. ¿Queréis razones? Tengo todas:

-Porque os da miedo ver un claro de luna y no os parece real hasta que no lo veis por televisión. Es para mataros.

-Porque me queréis poner la máscara del consumo y tatuarme vuestra estúpida sonrisa feliz. Es para mataros.

-Porque no tengo miedo y muestro mis sentimientos. Es para mataros.

-Porque convertís cada día en la noche de los muertos vivientes, andando como andáis y siendo como sois zombis con carne pero sin corazón. Es para mataros.

-Porque me queréis integrar en vuestro deambular infrahumano, ahogarme en los ríos de impersonalidad que formáis cada día al salir del metro, saliendo como salís de un podrido agujero, igual que muertos vivientes, igual que gusanos. Es para mataros.

-Porque solo hay una razón: no hay razón.

Por eso os voy a matar. Os voy a matar a todos. Y, ¿por qué no?

¿Cuál será mi arma? El frío hace que mis palabras se conviertan en humo, como el que surge del cañón de un revólver tras escapar las balas. Sí. Eso es. Mi aliento desesperado será el que os fulmine. A quemarropa. Travis no hablaba tanto, pero sí sentía demasiado.

De los detritus de la mentira y la pérdida de valores es de donde surge el asesino. Vi un día el abismo y sentí curiosidad por entrar. Por eso os voy a contar lo que vi. Por eso os voy a matar. Soy la gasolina a punto de estallar. ¿Quién va a lanzarme una cerilla? No, mejor lo hago yo. Vamos.

II

Como un piel roja me pinto la carne con sangre y me dejo la cresta de los navajos. *"Hoka Hey"*, que dijo un apache. Vuestros huesos son mis amuletos. No tengo hacha, pero saco mi pistola de las tripas.

La caza comienza en el subsuelo, en el agujero de dónde salís. Un hormiguero se destruye mejor quemándolo desde dentro. Sois infinidad y, dentro del vagón en marcha, me miráis con vuestra cara de *"Olvidame"*.

¡AHORA! Es divertido jugar a los bolos con vuestras cabezas, pero aún lo es más cortar vuestros troncos con una motosierra. ¡Cuántos sois! ¡Y nunca dejáis de atacar! Os lanzáis como termitas hacia mí, pero soy una máquina de matar y tengo defensas naturales: me doy vuelta la piel y mis afiladas y enormes púas de metal hacen el resto. Me ahogo en un río de sangre y... ¡FUERA! Salto del vagón y vuestros cuerpos salen despedidos como hojas en otoño. Hora de segar. Hago el slalom de la muerte, pero derribo todos los banderines. ¡Demonios, no dejan de moverse! Un pequeño diablillo me verifica volando alrededor mío el camino a seguir. ¡MATAR! Chapoteando y corriendo, con la sangre hasta las rodillas, el duende rojo con alas me abre paso, mientras busco la salida del metro. OS MATO A TODOS. Oh, con las prisas se me quedó esa chica atrás. Me miró cuando pasé corriendo a su lado. Sus ojos parecían mostrar simpatía. No sé. Hay muchos zombis que abatir y la sangre me llega al cuello. Salto a la escalera mecánica y vuelvo a la superficie, rematando a los últimos muertos. Mañana habrá más.

¿Por qué me miró ella así? ¿Por qué?

Os voy a matar a todos, pero, antes, voy a volarme la tapa de los sesos.

JOSE ÁNGEL CONDE BLANCO

España

Página WEB: www.josef-a.com

Facebook: <https://www.facebook.com/JosefACondeBlanco/>

Twitter: <https://twitter.com/JosefAngelConde>

Instagram: https://www.instagram.com/jose_angel_conde/



PUERTO REAL

J . R . SPINOZA

Pasé mi verano en la ciudad de Puerto Real. Mi padre fue el ganador del sorteo en su trabajo, un par de boletos todo pagado a las paradisíacas playas jamaicanas.

Hacía mucho que no convivíamos. Mi madre murió cuando yo tenía siete; y mi padre fue absorbido por su empleo. Nunca me faltó nada, tampoco me golpeó ni trajo otras mujeres a la casa. Un gran padre, pese a su ausencia.

Durante el vuelo tuvimos oportunidad de conversar largo y tendido. Yo estaba por entrar al último año de secundaria. Él buscando el ascenso a gerente.

Una vez tocamos tierra nos encaminamos, al que decían los folletos, era el mejor restaurante de mariscos de la ciudad. Donde aprendí dos cosas, primero, los camarones que en mi ciudad que venden como “grandes”, son en verdad medianos; y segundo, la salsa que tiene un pulpito morado en la etiqueta debe usarse a cuenta gotas. Necesité ocho vasos de limonada para poder quitarme el picante de la lengua.

Fuimos a un recorrido guiado. Una amable señorita, de piel tostada y labios gruesos nos enseñó los sitios representativos de la región. Una estatua del dios Poseidón con su tridente erguido. Medía unos siete metros de alto, llevaba en la cabeza una corona. La parte inferior de su cuerpo era similar a la de una sirena. Nos tomamos un par de fotos ahí. También en un viejo barco encallado en el muelle. La mujer nos narró que la ciudad era constantemente visitada por piratas en la época de las grandes expediciones.

—Venían a Puerto Real a esconder el oro que robaban a barcos españoles.

El resto de la tarde la pasamos comiendo ostiones y nadando en las cristalinas aguas de la playa. Si acaso hubo algún momento aburrido fue durante la noche. Papá salía y me dejaba encerrado en el cuarto de hotel. Solía irse también en casa, una o dos veces al mes. Nunca lo decía, pero yo sabía perfectamente que se iba a coger. Me gustaba pensar que siempre conseguía su objetivo.

Los días siguientes me la pasé comiendo mariscos, jaibas, pulpo y hasta tiburón. Por las tardes nadando y compitiendo con mi padre por ver quién aguantaba más la respiración. Lo último relevante que hice fue aventarme del bungee. Tardé veinte minutos en convencer al viejo de dejarme subir.

Treinta metros de altura. Arriba de esa monstruosa y tambaleante estructura, el viento sopla con más fuerza. Me sujeté el arnés de seguridad y un hombre flaco y

moreno me colocó la pechera. Inspiré, como si el aire que entrara a mis pulmones se convirtiese en valor. Brinqué. La caída fue fugaz. Tuve apenas tiempo de gritar mientras sentía como la sangre se me iba trepidante a la cabeza. Sentí los dedos entumidos y las rodillas como flan. El rebote me lanzó un par de metros hacia arriba y volví a caer. Me quedé suspendido, sujetado solo por el arnés, la pechera y una cuerda hecha de látex. Podía ver un par de soles en el cielo que se unían parsimoniosos hasta formar una sola esfera.

Entonces escuché un crujido.

—¡Qué envidia me da!—me dijo Sofía. Quien me había estado escuchando con atención durante todo mi relato. Mirándome fijamente con sus enormes ojos color miel.

—Es la primera vez que disfruto una tarea; incluso imprimiré algunas fotos para pegarlas en el trabajo.

—Lo único que hice fue ayudar a mi madre en la florería, no creo poder llenar ni media página con eso—se quejó mi compañera.

Me despedí de ella y tomé el microbús. Al llegar a casa aventé mi mochila en el sillón y me quité los zapatos en la sala. Como hacía mucho calor, tomé también los calcetines y los hice rollito, para después aventarlos detrás del sillón. Era extraño. La casa estaba más limpia de lo habitual. Quizá papá había despertado con ganas de recoger un poco.

Saqué mi cuaderno y comencé a vaciar mi relato. Lo tenía tan fresco que me tomó solamente once minutos terminarlo. Desbloqueé el móvil para seleccionar las fotos que iba a imprimir, pero no pude encontrarlas.

En ese momento papá entró por la puerta.

—¿Llegas temprano?

—Muy gracioso —se acercó y echando un vistazo en mi cuaderno me regaló una sonrisa seguida de un gesto de aprobación— parece que empezaremos con el pie derecho en la escuela.

—Sí viejo. Estoy por terminar. ¿Sabes dónde están las fotos de nuestras vacaciones? ¿No las encuentro?

—Yo las traigo.

Agarré su celular. Aunque juraría que las habíamos tomado con el mío. Contemplé la fotografía por poco más de un minuto.

La imagen revelaba a mi padre y a mí posando frente a la estatua de un hombre con guitarra y sombrero.

—¿Quién es?

—Es Bob Marley.

—¿Y nuestra foto con Poseidón?

Si mi padre respondió o no, jamás lo sabré. La siguiente fotografía mostraba a tres personas junto a un letrero con la leyenda: “Bienvenidos a Kingston”. La tercera persona era una mujer.

—Ya te dije que no dejes tus calcetines detrás del sillón. Para eso está el cesto. Era mamá.

Descubrí la verdad en internet. Puerto Real era la capital de Jamaica. Hasta que el 7 de junio de 1692 un terremoto provocó un tsunami y la hundió hasta las profundidades del mar. Kingston fue nombrada capital después de eso.

He decidido no contarle a nadie, fingir que recuerdo las cosas que mi madre cree haber vivido conmigo. Está de más decir que no llevé la tarea al día siguiente.

J . R . SPINOZA
México

Facebook: <https://www.facebook.com/escritorspinoza>



AMOR

PSICOPATA

IÑAKI FERRERAS

Me tiró un cuchillo de cocina al pecho. Fue suavemente, pero me lo lanzó sonriendo. Le miré boquiabierto. Él sonreía. No supe si levantarme y correr hacia la puerta o pedirle explicaciones. Decidí lo segundo.

—Ha sido una broma.

—¡Sí, pero pesada! Si llegas a hacerlo con más fuerza, me lo clavas. ¿Por qué has hecho eso? —le inquirí.

—¿Por qué te has metido conmigo?

—Una broma tonta...

—Para mí, no.

Pegó una sonora carcajada y continuó cenando. Yo sabía que le gustaban las chanzas un tanto espesas, pero esta había sobrepasado todos los límites. Me agarró la mano con cariño, me miró fijamente a los ojos y me pidió disculpas.

—Nunca más vuelvas a hacer este tipo de cosas —le dije seria. Siguió comiendo como si nada hubiera ocurrido...

Conocí a Miguel en una festividad local. Me lo presentó un grupo de amiguetes y cuando le vi, me hizo gracia, sin más. Entre cerveza y cerveza en los puestos callejeros, entablamos conversación y hablamos de cosas serias y mundanas, de asuntos de nuestras vidas. Me pareció un hombre interesante y con sensibilidad. Me contó que había sido cantante de ópera y que, posteriormente, como el canto no le ofrecía estabilidad profesional, preparó unas oposiciones y, ahora, trabajaba de tele-operador. Yo le conté mis asuntos y comenzamos a interesarnos mutuamente. Yo era tímida por naturaleza, pero llevaba tiempo deseando volver a tener una pareja estable: mi última relación me había dejado triste y frustrada y necesitaba sacarme esa espina del corazón.

Habíamos dejado los puestos y llegamos al baile. Subiendo las escalinatas de una empinada calle, una amiga del grupo se tropezó y cayó al suelo, pegando un grito. Miguel la ayudó a levantarse y acto seguido, me cogió de la mano y, con fuerza y determinación, me acercó hacia él y me dio un beso largo y profundo. Yo, educada en colegios de curas, no supe cómo reaccionar, pero, en el fondo, me encantó su arrojo y deseé más besos de ese tipo. A partir de ahí, pasamos toda la velada juntos,

rodeados por el resto del grupo, bailando y bebiendo cerveza. Volvió a besarme teatralmente, varias veces. No le importaba lo que pudiera decir la gente al respecto: al fin y al cabo, todo el mundo estaba alegre, de fiesta. Sentí que me había enamorado y en sus ojos, de una mirada azul fría e inquisitiva, vi la profundidad del deseo de un amante totalmente entregado y dispuesto a hacer suya a la hembra. Antes de despedirnos, me profirió otro beso rojo y carnoso, apretándome con fuerza a su cuerpo hirviendo y diciéndome al oído que me quería. Temblé de emoción y, sin esperar a que me pidiera mi número, no dudé en ofrecérselo.

—No te doy las gracias porque el destino te ha puesto en mis manos. Así, tenía que ser... —dijo ardiente.

Esa noche, en mi cama, me fue absolutamente imposible conciliar el sueño: el calor pre-veraniego y la excitación del encuentro me habían dejado fuera de este mundo. Había encontrado lo que hacía tanto tiempo estaba buscando, de forma inusitada, sin pretenderlo y con una intensidad adolescente. Mi carne y mi piel rejuvenecieron veinte años. Mi mente ya estaba libre de esos pensamientos negativos tan recurrentes en los últimos meses.

Miguel era alto y tenía un porte orgulloso con complexión atlética y un protuberante tupé a lo Elvis. Su mentón delataba que le gustaba ser protagonista y ganar. Pero lo que más llamaba la atención eran esos ojos de azul celeste y mirada pícara, un tanto luciferina. Esa mezcla de poderío y misterio me atrajo desde el primer instante. Además, tenía una vasta cultura, especialmente de música clásica: había creado un servidor con las biografías y obras de los compositores de música clásica de todos los tiempos, al detalle y con audios de las principales partes de las sinfonías, canciones y demás composiciones musicales. Realmente había creado algo grande, que merecía ser compartido con los melómanos y así lo venía haciendo desde hace años, a través de las redes sociales y de sus múltiples contactos.

Me había despertado de la siesta perezosa: tenía que volver a la oficina. Era mayo y la temperatura ya rozaba los treinta y tres grados durante el día. Como en los últimos meses había engordado, me pesé y me asusté. Ahora, tenía que volver a mi delgadez: era bajita y quería que él solo se fijara en mí. Cogí una manzana antes de salir y, al momento, sonó el teléfono: Miguel.

—¿Qué tal, mi pequeñín? Vendrás a conocer mi casa hoy, supongo. —Por el tono, su invitación era más un recordatorio de cita.

—¡Hola! Me alegro de oírte. Acabamos de conocernos. Démonos un poco de tiempo...

—¿Un poco de tiempo? ¿No serás de las antiguas, que necesitan meses de ir y venir, antes de acostarse con un tío?

—No soy antigua, pero nos conocimos anteayer... Podríamos quedar el fin de semana tranquilamente...

—¿Tranquilamente? Mira, peque, el tiempo pasa y ni tú ni yo somos ya tan jóvenes. Además, no sé lo que haré ni el sábado ni el domingo. Te espero en casa cuando salgas de la oficina.

—Salgo a las nueve y madrugo al día siguiente.

—Pues, te quedas a dormir en casa. Ven preparada con tus cosas. Te enviaré la dirección por whatsapp. ¡Ciao, baby!

Y colgó... Aparecí con una mochila en su casa a las diez. Me abrió la puerta cantando "*La Traviata*". Estaba radiante. Su mirada, si cabe más intensa que cuando le había conocido. Por un segundo, sentí una especie de miedo, pero esa sensación, en vez de disuadirme para continuar conociéndole, me excitó y entré decidida e ilusionada. Como el primer día, me agarró y me besó profundamente. Luego, se separó de forma inesperada. Me miró serio y, sin parpadear, me habló con voz grave.

—¿Por qué te has retrasado tanto? Yo también madrugo. La próxima vez, si te vas a demorar de esta manera, mejor que no vengas.

No me gustó el tono. Le dije que me marchaba, que no me encontraba cómoda en esa tesitura. Pero se acercó de nuevo mirándome fijamente a los ojos.

—Tú ya eres mía, solo mía. No hay vuelta atrás.

Me cogió en volandas y me hizo el amor como hacía tiempo nadie me lo había hecho. Pasé esa noche con él, entre sus ronquidos y caricias ansiosas. La situación no me pareció normal. Comencé a pensar que en él había algo extraño, pero no acertaba a saber de qué se trataba. Esa incertidumbre me producía, al mismo tiempo, inquietud y morbo.

—¿A que te ponen mis ronquidos?

Me lo dijo con una sonrisa sarcástica. Yo negué con la cabeza, recogí mis cosas y me fui a mi casa, confusa.

Al día siguiente, estando yo en la oficina, me envió un mensaje para proponerme un fin de semana romántico. Sugirió pasarlo en mi casa, ya que aún no la conocía y yo accedí.

Quedamos para comer en mi barrio. Cuando nos encontramos delante de mi portal, corrió hacia mí y me besó delante de varios vecinos. “*Menudo descarado*”, pensé, pero no le dije nada. Otro tanto hizo, con las ventanas del salón abiertas, sentados en el sofá.

—Disculpa, pero me gusta ser discreta con mi vida privada.

—¡Qué tontería! ¿A la gente le encanta ver cómo se quiere una pareja de enamorados. Conmigo o vas a por todas o no vas a por nada. ¿No estamos en una sociedad libre? No hacemos mal a nadie...

Comencé a sentirme incómoda. Sentía que estaba invadiendo mi vida, pero, que, al mismo tiempo, me había enganchado a su forma de ser descarada y ultra-liberal. Por la noche, incluso me sugirió hacer el amor en el dormitorio con las luces encendidas y las persianas subidas. Ante mi negativa, se enfureció y amenazó con dejarme. Fue entonces cuando realmente me percaté de que estaba siendo manipulada y de que me había metido en un callejón sin salida. ¿Me había enamorado de un exhibicionista? ¿Me estaba enganchando a un obseso? Pero, por otro lado, besaba tan bien y hacía tan bien el amor... Mi alma me dictaba una cosa. Mi cuerpo, otra. Era una dicotomía entre el deseo y el rechazo. Un personaje así tendría grandes consecuencias, para bien o para mal. En el fondo de mi corazón sabía que no serían fáciles ¿Habría yo caído en una enfermedad emocional, fruto de una baja autoestima y de la necesidad de cariño a toda costa?

Pasamos el fin de semana discutiendo acerca de si ser más reservados con la muestra de nuestros sentimientos de cara al público o dejarnos llevar. Él quería convencerme, a toda costa, de su teoría; pero finalmente, yo decidí poner un límite y le despedí de casa de mal humor. Algo comenzaba a no funcionar y demasiado pronto. Se me encogió el pecho.

La semana siguiente, me llamó llorando: de camino a su trabajo, se había

caído de la motocicleta y se había hecho un esguince. Requería mi inmediata atención. Cogí dos muletas que, hacía tiempo, había usado mi madre y se las llevé. Me abrazó y besó apasionadamente. Me dijo que me quería de verdad y me preguntó si yo también le quería del mismo modo. Dudé al responderle y me volvió a besar, esta vez, de forma forzada.

—¡Ves cómo si me quieres! Me lo demuestras con cada beso que me das.

No sé si le llevé las muletas por compasión o porque necesitaba estar cerca de él. Mi intuición me dictó que se había lesionado para llamar mi atención y para tenerme a su lado. La atracción fatal ya se había apoderado de mí. Pero tomé aliento y me atreví a decirle que, a partir de entonces, seríamos solo amigos. Se revolvió en el sofá y con la cara y los ojos rojos, como rezumando sangre, amenazó con decir a nuestras amistades comunes que le había dejado cuando más me necesitaba. No acepté el chantaje y, en un acto de fuerza, se levantó y me amenazó con una muleta.

—¡Recuerda lo que te dije, el fin de semana! Ya eres mía.

Le miré con pavor y, sin mediar palabra, salí corriendo, dando un portazo y pensando en llamar a la Policía para denunciarlo. Pero, finalmente, resolví no llevar a cabo la llamada porque, en primer lugar, me encontraba en su casa y, en segundo, debería probar que, efectivamente, me había amenazado o abusado de mí.

A partir de entonces, nuestra relación fueron continuos actos de acoso telefónico. Decidí dejar pasar el tiempo para ver si me olvidaba, pero, por otro lado, le echaba de mucho menos. Yo ya sabía que si albergaba ese sentimiento hacia un hombre dominante, inseguro y violento, mi psicología tampoco debía de estar demasiado en su sitio...

Las llamadas y mensajes continuaron sucediéndose, pero no quise ni responderle ni verle, pese a que me apeteciera volver a intentarlo.

Esa noche, me desperté llorando: le añoraba demasiado y sentía una mezcla de lástima y cariño por él. Lo peor para mi voluntad era que mi cuerpo le deseaba con todas sus fuerzas. El alba me anunció la llegada del fin de semana. No había dormido dos horas seguidas y en mi teléfono móvil ya no había mensajes. Hacía un día que no me los enviaba. Me volví a acostar para ver si podía olvidarle y conciliar el sueño, pero mis recurrentes pensamientos seguían dominando mi mente. Me vestí resolutiva, cogí mis enseres y fui a su casa sin avisarle. Llamé al timbre y pasaron

varios minutos, hasta que, por fin, respondió. Su voz era lacónica y me abrió con aparente desgano.

—¿Por qué no has dado señales de vida, en todo este tiempo?

—Por miedo.

—¿Miedo? ¿Me tienes miedo?

—Sí.

—Entonces, por qué has venido...

—Porque también te quiero, deseo quererte... —En ese instante, me reconocí total y definitivamente perdida.

Con una gran carcajada, me abrazó, me besó varias veces, me introdujo con violencia en la casa y cerró la puerta de golpe. Varios platos decorativos de porcelana colgados en el salón cayeron al suelo y se hicieron mil pedazos. Dos vecinas ancianas salieron a la escalera y se santiguaron. El camión de la basura produjo más ruido que nunca al vaciar los contenedores. Y dos palomas se posaron en la barandilla del balcón del dormitorio mirándonos con profunda sorpresa...

IÑAKI FERRERAS

España

Facebook: [Inaki.FerrerasRobles](https://www.facebook.com/Inaki.FerrerasRobles)



**UNA PRESENCIA
INESPERADA
MARÍA DEL CARMEN
RAMACCIOTTI**

La suave nevada que cayó durante la noche, había blanqueado el jardín y los techos de las casas vecinas, hasta donde podía observar desde la cama y tapada hasta la nariz. Hacía mucho frío afuera y era mi día libre, pensaba disfrutarlo aquí acostada, calentita hasta el mediodía. Milo también dormía, abajo en su cucha y la familia, cada uno en su actividad, el trabajo, la universidad, la escuela. Maravilla de día para descansar.

Me adormecí. Soñé. Transitaba por la plaza de mi antiguo barrio, entre los pinos y las palmeras. Era verano y el calor abrasaba. Corríamos carreras de bicicletas esquivando los juegos infantiles, saltando en las lomadas y areneros. Nadie interrumpía nuestras risas en aquella fiesta infantil, hasta que ese hombre se asomó de pronto desde atrás del eucalipto que estaba en la vereda del frente de la plaza. Nos asustó. Harapiento, encorvado, no dejaba de mirarnos. Interrumpió nuestro juego y nos impacientó, nos robó la libertad. Decidimos volver a casa, atentos a la infinidad de advertencias de nuestras madres, en referencia a la seguridad, por las dudas...

Me despertó Milo con sus ladridos desde la puerta del cuarto, pero no entraba hasta la cama. Encrespado y alterado seguía ladrando y miraba en dirección a la mesita de noche. Sentí la presencia y una mirada sobre mí cuando el perro encaró hacia el lugar. Entonces brotó un fuerte aroma a eucalipto.

MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI
Argentina



EL SEÑOR

CHANCHO

ALEX JUNIOR

CHANG LLERENA

En un vecindario de personas refinadas, alienígenas amigables y animales civilizados, en sus inmediaciones, vive el señor Chanco. Muchas veces criticado por su rostro poco agraciado. Se escuchaban por sus alrededores murmulos: “Ese repugnante puerco no merece vivir, vergüenza ajena de su especie y su familia. Algún día serán cocinados”.

Una mañana cualquiera, con alegría, se dirigió a trabajar. El señor Chanco se despidió de sus lechones y su esposa Pezuña.

—Adiós, querida cuida muy bien a mis lechoncitos. —Dijo el señor Chanco
Pezuña respondió: —Bendiciones y sonrío a la vida. Tus hijos estarán bien.

Al caminar unas cuadras se escuchan insultos y burlas. El señor Chanco llora desconsolado. A los pocos minutos, sonrío al recordar el consejo de su esposa. Ha caminado más de cuatro cuadras hacia el paradero. Ahí compra un periódico, lee las noticias y coge algo del tacho de basura. La línea 3 llega a los diez minutos repleto de pasajeros. Un bus de color verde con franjas negras. En este bus el cobrador es un conejo negro y el chofer una cucaracha gigante. Al sentarse, las miradas penetran el corazón del señor Chanco. Con una carcajada insulta a los presentes: —Menoscar mi espíritu podrán, mas mi orgullo y mi ser jamás. Los animales irracionales, como ustedes comprenderán. Ustedes los marranos de la sociedad.

A su destino llegó en cuarenta minutos. Caminó dos cuadras a la oficina. En su trabajo lo esperaban un marciano de piel negra y textura gruesa quien era su jefe.

—Has llegado tarde, miserable puerco. Hoy tu rostro será la vergüenza de nuestro muro. —Dijo el jefe

El señor Chanco respondió: —Basta de tanta barbaridad, véase al espejo, señor jefe.

—¿Cómo te atreves a contestarme, ruin de la sociedad?

Contestó el señor Chanco: —Tan solo basura escupen sus palabras, la fuerza espiritual importa más que su belleza petulante.

A los pocos minutos recibió una carta. Al leerla, unas lágrimas cayeron al

suelo. Una risotada confirmó la inesperada noticia. El señor Chanco caminó a la oficina del jefe. Se detuvo frente a él. Destruyó todo el mobiliario de la oficina.

Gracias totales, como dijo Gustavo Cerati.

ALEX JUNIOR CHANG LLERENA

Perú

Facebook <https://www.facebook.com/alexjunior.changllerenaref=bookmarks>
https://www.facebook.com/rock23poesiaalex/?modal=admin_todo_tour



EPHEMERON
ALAN RAMÍREZ
PERALES

U n otoño, tomé unas vacaciones en Islandia con mi pareja; era nuestro primer viaje ahí, aunque mi esposo solía visitar el país cada que podía. En fin, volamos a la ciudad de Reikiavik, para escuchar a su banda favorita que actuaría en el *Iceland airwaves*. Lo cierto es que yo no tenía ningún interés de viajar o asistir al festival, tan solo lo hacía para complacerle.

Aterrizamos el primer día del festival, estábamos abrumados y hambrientos, así que optamos por descansar en el hotel; además de que el grupo que quería escuchar mi esposo, no tocaría hasta el siguiente atardecer; pero, desafortunadamente a causa del escándalo del festival, termine desvelándome y, pasada las doce, decidí tomar un sedante. Me desperté tarde y confundida, no recordaba quién era o lo que hacía ahí. De repente, un hombre entró al cuarto, caminó a la cama y se sentó frente a mí, nuestros ojos se encontraron; quise decirle: “dame espacio, tengo la memoria en blanco y no te recuerdo”; sin embargo, él me besó. Lo hizo sin prisas y en un santiamén, sus labios corrieron como agua por mi piel; yo no quería y no le quería a él, pero no hice nada. “Está bien”, me dije a mí misma cuando pasó la amnesia. Me repetí esas exactas palabras, después de todo, recordé que lo amaba.

Aquel segundo día del festival, fue al único al que asistí. Salimos del hotel alrededor de las nueve de la tarde y tomamos un taxi. La luz tenue de las farolas pintaba el camino de melancolía. “No es la primera vez que veo estas calles, es como si mi vida perteneciera más a ese lugar, que de donde vengo”, pensaba.

—Es extraño —le comenté a mi esposo—, lo que ven mis ojos, me parece una fotografía de mi infancia.

—Debe ser por el vuelo, aún no te acostumbras. Es diferente a allá ¿no? Aquí todo es precioso pero al mismo tiempo monótono. Yo no aguantaría pasarme un mes entero, prefiero el movimiento y el ruido. Claro que hago una excepción, en especial con la música, por eso me la paso escuchando *post-rock*. ¿Oíste las canciones que te mandé de *For a minor reflection*? Esos muchachos tienen bastante talento...

No volví a decir nada dentro del taxi. A veces no lo entendía ¿Cómo podía hablar así? Cambiando de un tema a otro, igual que alguien buscando algo que ver en la televisión cuando todos duermen.

Volví a sumirme en la iluminación de la ciudad y en sus venas y arterias por donde paseábamos. Al poco rato, llegamos y, al bajarme, observé mi reflejo en la ventana y puerta del vehículo. Algo en él me molestó, más no supe que fue; el automóvil arrancó y permanecí a media calle, mientras tanto mi pareja me esperaba impaciente evadiendo la bola de transeúntes.

—¡Vaya! —Al ver lo larga que era la fila, se me ocurrió una bobada— Creí que solo vendrían las madres de los músicos —él volteó a mí y con una mirada me hizo sentir vergüenza.

Mientras seguíamos a la marea de gente, me encendí uno de los cigarrillos que cargaba en mi bolso. En la calle se mezclaba la música distorsionada con los murmullos y gritos de docenas de voces que hablaban en distintos idiomas; no obstante, fui capaz de reconocer a los isleños. Su lengua era rigurosa, fluida y me hacía recordar a la terrible comida que cocinaba mi padre cuando la *jefa* quería dormir. Con las manos metidas en mi saco iba soltando humo como una locomotora, echándoles un vistazo a los jóvenes, con melenas salvajes o rapados, vistiendo ropa ceñida y luciendo una actitud de emoción en sus frescos rostros. Como estaba predestinado, llegamos a la entrada de un salón de gala.

Era un edificio que se inclinaba sobre la pendiente de la calle, contaba con unos trece metros de altura, de una fachada elegante y simple, coloreado con un blanco como la nieve de montaña; daba la impresión de que podría pasar por un banco o tribunal; no sé qué más decir, el lugar tenía su encanto. También, en medio del segundo y tercer piso, tenía enmarcado y escrito lo siguiente: *Gamla Bíó*.

Para poder adentrarnos en el salón, un guardia nos solicitó los boletos y mi esposo se los mostró; mientras tanto, yo seguía fumando. Antes de dejarnos entrar, el guardia me dijo algo un poco irritado, por supuesto no le entendí; a nuestras espaldas, las personas también se unieron al descontento. Sin saber qué hacer, solo observé al guardia, este fingió fumar y después movió la cabeza en negación; mis labios soltaron el cigarro y lo pisoteé. En la entrada, un sujeto me miró con desaprobación y se puso a hablarme en islandés; lo pasamos de largo y esto lo hizo enfadar.

—¿Qué tanto me dices? —Me paré y volteé hacia él— ¿Acaso tú saltas al mar y te vas nadando hasta otro país para no contaminar?

—¡Eh! Cálmate preciosa —me pidió mi marido abrazándome para que le siguiera y no iniciara una riña. Aún después de alejarnos el islandés siguió parlotando.

Avanzamos paso a paso por un pequeño lobby, el cual conectaba al salón y a la segunda planta por corredores y unas escaleras a los costados, respectivamente. El lobby era un reflejo de la fachada del edificio y estaba tan bien iluminado que parecía que asistíamos a una boda. Aquellos muros que en otra vida se levantaron, me acogían.

—Apresúrate, tenemos que estar hasta el frente —me ordenó mi pareja impaciente de lo lento que nos movíamos.

En la recepción también había un bar, atendido por una mujer y un joven que trabajaban al máximo vendiendo cerveza de barril a un interminable rebaño de clientes. Con todo el ajetreo y el calor de la multitud de cuerpos, mi boca se hizo agua por una cerveza.

Un momento después accedimos a un enorme espacio vacío donde se hallaba el escenario con músicos arriba. El lugar era un teatro sin butacas, con un balcón, varios palcos del lado izquierdo y un escenario común de pocas proporciones. Con mis pocos conocimientos, diría que la banda tocaba algún subgénero del rock; y, aunque no los conocía, sí sabía una cosa de ellos, no eran famosos, pues solo unos cuantos estaban hasta el frente bailando a su estilo.

—Vamos querida —me habló al oído para que le escuchara—, después de ellos actuará mi banda. Tenemos que verlos desde enfrente, por favor.

—Amor todo este...

—¿Qué? ¡Habla más fuerte! —me lo llevé a una esquina para no estorbar.

—¡Que todo este gentío me fastidió, necesito un respiro! ¿Sí? —apreté con fuerza su brazo.

—¡Es que para eso venimos! —me vio desilusionado—. Te advertí como se ponían los conciertos y tú aceptaste ¡Anda, te va a fascinar!

—Solo quiero un rato de calma ¿sí? —nos quedamos en silencio viendo cualquier cosa menos a nosotros. Continué—. ¡Tú adelántate, yo estaré acá! —mi esposo le dio un vistazo al escenario que se iba llenando.

—Bueno, allá te espero ¡No tardes demasiado! —se marchó.

—Lo siento —le grité pero seguro no me escuchó.

La música golpeaba mis oídos y se me iba haciendo más difícil respirar conforme las personas inflaban la sala. En menos de un minuto, mi esposo, al que había seguido con la mirada, se hizo irreconocible. Esperé el resto de la canción a que volviera, le imaginaba batallando para salir de aquella multitud solo para plantarse a mi lado; sin embargo, eso no pasó. Decidí aguardar un poco más, una nueva canción empezó y yo veía con confusión a cada uno de los que pasaba ante mí. Me cansé.

Sin muchos problemas, pude volver al lobby gracias a los modales de la gente. No había cambiado para nada ese escenario; parecía que los dos baristas aún les vendían la cerveza a las mismas personas. Avancé hasta un hueco libre de personas, le di la espalda a todos e intenté calmarme. No entendía lo que me pasaba “¿Cómo me puse así en un instante? ¿Me siento triste? ¿Herida? ¿Insegura? ¿O todo a la vez?” me pregunté. Como dije, no lo entendía y como era la primera ocasión que me sentía así, solo quería que parara. Nadie se me acercó, quizá para los demás yo era igual a un mueble: un reloj colgado en la pared o una puerta vieja. La gente se fue metiendo a paso de tortuga y sin darme cuenta, el lobby se quedó únicamente con los empleados y un par de clientes; también, de cuando en cuando, entraban o salían fumadores.

Frente a mí, había un espejo de cuerpo completo y mi cuerpo reflejado, era el de una abuela joven; “si me hubiera escuchado la *jefa*, seguro se habría carcajeado de mí” pensé. De pronto, los rostros de mis padres, sus voces y su matrimonio que duró hasta que la *jefa* falleció, asaltaron mi cabeza, acompañados de un sentimiento agrídulce que me distanció de la ansiedad de un momento antes. Me concentré otra vez en la yo del espejo y al verla noté que estaba descontenta; mas no me miraba directamente, sino a algo en mi persona: un collar finísimo que mi esposo me había obsequiado para ese viaje.

—No quería viajar... —le susurré a la yo del espejo. La música desapareció y oí a la banda despedirse—. No quería esto ¿Qué me paso...? —por un segundo creí que el hombre con el que tenía más de quince años de matrimonio me había raptado y me obligaba a vivir como lo hacía; pero lo entendí: viéndome supe que yo elegía

ser así y esa forma de vivir, para estar en paz, durmiendo, día tras día hasta que los días se volvieron años.

Repentinamente, la voz de un piano me rescató del reino de los sueños y los gritos y silbidos le siguieron; escuché un estruendoso corazón, se hallaba en el interior de una batería; y, por las cuerdas de un chelo, salía una respiración. La unión de esos sonidos era tan atractiva que me arrebató el aliento. Inhalé hondo y un deseo surgió en mí, deseaba bailar. Exhale e hice lo que deseaba.

ALAN RAMÍREZ PERALES

México

Facebook: <https://www.facebook.com/evan.ramirez.777>

CONVOCATORIA

NOVIEMBRE 2019

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano .

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO Nro. 45

a: elnarratoriblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:
25 de Octubre de 2019



EL NARRATORIO

G A N A B A S D E E S C R I B I R



ISSUU: www.issuu.com/elnarratorio
PÁGINA WEB : www.elnarratorio.com.ar
FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>
TWITTER: @narratorioblog
INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/elnarratorio>
E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com
elnarratoriodigital@gmail.com

